

PAULETTE PAX
Del Teatro Miguel, de Petrogrado.

Diario de una Comedianta Francesa

BAJO EL TERROR BOLCHEVISTA

1917-1918

VERSIÓN DE L. CAMARILLO Y ROA

MADRID
EDITORIAL-AMÉRICA
Martín de los Heros, 83.



DIARIO DE UNA COMEDIANTA FRANCESA
BAJO EL TERROR BOLCHEVISTA

BIBLIOTECA PORVENIR

Se han publicado.

- I.—**AJES REVESZ:** *Bela Kun y el socialismo húngaro.* 2,50 pesetas.
- II.—**LENIN:** *Democracia burguesa y democracia proletaria.* 3 pesetas.
- III.—**NIKOLÁS BUJARIN:** *El programa de los bolcheviques.* 3,50 pesetas.
- IV.—**HERBERT EISNER:** *La revolución alemana.* 3,50 pesetas.
- V.—**ADAM KADEK, TROTSKY, ZINOVIEF, LENIN, MÁXIMO GORKY, LUNACHARSKY, KOLONTAI, CHICHERIN, BUJARIN Y NIKOLSKY:** *El bolchevismo y la dictadura del proletariado.* 4 pesetas.
- VI.—**PAULINETTE PAX:** *Diario de una comediante francesa bajo el terror bolchevista.* 3,15 pesetas.

PAULETTE PAX
Del Teatro Miguel, de Petrogrado.

Diario de una Comedianta Francesa

BAJO EL TERROR BOLCHEVISTA

1917-1918

VERSIÓN DE L. CAMARILLO Y ROA



MADRID
EDITORIAL-AMÉRICA
Martín de los Heros, 83.

ES PROPIEDAD

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

*A los pobres y a los ricos,
a los dichosos y a los desgraciados.*

Estas páginas sinceras fueron escritas, diariamente, bajo la impresión de las horas transcurridas, horas trágicas para la mayoría.

No cuento sino lo que vi. Lo cuento sencillamente, con el corazón angustiado.

En plena tormenta de la revolución bolcheviquista, en compañía de otras personas, hicimos lo que pudimos y lo que debíamos por nuestro querido país.

Me considero feliz de poder hablar sobre cosas que no se han dicho.

PAULETTE PAL

PRIMERA PARTE

A 30 de Diciembre de 1916.

A la salida de la representación del *Rey* en el Teatro Miguel, el gran duque Dimitri, primo del emperador, hijo del gran duque Pablo, quiso que le fueran presentadas las artistas.

Se manifestó especialmente amable conmigo.

—¡Qué hermoso traje tiene usted, señorita!—se dignó declarar—. ¿No está hecho a máquina?

Para honrar el comercio francés respondí, haciendo una ceremoniosa reverencia de Corte, que el traje estaba hecho enteramente a mano.

Mis compañeras se entusiasmaron por su presentación a esta alteza imperial que es célebre en la Corte; pero a quien se ve pocas veces en las representaciones del teatro francés. Estamos en plena época de los grandes duques.

Se ve a Dimitri con curiosidad y simpatía. Todas nosotras admiramos su aspecto elegante y su distinción. Es muy joven, y lo que me asombra es la palidez de su rostro.

Su amabilidad es real; pero se diría, al ver sus ojos, que su pensamiento está ausente. Se detiene todavía un largo espacio de tiempo para hablarme como si esto le causara un singular placer. Hace también un signo a Renata Baltha, que acaba de representar conmigo, y bruscamente el gran duque nos pregunta:

—¿Queréis venir a cenar esta noche conmigo?

Y luego agrega:

—Ofrezco la cena en el Palacio de Mármol.

La invitación es tentadora. Esas cenas son célebres por su derroche de lujo. La gran bailarina Karali, amante de Dimitri, presidirá indudablemente.

Ya se nos mira con envidia a Baltha y a mí.

De pronto, el gran duque, en un tono que se ha hecho grave y hasta extraño, añade:

—Esta será una cena *histórica*.

Pero en ese momento otras damas son presentadas. No hemos tenido tiempo de responder.

Mi compañera y yo cambiamos una mirada, en que hay un mismo pensamiento de inquietud.

¿Con qué intención fué pronunciada la palabra *histórica*?

En este singular país hay muchas horas históricas.

Y además estoy muy fatigada esta noche.

Baltha está cansada también.

Será alguna fantasía nueva y costosa. ¡Alguna

orgía como las que estos principes de la corona saben organizar para distraer su neurastenia.

Resueltamente, no iremos.

Pero tenemos curiosidad, cuando menos, de saber lo que va a pasar...

Lo sabremos mañana.

A 31 de Diciembre.

¿Es posible? Corre el rumor de que anoche, en el Palacio de Mármol, estando en plena cena *histórica*, en efecto, el gran duque Dimitri asesinó a Rasputin.

¡Rasputin!

La muerte de Rasputin es para la Corte un cataclismo, una completa revolución...

A 5 de Enero de 1917.

Era exacto; Baltha y yo escapamos de un mal momento... ¿No fué una locura haberse atrevido a atacar al gran favorito de la emperatriz, a ese personaje misterioso que conducía aquí la política?

Se dice que el emperador ha castigado con rigor, y que el gran duque asesino está desterrado en Persia.

Pero se tiene la impresión de que este fin del favorito es un alivio inmenso para el pueblo.

Todos, aun en el teatro, hablaban tan sólo de este asesinato.

A 23 de Febrero.

Resueltamente, este hermoso gran duque, cuya presentación será inolvidable en mi recuerdo, ha cambiado muchas cosas, por su acto trágico, en este singular país. Reina en Petrogrado una efervescencia inusitada; pelotones de cosacos recorren las calles. Los escaparates se cierran con precipitación sin que nos demos cuenta exacta del peligro que nos amenaza.

¿Hay peligro? El Teatro Miguel trabaja como de costumbre. Hasta ensayamos como espectáculo nuevo *La Idea de Francisca*. Nuestra pequeña compañía, que está integrada por Enriqueta Rogers, Luciana Roger, Renata Baltha, Andrés Dubosc, Francen, Hastí, Colin y yo, trabaja con el mismo empeño.

El asesinato de Rasputin ¿hará cambiar algo?

Una amiga a quien voy a visitar al Hotel Europa, confirma mis preocupaciones. Se habla de perturbaciones serias, y a ella le aconsejan que no salga.

A 24 de Febrero.

He ido al teatro para el ensayo general de *La Idea de Francisca* y he tenido que pasar por Newsky. Son las doce y media del día. La calma reina. Los transeuntes son numerosos como de costumbre. Un brillante sol hace resplandecer

los motivos dorados de la catedral de Kasan, que es una maravilla. Hasta me veo precisada a dar un rodeo para ir a comprar una sombrilla.

Repentinamente, la decoración cambia como bajo la acción de una varita mágica. En vez de los pacíficos transeuntes de hace un momento, hay personas inquietas, mujeres que hablan en voz baja y que buscan noticias...

Un tropel de caballos se oye acercarse al galope. Todos escapan.

Son los cosacos.

¿Por qué?

¿Dónde están los manifestantes? ¿En qué dirección?

La tromba de los dragones pasa siniestra. La circulación queda interrumpida. Tranvías recargados de gente estorban la entrada de las vías adyacentes.

Mi *auto* intenta pasar. Dichosamente, dos oficiales que tal vez me reconocen, lo escoltan hasta la Kaniouchnaïa. Sin eso nunca habría llegado.

Entro al Teatro Miguel un poco emocionada.

En este barrio no hubo tumulto. Escúchase con incredulidad el relato de mis emociones.

—Todo se arreglará, esto no es nada—me dicen.

Protesto, porque no es tal mi opinión. Oigo hablar a las mujeres. El pueblo odia a los ricos

improvisados, cuyo lujo desenfrenado es insultante.

Parece que—mientras el pan comienza a escasear y el pueblo bajo sufre una cruel miseria, desde que tantos hombres partieron para la guerra—muchos grandes personajes han hecho fortunas escandalosas, especulando con esas miserias.

Se hace negocio con todo, con los abastecimientos de víveres, con el armamento y con los efectos militares. Como en la mayoría de los casos los especuladores son altos dignatarios o personas muy protegidas, la justicia no quiere tomar cartas en el asunto.

¡Dios mío! ¡La justicia en Rusia!... ¡Qué irrisión!...

A 25 de Febrero.

Las manifestaciones continúan en las calles, en ciertas calles, por lo menos. Incesantemente estoy obligada a dar rodeos para poder circular.

Sin embargo, se trabaja. Primera función solemne con las invitaciones de rigor. Pero los grandes duques no están en su palco, el cual permanece vacío durante la representación.

El público, no obstante lo que pasa, se presenta con la elegancia de las noches de gala. Hay joyas en profusión y trajes suntuosos. El teatro está lleno. Los embajadores ocupan sus sitios; se

señala a sir Buchanan y a M. Paléologue. Han venido, aunque se cuchichea que por allá la guerra va mal. Pero ¡estamos, en realidad, tan mal informados! ¿Qué se sabe? También se señala a las personalidades del partido de los cadetes, que es el partido que está detrás de todas estas manifestaciones. He aquí a Milioukoff con su anchura de hombros algo pesada y su rostro enérgico dividido por un corto bigote gris.

¿Por qué tengo la impresión de que el pensamiento de todas estas personas vaga por otra parte?

Me parece que nadie aplaudió, o que los aplausos fueron fríos... Sin embargo, la obra es encantadora, y nosotros trabajamos a conciencia.

Creo, sobre todo, que esto que hacemos es ridículo, porque representar comedias en este momento es extemporáneo. ¡Si nos fuéramos, si se dejara todo en proyecto!... ¿Qué significan esos diamantes, esos hombros desnudos, ese lujo, cuando en la calle cercana los cosacos pasan rechazando a hombres que gesticulan y aplastando mujeres? ¿El contraste no es excesivo?

Daumerie, nuestro regidor, está nervioso. El excelente hombre, sin embargo, padece de este defecto. Nos dice que ha tenido una entrevista con el intendente de teatros, Teliakowsky, que solamente aparece por una sola vez. Este alto funcionario, de quien dependemos, pocas veces

nos hace la gracia de una visita. Es el tipo del burócrata de Corte, inútil y presuntuoso. Las obras serias no le interesan. Sólo se preocupa por las comedias.

Impresiones fugitivas. El oficio vuelve a tomarnos. La obra termina bien, con un éxito feliz.

Al volver a vestirme, el aplomo me vuelve.

El Gobierno va a tomar medidas. Es imposible que muestre una debilidad que sería peligrosa.

A 26 de Febrero.

Se sigue combatiendo en el Newsky y cerca de la estación de Nicolás. Los heridos, según se asegura, suman varias centenas. ¿En qué irá a parar todo esto?

La muchedumbre pide *pan*.

Y, entre esa muchedumbre hay quienes, en gran número, piden *la paz*.

¡La paz! ¡Ay, Dios mío!... Estamos en plena retirada por la parte de Galitzia. Sobre la guerra circulan los más contradictorios rumores. Es imposible estar bien informado. Los periódicos se contentan con dar secamente a los comunicados de los aliados. Pero se dice—¿qué vale esto?—que los comunicados de los alemanes son muy diferentes.

Los franceses estamos inmensamente preocupados.

El pueblo bajo no se sorprende de la guerra. Es muy apático. *Nitchevo* (1). Lo que le hace salir así a la calle es la falta de víveres. El problema, desde ese punto de vista, se presenta angustioso; pero, la desconcertante apatía de este pueblo, ¿es capaz de proceder en algún sentido?

¡Contraste penoso! Este problema no interesa a las clases acomodadas. Esas clases han hecho aisladamente provisión de víveres en los sótanos de las casas y en toda clase de escondrijos.

He ido a lo largo del Newa a tomar el té al Hotel Medwied... Sí, el té..., porque nada ha cambiado todavía en los hoteles de moda. Todo allí es de un precio excesivo, pues el lujo continúa imperando en ese lugar, donde se realizan numerosas reuniones del mundo elegante.

El tiempo está soberbio. El sol, casi cálido. En este barrio todo parece relativamente tranquilo. Sólo algunos raros disparos de armas de fuego se oyen a lo lejos.

Mas he aquí que de un modo brusco, al pasar por el pequeño puente que hay cerca de la iglesia de la Resurrección y que sigue a lo largo del cuartel, oigo gritos y veo a un oficial que retrocede ante soldados que salen blandiendo las armas.

(1) No importa. (*N. del T.*)

Anhelante, fui a refugiarme a la Embajada de Inglaterra.

Después, cuando la calma se restableció, volví a partir hacia el Hotel Medwied, donde se quedaron asombrados de mi retardo.

¡Extraño país donde gruñe la revolución que será tal vez mañana la más terrible de las revoluciones, donde el ejército, el que hace la guerra, se bate en retirada, y donde continúan, sin embargo, la vida mundana y la vida de lujo con todo lo que tienen de superficial!...

Sí; pero, ¿hasta cuándo?

¿Voy a trabajar esta noche?

Me informo por teléfono—el teléfono marcha mejor que nunca—. Nada se ha cambiado en la representación.

Cuando llego al teatro, encuentro a mis compañeros desconcertados. Cada uno cuenta atrocidades cuya realidad le ha sido afirmada. Delante del Hotel Dagmar un oficial mató a un obrero de la manera más violenta.

Se asegura que el hermano del coronel, que es comisario del Teatro Miguel, fué apuñalado en el momento en que arrancaba una bandera roja de manos de uno de los manifestantes.

¿Qué va a suceder por eso al coronel? Debido a una reglamentación anticuada y absurda, dependemos de él. Rusia está así, plagada de sinecuras artísticas dadas en ventajosas prebendas a

los oficiales del séquito del emperador. Nuestro teatro está infectado de estos inútiles. Se ve una fila de funcionarios en cada puerta, encargados de cuidarlas o de abrirlas, y forzosamente servirles, además de obsequiosos...

Todos estos acontecimientos que se pregonan nos quitan casi el ánimo para representar. Y, por otra parte, ¿podremos trabajar? Casi nadie hay en la sala. Es la primera vez que esto sucede. El Reglamento es preciso: si hay menos de siete espectadores, no se representa.

¿Cuántos son? Detrás del telón, listos, pero muy nerviosos, contamos. Hay cuatro... no... cinco...

La situación es ridícula y trágica. He ahí un sexto espectador. Contamos de nuevo con Daumerie. Seis, nada más... Por mi parte, yo quisiera estar a cien leguas de aquí...

—¡Levantad!—ordenó repentinamente la voz de Daumerie.

¡Dios mío! Nuestro regidor vió llegar el séptimo espectador, el fatal séptimo...

Y para respetar aquellos maldecidos estatutos, representamos la obra, pero a conciencia, absolutamente como si la sala estuviese llena. Empleamos febrilmente aún cierta coquetería por distinguirnos.

Se me figura que nunca he desempeñado tan bien mi papel.

No obstante que era ante siete espectadores.
¡Qué irrisión!

No puedo prescindir de fijar la vista en el séptimo, ese importuno, ese intruso.

Le encuentro horriblemente feo, con los cabellos hirsutos, los ojos perversos, las manos sucias. Este hombre debe ser la encarnación de la revolución que gruñe. Noto que no ocupa una butaca, sino un asiento giratorio. ¿Qué vino a hacer allí?

A 27 de Febrero.

Dormí con un sueño pesado, quebrantada por estas emociones. Pero he aquí a Lidia, mi donceila, que ha venido a despertarme temprano, demasiado temprano. Me ruega que me levante. Lo que se temía sucedió. Los soldados que se han puesto de parte del pueblo, asesinan a los oficiales que les ordenan tirar contra los manifestantes.

El sitio donde se halla mi casa es peligroso. Habito en el piso bajo, y estoy a merced de esos hombres. No hay tiempo para tomar precauciones.

Con rapidez hago cerrar las persianas; pero espiamos a través de ellas, angustiadas y procurando darnos cuenta de lo que sucede. Se acerca un regimiento. Se oye el rumor compacto de los pasos y las botas que hieren el piso. Debe ser

un cuerpo del Ural, lo de Siberia que ha sido traído a toda prisa, y del cual está seguro el Gobierno. No vacilará en disparar sobre el pueblo, y lo que va a suceder puede llegar a ser atroz.

Ya a lo lejos se oyen disparos.

Pero, ¿por qué desolarse ni perder la cabeza? Quiero yo también conservar la calma fatalista que tienen tantas personas de aquí. ¡Nitchev!

Es preciso atender a lo más urgente, es decir, retirar del piso bajo todo lo que es de algún valor. Tengo chucherías y joyas.

Me visto de prisa y subo al cuarto piso a pedir a una amable inquilina, que conozco, un asilo para lo que deseo salvar.

En semejantes momentos hay servicios que no se niegan.

Esta mudanza improvisada y llevada a cabo a gran velocidad, tiene algo de trágico y al mismo tiempo de ridículo, como todo lo que aquí sucede. Pero lo más importante queda ya hecho.

Se trata ahora de acolchonar todos los claros, porque la fusilería se acerca.

Hay un trastorno general en mi pobre habitación. Todo se ha utilizado para cerrar herméticamente las ventanas que caen hacia la calle; colchones, almohadas y cojines han sido aplicados, más o menos bien, a ese objeto. Es increíble cómo continúa todo normalmente en medio

de circunstancias tan conmovedoras que se crearían motivo suficiente para suspender todos los servicios.

Hasta el teléfono me llama para algo insignificante. Una amiga que habita un hotel de los arrabales de Petrogrado me pregunta si trabajo mañana; quiere oírme y desea tener sus localidades.

¿Acaso sé si se representará mañana?

Los tiros ya no cesan. Se oye mal con todo lo que tapa las ventanas.

Paula, mi cocinera, y Lidia están animadas de muy buena voluntad. Ellas mismas descuelgan cuadros y empaican en lienzos las pequeñas estatuas y los demás juguetes.

Sin cesar, el ascensor sube al cuarto piso la parte de mis muebles que voy a poner al abrigo.

Me hallo extenuada. Esta incertidumbre de lo que sucede me tiene los nervios en una horrible tensión.

Me refugio en la cocina. Su ventana está completamente defendida por un montón de nieve, y las tres, mi cocinera, mi doncella y yo, quedamos en espera de no sabemos qué.

Paula pone maquinalmente a hervir agua para hacer el té. Jamás había yo tomado el té de una manera tan singular.

Pero se oye un tumulto muy cerca, en la casa.

¿Qué sucede? Lidia sale a tomar noticias y regresa con los ojos aterrorizados.

Hay, efectivamente, en el patio, manifestantes que gesticulan y que golpean al portero. El desdichado está pálido como un cadáver: acaba de ver dos dedos cogidos por una puerta. No se sabe a punto fijo qué quieren esas gentes.

Creo que vienen a registrar y a visitar... los techos. Protopopof, el ministro del Interior, hizo colocar ametralladoras en las azoteas, con agentes de Policía para servirlos; hombres a quienes se ha apodado irónicamente los *faraones*, que significa servidores del rey Faraón.

Es imposible saber con precisión lo que sucede. Se oye solamente algunos rumores que parecen alegres, como si esos miserables hubieran encontrado lo que buscaban.

Vociferando se precipitan hacia la salida.

Lidia asegura que encontraron sobre el techo dos *faraones* con una ametralladora y que se los llevaron.

Nadie dudaba que la casa sirviera como puesto de tiro.

Las tres quedamos agobiadas.

Ahora hay un gran silencio... Pasó la tromba. Lidia se aventura a despejar una ventana y a entreabrir poco a poco las persianas. La calle ha vuelto a la calma y está desierta.

Pero este piso bajo es inhabitable en medio de

semejantes acontecimientos. Si estos hombres se fueron, otros vendrán. Tengo amigos en un barrio menos céntrico y más alejado de los monumentos públicos y de los Bancos. Voy a pedirles asilo por algunos días. Me viene la idea de telefonarles, e instantáneamente obtengo la comunicación. Nunca, en verdad, el servicio telefónico me había parecido tan perfecto. Se me responde que me esperan; pero que es preciso que me vaya inmediatamente, porque la ciudad está llena de manifestaciones violentas.

Arreglo un paquete con los objetos más indispensables para tener alguna comodidad. En mi precipitación tomo una docena de medias de seda, todas de diverso color. Los momentos más dramáticos tienen a menudo un lado cómico.

Paula y Lidia están conmigo y demuestran una abnegación tan afectuosa, que me enternece infinitamente. Ellas también me ruegan que parta y me ofrecen que cuidarán de la habitación. Sin embargo, son humildes mujeres del pueblo que contraté en Petrogrado.

Salgo de la casa con mil precauciones, deslizándome por los muros. La calle está completamente desierta, y su soledad, como su silencio, tienen algo de trágico. Se pregunta uno si no va a oír silbar las balas, si una ametralladora no va de pronto a lanzar la muerte desde el sitio donde se esconde.

Llego sin dificultad a la Fourchtatskaïa, amplia calle donde viven los amigos a cuya casa me dirijo. Habitan un tercer piso; tendré en su casa seguridad.

Son personas amabilísimas que festejan mi llegada. Me explican que mi casa estaba particularmente señalada. Parece que mi portero es de la Policía. Probablemente fué denunciado y a esto se debió la visita desagradable de hace un momento.

En casa de mis amigos las ventanas no están acolchonadas; espiamos con curiosidad.

Automóviles llenos de soldados pasan continuamente. Los soldados van armados con fusil y revólver. No pasan otros carruajes, pues me dicen que el Gobierno requisó todos.

La era de las medidas represivas y violentas, ¿va a comenzar? Entonces ¡cuántos conflictos en perspectiva! El Gobierno, ¿tiene los medios necesarios? ¿Tiene, sobre todo, autoridad moral? Nos parece que estamos viviendo sobre un volcán.

Los disparos son incesantes. ¿Por dónde sueñan exactamente? Es imposible determinarlo; pero lo cierto es que se hacen disparos.

He aquí que la noche llega. Los tiros retumban de continuo y, por momentos, se oye el ruido siniestro de las ametralladoras.

A la casa de mis amigos llegan personas de

la ciudad, trayendo noticias cada vez peores.

¿No habrá algo de exageración? No sé. No me atrevo a creerlo.

Se cuenta que esta tarde los amotinados obligaron a un anciano general, que mandaba el arsenal situado en la unión de la Lithine y la Sergnievskaja, a salir de su oficina.

El pobre hombre, confiado, no bien hubo puesto el pie fuera, cuando un soldado, envalentonado por una mujer que vociferaba, le apuñaló. Cayó sin exhalar una queja.

A 28 de Febrero.

Se espera con impaciencia al emperador.

¿El emperador? ¡Ay, Dios mío!

Estaba ausente de Petrogrado, y vuelve a la ciudad en revolución.

Pero todo el mundo dice que su prestigio se ha perdido; que el pueblo que tanto le veneró y hasta le amó, se ha vuelto completamente contra él. Ya no es el *petit père*.

No se sabe por quién han sido traídas a la memoria y puestas en circulación las reminiscencias penosas de las fiestas de la coronación en Moscú, en las que hubo tantas víctimas debido al hundimiento de inmensas tribunas.

Se ha querido ver en ello este mal presagio:

El reinado de Nicolás II será un reinado de sangre.

Todo el pueblo evoca este recuerdo, a lo que parece. Es como una contraseña.

Con el regreso del emperador, coincide el de varios regimientos de la guardia que, como se sabe, son implacables contra los revolucionarios.

Se asegura que vienen del frente, donde, sin embargo, los asuntos de Rusia van cada vez peor.

Pero, ¡cuán lejos se ve la guerra! Solamente los acontecimientos de Petrogrado se toman en consideración. ¿Cuáles precisamente? Los periódicos están mudos. Algunos que hubieran querido hablar, fueron suspendidos por varios días.

Y, sin embargo, parece que la revolución progresa. Todos los soldados, fuera de las tropas de la guarnición, van de acuerdo con el pueblo, y se presentan cantando para hacer manifestaciones ante la Duma, y llevan el pabellón rojo a la cabeza.

Un tribunal revolucionario se constituyó para castigar a los agentes de Policía que los amotinados sorprendieron instalando ametralladoras sobre las casas con la complicidad de los *dvorniks* (cuidadores de inmuebles).

El castigo es inmediato, y se adivina en qué consiste.

Me aventuro a salir. ¿Podré acostumbrarme

a esta existencia extraordinaria? Fui a ver el edificio que ocupaba la Comisaría de Policía del barrio. Fué incendiado como todos lo han sido, según dicen.

En el piso yace un enorme montón de papeles que no han acabado de consumirse.

Chiquillos, mujeres y hasta soldados contemplan, con curiosidad, el espectáculo.

Algunas hojas ennegrecidas vuelan delante de mí. Los niños se precipitan intentando atraparlas.

Para ellos, esto es un juego.

Tomé al vuelo uno de esos pedazos de papel. ¡Son pasaportes quemados!

¡Nítchevo!

.
Aprovechando la calma, he ido a hacer una visita en la vecindad. La calle parecía tranquila y entré en ella sin desconfianza, cuando de pronto estallan disparos de armas de fuego.

Inmediatamente me refugio en una puerta, y veo a los transeuntes que retroceden corriendo.

Se oyen gritos que dicen:

— ¡La ametralladora, la ametralladora!...

Pero nadie puede precisar siquiera la dirección en donde se encuentra esa arma terrible.

La indecisión es atroz. ¿Qué haré? ¿Debo avanzar y abandonar mi abrigo?... Paso así un largo cuarto de hora...

Por lo menos me aventuro a recorrer el tra-

yecto, pero los clamores se redoblan; las gentes, delante de mí, continúan en su precipitada fuga, y yo avanzo prudentemente escondiéndome en las puertas.

En mi fuga, cuando voy a atravesar una encrucijada, oigo silbar las balas, inconfundibles, precisas, sin que pueda yo decir por eso de dónde vienen.

Una mujer que está cerca de mí se lleva la mano a la frente, como si fuera a desvanecerse, y cae como una masa inerte.

Cerca de una iglesia me resbalo sobre un gran charco de sangre ya helado—hay doce grados bajo cero...—, la fusilería debe haber hecho allí una víctima.

Corro precipitadamente, muy turbada, y como una mujer ebria. Este día, en el que recibí mi bautismo de fuego, será inolvidable en mis recuerdos.

Llego helada a la casa, y estoy como un autó-mata hasta que el portero me lleva al ascensor.

Este hombre tiene la máscara impasible de siempre, la misma solemnidad de criado correcto y el mismo uniforme de grandes botones.

Sin darse cuenta de que me hallo en un estado febril extraordinario, desempeña su cometido maquinalmente con su sonrisa hipócrita.

A 29 de Febrero.

¡Fué una falsa noticia! El emperador aun no llega.

Probablemente ha sido hecho prisionero.

Los acontecimientos, con toda evidencia, se complican.

Las personas que mostraban aun algún optimismo, que no querían ver en todos estos deplorables acontecimientos, sino perturbaciones pasajeras causadas por la exasperación de unos cuantos y motines sin importancia, dudan ahora.

Si han tocado al emperador, las consecuencias de lo que suceda pueden ser fatales para Rusia.

¡Para el mundo entero, quizás!

Esto no es un motín o un movimiento local, es la revolución, y una revolución inmensa, incalculable.

Intento ir al Hotel Europa para ver a mi amiga Barelly; pero no me permiten entrar.

Los manifestantes, que han establecido una barrera severísima, están ocupados en registrar el hotel por todos sus rincones.

Se sabe que las ametralladoras han disparado desde el techo. Tal vez los criados hicieron la denuncia, y la ejecución de los culpables se prepara sumaria y terrible.

Porque esa es la característica de los acontecimientos que están desarrollándose.

Son guiados por denuncias que a veces son vulgares y venenosas.

No se toman siquiera el trabajo de comprobarlas.

Pero cuando pasa como en el Hotel Europa, que el hecho denunciado resulta ser exacto, estos miserables se encarnizan y matan...

A 1.º de Marzo.

Volvi hoy al Hotel Europa, inquieta por la suerte de mi amiga.

Con asombro, encuentro todo como si nada hubiera pasado. Allí hubo muertos, pillaje; pero la vida ha tomado nuevamente su curso normal. ¡Nitchevo!

Mi amiga me indica a uno de los denunciantes. Conserva su puesto de criado y hace su servicio. Es el que me anunció tan correctamente.

Pero el malestar aumenta en todos y las noticias son engañosas e inquietantes.

Parece que el emperador tuvo que abdicar en favor de su hermano, el gran duque Miguel. Se supone que escribió un manifiesto solemne.

Todo el mundo dice que esta solución no va a dejar satisfecho al partido obrero, que ya no quiere nada con los Romanof.

Retroceden para caer mejor, he ahí todo. Y

mientras más retrocedan, el abismo será más sangriento.

Eso es lo que dicen los previsores, moviendo la cabeza, las personas que no comparten las exageraciones o las ingenuidades de los que guían las almas sencillas y arman el brazo de tantos hombres ignorantes.

Ahora tenemos la impresión, no de vivir de un día a otro, sino de hora en hora; tan a las claras se ve que los acontecimientos van a precipitarse.

Dejo el Hotel Europa y a mi amiga con una horrible opresión de corazón.

¿A qué escena de sangre y de violencia voy a asistir todavía?

Nueva sorpresa. Resueltamente, este extraño país, en los actuales momentos, está hecho de sorpresas.

El Newsky parece haberse transformado súbitamente en un gran campo de amapolas.

Todos los transeuntes— unos por convicción y otros por temor—, ostentan en su traje un trozo de tela roja.

A 2 de Marzo.

Salgo. Lo primero que descubro es la supresión de las águilas por todas partes, ya en el decorado de los monumentos, ya en los letreros de las tiendas.

La muchedumbre encarnizada, se obstinó en arrojarlas al suelo.

Yacen en tierra, pisoteadas por la multitud. Esta aclama a los hombres que, armados de escaleras, desempeñan metódicamente, de calle en calle, de una encrucijada a otra, de casa en casa, la tarea de destrucción, la labor simbólica y siniestra.

Esto significa la república... Pero ¿cuál? Y ¿cómo... en este país sin fin, integrado por elementos tan múltiples y diferentes?...

Parece cierto, en efecto, que, a estas horas, el único régimen que debe surgir de estos acontecimientos siniestros es la república.

Todavía no ha sido proclamada. Pero se sabe oficialmente que el emperador abdicó en favor de su hermano, el gran duque Miguel, para no dejar el poder a su hijo.

El gran duque Miguel declinó ese poder en el pueblo.

Este decidirá...

Nadie duda acerca de lo que será esa decisión.

Sin embargo, hay personas que compadecen al emperador. Pero lo hacen en voz baja.

Se cuenta que el tren imperial que venía hacia Petrogrado, fué detenido en el camino. Varios hombres, con Goutchkov a la cabeza, subieron al carro que ocupaba el zar.

Estaban encargados por el Gobierno provisio-

nal de presentar al emperador una acta de abdicación en favor de su hijo. El emperador reflexionó algunos instantes y luego respondió sencillamente:

—Abdico.

Pero como no quería dejar el poder a su hijo, pidió que se repusiera el acta en favor de su hermano, el gran duque Miguel.

Gontchkov intentó demostrar al zar que iba a cometer una falta grave, porque el zarevich era muy popular desde el atentado de que fué víctima.

Cuando se temió que perdiera la vida como consecuencia de este atentado, en todas las iglesias del Imperio se celebraron misas pidiendo su salvación.

Todas las mujeres en aquel tiempo suplicaban a Dios en sus oraciones que diera la salud al heredero del trono.

Pero el emperador se mantuvo firme en su resolución.

—No me separaré de mi hijo—declaró.

Y una nueva acta fué firmada, según algunos, hasta con indiferencia.

Eso es, por lo menos, lo que se cuenta, lo que cuchichean, más bien con tristeza, los que conservan un resto de adhesión al régimen que se hunde en medio de maldiciones.

Estas noticias, llegadas hasta Petrogrado, no

sabemos cómo, deben ser ciertas. Los periódicos las precisan. Son oro molido para la causa revolucionaria.

Hay además otros rumores que circulan entre ciertas gentes.

Hay personas que mezclan trágicamente la actitud del zar con los acontecimientos de la guerra, de esta guerra, de la que no se habla aquí bastante y la cual se desarrolla a lo lejos de un modo inquietador.

Estas personas refieren las cifras tan elocuentes de las víctimas caídas desde 1914. Se menciona, no centenas de millar, sino millones, y he aquí que se acusa a la Corte, a la emperatriz directamente y al emperader por su debilidad, de haber tenido con Alemania complacencias culpables y fatales.

Esto se murmura entre el pueblo. Y la tempestad sube, y sube más cada vez...

.

Al ver todo esto, me pregunto:

—¿Qué hago en medio de semejante tormento? Estoy aquí inútilmente. El Teatro Miguel se halla cerrado. La vida se hace imposible por su carestía. Mi lugar ¿no está mejor en mi país?

Se me asegura que en el desorden del movimiento revolucionario, la salida de los extranjeros no se ve con malos ojos. Al contrario, somos *inapetecibles* para estos hombres nuevos de Ru-

sia, y nuestra presencia les estorba. Temen incidentes diplomáticos, en el caso de que alguno de nosotros se mezclase en cualquier alboroto trágico.

Veo con sorpresa que mi partida, la cual acabo de decidir bruscamente, no tendrá dificultades, al contrario.

Además, dejo todos mis objetos y mi habitación tal como se hallan. Explico bien a todos que esto no es para mí sino una ausencia, un paréntesis en mi vida que ha llegado a ser rusa, por las circunstancias de mi carrera de artista.

Espero regresar muy pronto para seguir en esta labor que tanto quiero y en la que he tenido éxitos brillantes. La tormenta quizá habrá pasado. Un régimen seguro, vigoroso y racional se establecerá, tal vez, sobre las ruinas del zarismo. Esto es lo que de todo corazón deseo para este desdichado país, al que estoy tan ligada.

El número de muertos en todas las jornadas sangrientas del mes pasado, es sólo de dos mil. Es poco, relativamente, para una ciudad tan importante y tan poblada como Petrogrado.

Aseguran que todos los regimientos se han unido y que el gran duque Nicolás sigue a la cabeza de las tropas del frente.

La partida no se ha perdido. Una evolución nueva tal vez...

Y un tren lento, muy lento, desesperadamente

lento, pero tranquilo, me lleva lejos de la capital rusa, donde tantas cosas formidables se preparan.

La vida parece correr como antes, en la misma apatía silenciosa.

Nitchevo.

SEGUNDA PARTE

A 12 de Octubre de 1917.

En verdad, esto no fué sino un paréntesis, una simple ausencia de algunos meses hacia la madre patria, y heme aquí, al cabo de medio año, de regreso en la misma Petrogrado, en donde había yo dejado una revolución que gruñía.

Durante mi ausencia *reinó* Kerensky—no hay otra palabra—. Fué un singular período de organización violenta, con algo menos de matanzas y más discursos.

En el momento de mi retorno, Kerensky está en camino de seguir la suerte de Kornilov. El reinado de los bolcheviques se perfila y asusta a la gente.

Pero a mí no me espanta.

Mucho me agrada volver a tomar mi puesto de artista en el Teatro Miguel. Lo considero como un puesto de honor, sobre todo si las circunstancias son difíciles.

Por el prestigio de Francia, hasta delante de

un Gobierno revolucionario, el teatro donde se representan en francés las obras francesas debe existir como en el pasado y continuar su obra de propaganda.

¡La propaganda! A título de ella pude volver a Petrogrado. Fué un viaje interminable e inverosímil.

Mis amigos de París me aconsejaban que no lo hiciera, afirmando que sería peligroso, porque los bolcheviques eran, aunque en distinta forma, tan temibles como los que antes de ellos habían llevado las riendas del poder en Rusia. Me repetían que la vida material llegaría a ser ¡imposible, y que me arruinaría en Petrogrado, aunque intentase vivir de una manera modesta.

A nadie atendí. La perspectiva de venir en estos momentos difíciles y peligrosos me atraía. No seríamos demasiadas las comediantas francesas para representar nuestro repertorio en Petrogrado, durante la revolución.

El viaje no podía ser fácil. Mejor así.

¿Se abriría el Teatro Miguel? ¿No se abriría? Lo veríamos, y con la ayuda del embajador de Francia, se haría cuanto fuese necesario para que lo abrieran y para representar las más recientes obras del repertorio de la comedia francesa.

¡Qué curioso sería ver representar *La Elevación*, de Bernotein!

¡Cuánto he devanado estos proyectos y pen-

samientos tumultuosos durante los diez días de la travesía! Tuvimos que hacer un largo rodeo por Noruega, Suecia y Finlandia.

A cada instante sentíamos el temor de ser volados por un torpedo. Historias espantosas circulaban sobre la presencia de los submarinos alemanes en el fondo de los *ffjords*, que acechaban el paso de los convoyes. Parece que cerca de la mitad del tonelaje noruego ha sido destruído por estos bandidos.

Pero salimos del paso, dando por bien empleado nuestro miedo.

Sólo esta inquietud tuvimos. Las noticias de la Prensa eran cada vez peores, al menos por lo que se refería a Rusia. ¿Tendríamos tiempo de llegar a ese país antes que los alemanes? ¿No iríamos a caer en un verdadero avispero, sin medios de escapar y sin esperanza de retorno?

Por un lado, la amenaza revolucionaria.

Por el otro, la amenaza anemiga.

¡Qué dilema!

Mis compañeros de viaje, dos médicos militares y un correo francés, demostraban gran confianza y una amable seguridad que comunicaban a todos.

El viaje, en suma, lo pasamos bien, atravesando países espléndidos; un viaje encantador para los turistas.

Apenas puedo creer que de nuevo me encuen-

tro en Petrogrado, como estaba yo en el mes de Marzo, sin complicaciones.

Encontré mi habitación intacta, con los muebles bien cuidados por Lidia, la misma doncella a quien había yo dejado.

En momentos en que tantos malos criados denuncian y se vengan, encontramos también abnegaciones verdaderamente conmovedoras.

En derredor la vida continúa con el mismo asombroso contraste de sacudidas violentas, y con escenas de pillaje y de tranquila apatía. La carestía de la existencia ha subido aún de una manera espantosa; pero no son los que sufren demasiado con la miseria y el hambre los que la manifiestan. Esos se entierran y se ocultan para sufrir.

Y los que todavía tienen dinero se ocupan, se distraen y se nutren como antes.

La mayor parte de los establecimientos de placer funcionan y ganan dinero.

Hay una apariencia de autoridad y de firmeza en el nuevo Gobierno.

¡Los bolcheviques!

¡Ellos son hoy los amos del momento! Esto causa el asombro de muchos.

En un principio, el partido de los bolcheviques parecía compuesto más bien de iluminados fanáticos, con un ideal comunista. Su característica era, sin embargo, la aplicación de la violencia.

Una vez en el poder, fueron, acto continuo, violentos; pero en lugar de haber ejercitado la violencia contra los partidos burgueses, se voltearon rabiosamente contra los socialistas que no estaban de acuerdo con ellos. Lenine y Trotsky, que parecen ser las cabezas del bolcheviquismo, dos cabezas de aspecto diferente, la una con actitudes de apóstol y la otra como un jefe implacable, tienen el dolor de haber sido encarcelados a raíz de su tentativa en Julio.

Siguen las batallas en las calles, en ciertas calles principalmente; pero me dicen que la lucha no tiene el carácter trágico que tenía a principios de Marzo, cuando salí de Petrogrado al hundirse el imperialismo.

Entonces era la desaparición de un régimen; era una evolución en la vida de este desdichado pueblo.

Hoy son los políticos llegados al poder quienes sólo se ocupan en combatirse unos a otros y en hacer negocios; lo que pasa a este respecto está lejos de ser limpio. Lenin se ocupa en hacer cara de apóstol. Acaparan y amasan fortunas. El ideal no se sostiene ante el egoísmo.

Pero para los extranjeros, para los franceses sobre todo, la vida no es imposible si se cuenta con dinero. Parece también que, por contraste con los otros aliados, muy mal vistos por los bolcheviques, los franceses les encuentran casi

indulgentes, tal vez amables. Muchos de los bolcheviques han vivido en París, y no lo olvidan.

Esto me da esperanzas de que tal vez voy a vivir en paz, con más tranquilidad que en el mes de Febrero, y de que voy a trabajar seriamente en el Teatro Miguel.

Los camaradas son menos numerosos que en la otra temporada. Dubosc, Luciana Roger y Renata Baltha no intentaron la aventura.

Enriqueta Roggers se quedó con Hasti y con Colin. Nos veremos obligados a representar obras de pocos personajes.

A 19 de Octubre.

Mi primera impresión de regreso ha sido muy optimista. La revolución, cualquiera que sea su origen, cualquiera que sea su fin, quienesquiera que puedan ser sus jefes, será siempre la revolución, es decir, algo continuamente angustioso.

Los momentos trágicos no han terminado.

Apenas si he podido volver a tomar durante algunos días el contacto con mi vida anterior, buscando nuevamente a los amigos, comiendo con ellos en las fondas, donde, por otra parte, he encontrado los precios doblados; sentía el goce intenso de creer terminada la pesadilla.

Pero no; he ahí que vuelven a comenzar las necesidades.

Hoy, sin dudar de nada, me paseaba tranquilamente en automóvil por el Newsky, cuando un soldado salta al estribo y me declara violentamente que debo cederle mi vehículo.

¿Es un loco? ¿Es un ebrio? ¿Es sencillamente un bruto?

Pero no parece ebrio ni loco. Agrega a su orden imperativa algunas briznas de razonamiento. He disfrutado bastante, según él, de este carruaje de lujo. ¡A él le toca ahora! Este imbécil no se imagina que este automóvil alquilado no es de mi propiedad. Pero es inútil discutir. Este hombre llamará a otros como él.

Dichosamente, mi *chauffeur* no se baja; tiene el acierto de responder que soy francesa.

El soldado hace señas a un camarada, y éste va a buscar a un oficial que se encuentra cerca, no sé dónde en realidad.

Hay una Providencia para mí.

Con la más amable de mis sonrisas, le digo mi calidad de francesa y de artista del Teatro Miguel. La casualidad hace que este oficial me conozca y me haya aplaudido con frecuencia.

—Pase usted— me dice—. Voy a arreglar eso.

Oigo al soldado que refunfuña. Cerca de él, otros soldados que se le han reunido, refunfu-

ñan también. Pero el oficial, un guapo mozo, no parece gustar de las discusiones.

—Si pudiera dar a usted un consejo—agrega en voz baja—, le diría que volviera inmediatamente a su casa, porque se prepara un gran motín y estamos recogiendo todos los carruajes.

No me lo hago repetir, y volvemos velozmente a casa.

Ante la puerta veo a una de nuestras vecinas con los brazos llenos de provisiones.

Me dice con un aire emocionado:

—Mañana pasarán cosas espantosas, y todas las tiendas estarán cerradas. Por eso me he provisto.

Quise burlarme de esta miedosa; pero oí clamores en la calle.

Hay niños que corren y personas que van con los brazos levantados.

Un gran resplandor rojizo abarca el horizonte.

El oficial de hace un momento no me engañó.

A nuestra derecha disparan de la Kamenostrowsky; se dispara sin interrupción. A veces hasta se diría que por salvos.

Parece que, como una medida de prudencia, fueron levantados los puentes que comunican las dos riberas del Newa. Quizás tenían temores de un intenso movimiento sedicioso fomentado por los obreros.

Entro, pues, sintiéndome abandonada.

¿Volverá a comenzar la odiosa existencia de antes? ¡Sí, muy odiosa, bien lo recuerdo! ¡Yo que creía que la calma había vuelto!... ¡Yo que había tenido el gusto de encontrar nuevamente mi querido teatro en pie aún!... Se me festeja allí y se me encomienda en seguida un hermoso papel en *Las Gaviotas*.

Yo había hecho preguntas a los camaradas.

—La vida teatral sigue normalmente—me respondieron—. El público asiste a ver el espectáculo como antes. Un público diferente. Las localidades caras son ocupadas ahora por los franceses y por la burguesía. Antes se reservaban esos lugares para la aristocracia. Hoy ya no hay aristocracia. Esta es una sociedad de pequeños tenderos que están muy a sus anchas, porque venden a precios demasiado altos, y si poseyeran existencias, sería un golpe de fortuna para ellos.

A 20 de Octubre.

La noche pasó sin alarma. Me comunicaron por teléfono que fué obligado Kerensky a renunciar el poder, y que los bolcheviques ganaron definitivamente. Ocupan ya el Banco del Estado, el correo y los telégrafos. Se combate en las calles.

A 24 de Octubre.

La batalla en Petrogrado continúa desde hace varios días, y vivimos confinados en nuestras moradas lo más que podemos.

Toda la noche se ha tirado contra el Palacio de Invierno, ocupado, según se ha dicho, por Kerensky. Pero se asegura que éste partió en automóvil para los alrededores de la ciudad, intentando reunir las tropas fieles para marchar sobre Petrogrado.

Ese es el medio que propuso Korniloff en otros momentos, y que tal vez habría salvado a Rusia si Kerensky, asustado a última hora, no hubiera traicionado a Korniloff.

Salí a dar una vuelta, en un momento de calma. Muchas personas estaban fuera y comentaban las noticias con calor.

Un incidente trágico, pero hasta divertido, se produjo en el barrio.

Bajo el arco de la Moskaña estaba emplazado un cañón y apuntaba al Palacio; los artilleros comenzaron el fuego en regla. Pero fué un tiro tan mal dirigido, que los bobalicones, aproximándose poco a poco a la pieza, empezaron a burlarse de estos artilleros de ocasión, y hasta los insultaron, obligándoles a huir y a abandonar el cañón.

Pero hay rumores más graves.

Noticias que llegan no se sabe de dónde, dicen que los asuntos de los alemanes están lejos de ir tan ventajosamente como se cree.

Ya no sabemos qué pensar a este respecto. En Petrogrado se tiene la impresión de estar al fin del mundo y fuera de la lucha universal y fantástica que está entablada en el Oeste.

Pero ¿cómo con lo que pasa aquí, puede haber todavía un frente ruso?

A 26 de Octubre.

Parece que ha vuelto alguna calma, a lo menos para mí, que vuelvo a habituarme a esta existencia inverosímil de alarmas continuas y de inquietud por el mañana.

Logré, lo mejor que pude, resolver el problema de mi alimentación, asegurar, poco más o menos mi vida y la de mis servidores; pero la qué precio! Son gastos que ya no bajan.

Las personas de escasos recursos causan verdadera lástima, porque se puede decir que en muchos arrabales miserables hay hambre, y el Gobierno, que por lo menos tenemos aquí, sólo toma medidas muy vagas.

Los víveres no llegan, porque no hay transportes, y el problema queda sin solución. Los trenes de harinas o de patatas que se organizan, son saqueados en el camino.

De tarde en tarde llegan por mar barriles de

mal pescado salado, y la autoridad, bien o mal, los distribuye a desdichados que se arrojan para cazar la presa.

Las personas adineradas hacen lo que pueden, dando a manos llenas para las innumerables colectas.

Hoy han venido a llamar a casa siete veces para obras de beneficencia, verdaderas o supuestas, debidas a la iniciativa de personas abnegadas o interesadas.

Pero cuando estos pobres diablos no encuentren ya víveres ni leche para los enfermos y los niños; cuando ya no ¡haya nada normal ni nada práctico y se les colme la medida, ¿qué sucederá?

Nada, tal vez... La apatía singular y conmovedora de este pueblo, hará que mueran en silencio, de la manera más lamentable.

No son éstos los que hacen la revolución. No son capaces de un esfuerzo semejante. Son los políticos quienes la hacen por ellos.

Es preciso compartir hasta cierto punto la apatía del alma rusa. Es el único medio de no sufrir en exceso. Sin esto, no habría vida posible.

Intenté acostumbrarme a ello, y por momentos, con la esperanza renaciente, pienso que todo esto no puede durar y que otros acontecimientos imprevistos resolverán tan espantosos problemas.

Además, mi situación personal, por la que tengo un gran empeño, mi situación de comedianta me dará nuevas satisfacciones. Ensayo en una obra que me agrada un papel de mi gusto. Mañana el Teatro Miguel hará su reapertura. La vida continúa.

A 4 de Noviembre.

Como ahora el Teatro Miguel vuelve a abrir sus puertas con la *Noche de Octubre* y el *Filibustero*, he tenido que embellecerme, para lo que hice llamar a mi peluquero.

El honrado artesano llega muy inquieto; ha oído disparos del lado del Hotel Europa.

Una multitud de rumores circula por el centro de la ciudad; es imposible comprobarlos. Las tropas, quizás, marchan sobre Petrogrado.

Mi peluquero asegura que la noticia es cierta; él la tuvo por la esposa de un ministro, Mme. Konovaloff, a quien acaba de peinar.

Esto pinta de un rasgo la particularidad de la raza eslava influída por el Oriente.

Así se produzcan los acontecimientos más graves, no importa. ¡Presto el peluquero! ¡Presto la manicura!...

No conozco ciudad donde, aun en la hora actual, el peluquero desempeñe un papel tan importante.

Estoy segura de que en París, sin revolución

y con sólo una pena moral, la de la guerra, cuyo teatro no está lejos, no hay esta inconsciencia femenina, y salvo algunas excepciones, veo muy pocas mujeres de funcionarios o de hombres políticos tan preocupadas por los cuidados de la coquetería.

En Petrogrado, actualmente, cuando la metralla deja desoladas las calles de ciertos barrios, las elegantes se hacen torturar el cabello dos veces al día, y me han contado ayer el caso de una coqueta que sigue haciéndose peinar hasta para dormir.

Si he cedido por una sola vez al contagio de pretender embellecerme, tengo la excusa de ir en seguida a aplaudir la representación francesa que dan mis camaradas.

Quiero asegurarme por última vez de que nada se ha cambiado a esta representación.

Pero se me dice que es una locura pretender hablar por teléfono. Los amotinados tomaron, perdieron y volvieron a tomar el hotel donde se hallan instalados los servicios centrales de correos y de teléfonos.

Quedo asombrada al ver que, inmediatamente, me dan la comunicación, hasta con una amabilidad desusada.

En medio de esta revolución extraordinaria, un servicio semejante puede cambiar de amo a viva fuerza.

Eso carece de importancia de todo género para las señoritas del teléfono.

Pero, ¿qué sucede nuevamente?

Una decepción me espera al llegar a la plaza Miguel. Todo está a oscuras. No se representa esta noche.

A lo que parece, por una medida de prudencia.

¡Qué desilusión!

Tomo el democrático tranvía que, también como el teléfono, sigue funcionando, y llego a mi casa.

Un francés me presta el periódico *L'Entente*. Leo que Kerensky reunió varios regimientos; que marcha sobre Petrogrado y que probablemente se halla sólo a veinte kilómetros de la ciudad.

Ya se oye, en efecto, un sordo cañoneo.

¿Vamos a ser bombardeados en nuestras casas por la artillería rusa?

A 5 de Noviembre.

Habiendo sabido por teléfono que como el Teatro Miguel no dió representación anoche, el ensayo de costumbre se dará esta tarde, me pongo en camino inmediatamente.

Esta vida de comediante en medio de la tormenta revolucionaria, es verdaderamente singular, y no creo que haya muchos de mis camara-



das franceses que se encuentren en semejante situación.

Es preciso tener el amor del oficio muy bien anclado en el alma, para ir hasta el final de la tarea. En verdad, nunca estuve tan envanecida como hoy de ser comedianta.

Por parecer muy bueno mi carruaje, el Gobierno lo recogió—eso era fatal—, y no tuve más medio que el tranvía.

Al comenzar el trayecto, parece todo tranquilo; pero al llegar al puente de Cirque, brusca mente oigo tronar la fusilería. Todos los pasajeros quieren bajar para buscar un refugio. Todos gritan. Un oficial italiano me aconseja que me acueste en el piso, y como viera mi vacilación, me arroja al suelo con autoridad. Los demás siguen este ejemplo...

El momento es trágico. No sabemos qué hacer.

—¡Deteneos!—gimen unos.

—¡Marchad!—aullan otros.

El fuego parece que está dirigido contra nosotros. Las balas pasan por encima de nuestras cabezas.

El conductor lanza el tranvía a toda velocidad, y cruzamos como un bólido en medio de los tiros.

Los vidrios se rompen y nos cubren de astillas.

Una señora que está a mi lado, viene ensangrentada; pero no grita ni se queja.

Comprendemos que esa carrera loca del tranvía podría ser nuestra salvación.

¿Qué es lo que sucede en realidad? Imposible distinguir algo en la rapidez de esta fuga de un género nuevo.

Oigo clamores; me parece ver personas que corren; descubro, en cierto momento, una ametralladora, con hombres a su alrededor.

El tranvía se detiene, finalmente, ante el Hotel Europa. Se oye disparar de todos lados. Me refugio al azar bajo una puerta.

Mas llego al fin. La plaza Miguel no está lejos, y, por consiguiente, me hallo cerca del teatro.

Tomo aliento, y de una tirada llego sofocándome y desfallecida al querido edificio.

Realmente es meritorio venir a ensayar en estas condiciones.

Además, no soy la única. Una camarada que vino de otro barrio, tuvo el mismo género de peripecias. Dispararon contra ella cuando cruzó la Morskaïa. La pobrecilla está livida.

¿Vamos a ensayar en estas condiciones?

¿Estamos todos?

Sí, todos están en su puesto.

Nos miramos muy emocionados y algo pálidos; pero contentos, muy contentos de estar allí y de haber demostrado que los comediantes franceses tienen valor personal.

—¡El amor al arte!— exclama alguien.

—¡Y a Francia!—agrega otra voz.

Cualquier cosa que suceda, cualquiera que sea la intensidad de la lucha, es absolutamente preciso que el teatro francés, donde se trabaja en francés, siga dando sus representaciones hasta el fin.

.
Comenzamos a ensayar, pero el regidor acude presto. Piensa que es más prudente volver a casa, porque a las cinco se espera que llegarán las tropas conducidas por Kerensky, y de seguro habrá combates en las calles.

Yo corro hacia el Hotel Europa, donde sé que hallaré amigos. Pido a uno de ellos que me acompañe. Tomamos por el Newsky, para evitar el paso por la Ingenieurnaia, donde se dice que están desarrollándose cosas terribles.

Este amigo me explica las razones que dieron pretexto a los disparos anteriores y de los cuales escapé. Fué que los bolcheviques atacaron la escuela de los cadetes, asesinando a los alumnos. Estos desdichados jóvenes, sin armas, no pudieron oponer resistencia. El tranvía pasó en el momento preciso del ataque.

En este país extraordinario, semejantes insolencias—tan sangrientas, sin embargo, como en este caso—se cometen, no por la multitud en masa, sino por pequeños grupos.

Basta con dos o trescientos manifestantes ar-

mados y decididos. Atacan un punto de la ciudad. El ataque se desarrolla, sin que nadie intervenga; no hay bobalicones como en París, donde surgirían inmediatamente y por millares. La apatía rusa hace que la gente, muy por el contrario, al saber que se asesina y se saquea, se fortifique.

El motín queda limitado en el punto requerido.

Una vez terminado el saqueo y realizados los asesinatos, los miserables se dispersan o vuelven a partir agrupados y vociferando.

Pero, fuera del lugar atacado, la vida no se perturba y continúa casi normal; los tranvías circulan, los niños juegan en los paseos y los compradores acuden a las tiendas, como si nada hubiese pasado.

Y esto hace que si se encuentra uno en peligro alguna vez, ya sea por las circunstancias o al pasar desgraciadamente por algún sitio atacado, como me sucedió hace un momento, se conserva una curiosa serenidad cuando el peligro ha huído.

De momento, la impresión es terrible, mas al ver que la vida continúa como siempre, el horror desaparece.

Ahora que me veo ilesa del peligro en que me había aventurado, casi siento cierta satisfacción por haber conocido ese instante.

Recuerdo que mientras estaba tendida en el piso del tranvía, mi gran preocupación era cuidar las orejas del pequeño tigre de marfil de mi sombrilla.

El amigo a quien cuento esta impresión, me dice que es una forma muy conocida de la emoción, y añade que hasta del *miedo*; en los momentos más peligrosos se piensa en pequeñeces.

Y protesté riendo:

—Yo llamo a eso, muy al contrario, sangre fría.

En el camino nos encontramos con la Guardia roja.

¡Ah! ¡La gran palabra, la palabra solemne!

En realidad, es una mezcla penosa de personas de toda clase, venidas de no se sabe dónde, vestidas, sobre todo, con trajes muy sucios, y que se divierten haciendo disparos al azar para producir ruido. Van en grupos de cuarenta a cincuenta, sin orden y hablando muy alto.

No impresionan. Dan compasión y tenemos gran cuidado para evitar su encuentro.

Ahora ya salgo de la zona peligrosa, doy las gracias a mi caballero y tomo un *isvotchik* (coche de alquiler), porque los medios de transporte andan todavía ofreciendo sus servicios a dos pasos del motín.

Es un excelente negocio el que están haciendo, porque nadie piensa en regatear.

—¿Cuánto es?

El conductor del *isvotchick* fija un precio. Acepto haciendo una señal con la cabeza y al llegar pago maquinalmente, sin reflexionar en la cifra desusada y excesiva del coste de estos cuantos minutos de transporte.

Además, tengo la desgracia de ver, al llegar a mi casa, una larga fila de carros cargados con cajas de municiones y conducidos por la guardia roja. Me empequeñezco bajo la capota levantada para la lluvia. Los carros se alejan.

Mi conserje me previene que para lo sucesivo la puerta será cerrada desde las seis, y que es preciso pasar por las dependencias y entregar al soldado de guardia un papel comprobando que soy inquilina, porque la casa está considerada como sospechosa y debe ser custodiada.

Es, por consiguiente, imposible recibir ninguna visita después de las seis de la tarde.

Esto es encantador.

Se espera todavía a Kerensky, que habrá reunido a los cosacos.

A 12 de Noviembre.

Esta mañana estaba yo cerca de la ventana terminando mi *toilette*. Aprovechaba esa claridad para verme en un espejo.

El sol lucía en ese momento, y tal vez un rayo que vino a iluminar el cristal hirió los ojos del

soldado de la guardia roja, que está de servicio delante de la casa, dándole la ilusión de un rápido fulgor.

Este bruto disparó inmediatamente un tiro en mi dirección. La bala debe de haberse incrustado en el muro.

Mas estas impresiones son muy desagradables.

No me inmuté, y continué mi *toilette*, aunque apartándome de la ventana peligrosa.

El soldado ha seguido haciendo su servicio sin preocuparse de mí. Este imbécil tomó el reflejo del sol en el espejo por el fulgor de un disparo.

Tengo los nervios muy excitados.

A 16 de Noviembre.

Me aventuré a salir unos momentos.

Esta vida me ahoga. A menos de encontrarse retenido en el lecho por la enfermedad, no se puede permanecer más de un día en un departamento cerrado que sólo recibe aire por un pequeño postigo entreabierto con temor. ¡Hace tanto frío y hay tanta humedad!

Las noticias son malas.

La guerra civil se extiende; Moscú está más probada todavía, a lo que parece, que Petrogrado.

Dicen que hay trincheras en la ciudad, y que

el admirable Klemlin está bajo el fuego de la artillería, porque los partidarios del antiguo régimen están refugiados allí.

Los revolucionarios se han apoderado del depósito de alcohol, y la turba ebria, ya sin freno, invade las casas cercanas para saquearlas.

Un amigo que logró tomar el tren y escapar de Moscú, me contó que anteayer en la noche, a las diez, la Guardia roja llegó a su casa. Él tenía una cartera con treinta mil rublos, y al ver a esos hombres, mi amigo se apresuró a lanzar la cartera hacia una lámpara colgante, que era en forma de copa.

Avanzó hacia los soldados y les dijo:

—¿Qué esperáis para salir, ahora que me habéis quitado todo?

El asombro se pintó primeramente en sus semblantes; después los soldados se miraron entre sí con desconfianza, y se preguntaban si, por casualidad, algunos de ellos no habrían ya venido sin comunicarlo a los demás.

Finalmente, resolvieron marcharse, y fueron a saquear otra casa de la vecindad, que es de una francesa.

Nuestra calidad de franceses, ¿ya no es respetada entonces?

Sin embargo, en el Consulado nos dieron documentos especiales para nuestra seguridad, que indican la nacionalidad que tenemos y que debe-

mos fijar en las puertas de las casas que habitamos.

Esos miserables, ¿van a dejar de respetar a los extranjeros?

La francesa a quien acaban de saquear la habitación desde los cimientos hasta los techos, según dice mi amigo, está muy lejos de ser rica. Le quitaron todo, hasta un pequeño medallón de oro, en que guardaba los cabellos y el retrato de su hija muerta. Suplicó mucho; pero nada consiguió.

La desdichada no conocía el único medio que era preciso emplear, y estaba imposibilitada para ponerlo en práctica.

Este medio consiste en rescatar del ladrón el objeto que acaba de sustraer.

Los periódicos publican la noticia de que los teatros y los cinemas van a ser clausurados por falta de luz.

Dichosamente, el Teatro Miguel tiene su electricidad propia.

Me aventuro hacia esa mansión amada. Las calles están más tranquilas.

Daumerie, nuestro regidor, tiene una calma admirable. Quiere que, aun en medio de esta tormenta, continuemos los ensayos. ¡Eso es trágico!

¡Con tal de que los bolcheviques nos dejen representar!

Hasta ahora no han demostrado sentimientos hostiles hacia la compañía francesa. Al contrario. Pero algún día, ¿no hallarán que hay demasiados burgueses entre los espectadores?

Y luego que, verdaderamente, casi no sentimos disposición para representar ficciones en el teatro, cuando una tragedia semejante se desarrolla en realidad a nuestro lado y con frecuencia a nuestra vista.

Hay momentos en que pienso que es preciso mirar el peligro de frente y no con esta especie de desenfado que nos esforzamos en tener con pretexto de energía y con pretexto de una actitud valiente y muy francesa.

Sería terrible ser asesinado estúpidamente por uno de estos brutos. Hay precauciones indispensables que sería insensato dejar de tomar. Es preciso hacerse lo menos notable posible.

Sólo saldré con un sombrero viejo y un abrigo de paño oscuro cuyas vueltas de piel escondo hacia dentro. Peor para mí si siento frío en la nuca.

Tengo unas botas muy usadas que había regalado a mi doncella y que he vuelto a tomar debido a las circunstancias.

No estoy segura de no ser insultada por estos brutos de la Guardia roja, quienes al verme con un traje que juzgaran caro, podrían hasta desvestirme en la calle.

Esto ha sucedido ya a varias personas, cuya triste aventura me fué relatada con pormenores que no dejan lugar a duda.

Hasta se ha bautizado ya a estos bandidos que se encarnizan especialmente contra los trajes de los transeuntes. Se les llama *noulligan*, y trabajan para sus amables compañeras, que aprecian sobre todo el calzado fino. Diré que un par de botas cuesta trescientos rublos.

Se dice también que un anciano, cuyo terror a los bolcheviques es terrible, pasa los días... en el baño público, seguro de que allí no irán a buscarle.

A 7 de Diciembre.

Los días de angustia continúan... Vivimos encaustradas dentro de las habitaciones, con las ventanas cerradas herméticamente. La electricidad, por fortuna, funciona, a lo menos a ciertas horas.

De tiempo en tiempo, es absolutamente preciso tomar el aire libre para escapar de este ahogo, de esta tumba, y la gente se aventura por los paseos, donde adquiere noticias.

Como los últimos días habían sido algo más tranquilos, me decidí ayer a aceptar una comida en casa de unos amigos que habitan muy cerca del Palacio de Invierno.

—¡Qué imprudencia!— dijeron las personas

que me rodeaban—. Los sótanos del Palacio de Invierno son tentadores. El saqueo es inminente allí.

Pero me obstino. ¡Venga lo que sea! Ya hace varios meses que vivo en medio de continuos peligros.

Por consecuencia, me aventuro a ir a casa de mis amigos. En verdad, no me esperaban, porque la amenaza del saqueo se confirmó. Los bolcheviques no saben guardar el secreto de sus proyectos. Los organizan sin misterio. Se diría que casi alardean de ellos.

Y lo anunciado sucedió precisamente a la hora de la mesa. Por una ventana que permitía ver lo que pasaba en el Palacio de Invierno y a la que quitamos lo que impedía la vista, observamos la horrible escena. Los bolcheviques parecían demasiado ocupados en su labor siniestra, para curarse de las ventanas de las demás casas, y de las personas que en la sombra pudieran verles. Se sobreentiende que nosotros habíamos apagado todas las luces.

Claramente distinguimos soldados que se introducían en los sótanos donde se hallaban las reservas de vino.

Fué un saqueo en regla, sin desorden y con una organización visible.

Pero bien pronto, una cosa más vergonzosa aún, quedó combinada: un mercado.

¿No era oportuno transformar en monedas todas las botellas robadas y hacer esto inmediatamente?

Sin duda, por esa circunstancia, los miserables habían anunciado con tantos gritos que los sótanos del Palacio serían saqueados.

Por esto, las gentes que en circunstancias parecidas temen los golpes frustrados, y que por una apatía natural se quedan encerradas dentro de sus casas, en tal ocasión, por el contrario, salieron en grupos, y se formaron cerca de los bolcheviques, quienes habían amontonado al aire libre su botín.

Eran los compradores en acecho de la ocasión para adquirir buen vino a bajo precio. Porque estos pillos liquidaban de prisa sus mercancías.

Y fué lamentable ver formarse prontamente una larga fila de compradores. Mis amigos me indicaron entre los que compraban, a varios criados de la vecindad, quienes, a vil precio, adquirirían botellas de Champaña y de Jerez, por orden de sus amos probablemente.

Aquella escena me pareció un lúgubre símbolo de la decadencia del pueblo ruso.

Pero cerca de las nueve llegaron automóviles armados con ametralladoras. Entonces todos los salteadores y compradores huyeron, dejando abandonadas sus mercancías. Por todas partes

resonaron los tiros. Las gentes gritaban dolorosamente.

Algún tiempo después, los automóviles mortíferos desaparecieron y las botellas también.

Solamente algunas sombras iban todavía hacia los sótanos y venían de allí, pero parecía que transportaban cuerpos inertes.

¿Eran estos salteadores completamente ebrios, o víctimas?

Aquellas sombras eran siniestras en medio de la noche gris.

La fusilería se había calmado. Eran las once.

Entonces salí por la escalera de servicio que da al canal del Moika. Había una neblina espesa, lo que es raro en Petrogrado, una neblina que bruscamente se hizo densa.

No se veía a dos pasos de distancia.

Era una envoltura nocturna, singular, después de aquel tumulto.

A lo lejos, y con intervalos muy largos, sonaban disparos que interrumpían el silencio de la noche. La nieve ahogaba todos los ruidos.

Se hubiera uno creído en una ciudad muerta.

A 10 de Diciembre.

Un incidente repentino e inesperado acaba de producirse en mi casa. Habría podido degenerar en trágico; pero fué sencillamente ridículo,

y lo mejor sería reír de eso, en estos tiempos en que casi hemos olvidado lo que es la risa.

A las once de la noche sonó la campanilla de mi puerta. Las once de la noche es una hora muy razonable en Petrogrado, hasta en estos momentos. Mientras no sea la una de la mañana, nadie debe sorprenderse de oír sonar la campanilla.

Dos hombres se presentaron. Yo diría dos caballeros. Estaban convenientemente equipados y tenían un aire solemne.

Aquellas personas venían a... pedir el voto de mis criadas, porque la Constituyente se abre el jueves, y los bolcheviques se esfuerzan por reunir el mayor número posible de votos.

Me precipito a la cocina y prohibo a las criadas que se mezclen en eso, tratando de demostrarles todo el mal que puede sobrevenir si el partido bolchevique llega a predominar y si toma actitudes oficiales, además de las bandas de salteadores e insurgentes.

Mis palabras no hacen mella. Las criadas mueven la cabeza mal convencidas por mi instancia.

Una de ellas me dice:

—Los bolcheviques llegarán tal vez a sacar a Rusia de este callejón sin salida.

—¡Jamás, jamás, desdichada!—respondí.

Y encontrando el argumento decisivo, el úni-

co que podía determinar a esta alma sencilla, añadió.

—Los bolcheviques vendrán a apoderarse de todas las provisiones de usted.

Entonces se negaron a votar, y los dos emisarios regresaron sin haber obtenido nada.

Vaciar el bolsillo a un ruso es poca cosa.

Tomar sus provisiones, es todo...

A 12 de Diciembre.

Esta mañana, a partir de mediodía, hubo gran agitación en mi calle. (Habitó en la Serguevs-Kaia.) Es la vía por donde se va al Palacio de Tauride, en el que debe abrirse la Constituyente.

Vi desfilar bajo mis ventanas una muchedumbre considerable, que llevaba estandartes en que se leía:

«¡Viva la Constituyente!»

El carácter especial de esta manifestación es que, muy al contrario de las manifestaciones habituales, está compuesta únicamente de personas bien vestidas. Hasta hay algunas que llevan ricas pellizas y hermosos abrigos de piel.

Son los *bourjoi* (burgueses) que se dirigen a la Duma, con el fin de obtener la apertura de la Constituyente y la supresión de los bolcheviques.

Un desfile como éste, no carece de cierta grandeza en horas semejantes.

Se ven, en efecto, a unos cuantos metros de la muchedumbre, las imponentes ametralladoras.

Forman en esta manifestación señoritas, estudiantes y ancianos que pasan tranquilamente.

¿No habrá dentro de un momento una atroz carnicería en las filas de estas personas pacíficas?

No obstante las seguridades de los que gobiernan y que dicen muy alto que darán libertad a todas las manifestaciones, cualesquiera que sean, podemos preguntarnos si ésta no va a chocar con alguna banda de insurrectos venidos del pueblo, y si dentro de una hora esas ametralladoras no van a sembrar la muerte.

Pero el fatalismo ruso es admirable.

Se diría que nadie aquí piensa en la muerte, por más que ésta se halla en todas partes...

Es la apatía, la resignación y la inconsciencia eslava.

A 15 de Diciembre.

Vuelve a comenzar el saqueo de los sótanos. Todos serán visitados.

Desde que probaron el jerez y el champaña del Palacio de Invierno, desde que vendieron las botellas en lo que quisieron, el saqueo de los sótanos ha llegado a ser el comercio habitual de los bolcheviques.

Ya no se trata de política, de comunismo social, ni de adquisición de tierras. Lo único que

les interesa es el vino, el champaña sobre todo, e invariablemente tras de las escenas innobles de embriaguez siguen las violencias.

Un incendio se declaró ayer en la gran fábrica de Petrof, y se cuenta que, no obstante haber empleado una ametralladora para evitar el saqueo de los sótanos, los bolcheviques se precipitaron al asalto de las botellas llenas.

Y en las calles cercanas comenzó inmediatamente el deplorable tráfico.

Parece que el champaña ruso vale ocho rublos, y el vino seis.

Y así es como, para ganar unos miserables rublos, hombres y soldados que han presenciado las terribles batallas del principio de la gran guerra, aventuran, no su honor, que ya ni se menciona, sino una bala de revólver o de ametralladora.

Es trágica la historia de esta fábrica de Petrof.

La señora Petrof, al morir, la legó a sus hijos. Pero ella había legado también todos sus muebles, los objetos de arte y los cubiertos de plata, a sus servidores, quienes, al venderse todo esto, recibieron más de un millón, casi una fortuna para esos humildes.

Están ahora, por consiguiente, disfrutando de algunas comodidades, mientras que sus amos, los hijos de la señora Petrof, que heredaron la fábrica, ya nada poseen, porque ésta se incendió.

Tal ejemplo es típico. El testamento de la señora Petrof fué un hermoso acto de generosidad, que determinó la distribución de una gran suma como recompensa a servidores modestos.

Este nombre habría debido ser respetado por todos, y principalmente por los que se vanaglorian de tener un ideal comunista y piden el reparto, a fuerza armada, de las grandes fortunas.

Aquella, por iniciativa propia, se adelantó a los deseos de reparto forzoso.

Parece que precisamente por tal circunstancia, estos miserables, estos locos, se han dedicado a atacar. Y la fábrica de Petrof fué uno de los primeros edificios incendiados.

¡Pobre país!

A 20 de Diciembre.

La vida está completamente desorganizada, y ya nada nos asombra. Lidia acaba de encontrar, perdido en el laberinto de las escaleras de servicio, a un coronel francés, uno de mis amigos, que, estando para marchar a París, quiso despedirse de mí. En efecto, desde las seis de la tarde se cierra la entrada principal por temor de los salteadores y de los vagabundos.

No solamente los bolcheviques son de temer, sino también los individuos inclasificables que operan por cuenta propia, y que se hacen pasar como bolcheviques a fin de imponerse.

Estaba yo confusa de recibir así a este coronel. Cuando me presentó sus primeros respetos se hallaba en la cocina, esforzándose por explicar a la cocinera el objeto de su visita; la mujer estaba asombrada de ver que un personaje de tanta significación y vestido de riguroso uniforme, pasaba por la entrada de los *dvornicks*.

Hablamos mucho de París, París adonde él va, París al que tanto quiero y que parece tan lejos de aquí, tan lejos de esta ciudad perturbada.

Lamento haberlo dejado, por el noble objeto que yo pensaba llevar a cabo: representar, a pesar de todo, representar en francés obras francesas en la capital rusa, a despecho de todo lo que pudiera sobrevenir.

Pero, ¿cómo era posible representar con estos motines casi diarios, que obstruyen el camino, y con la perspectiva de que el día menos pensado falten la luz y el carbón, y de que en el mejor momento encontremos la casa clausurada en virtud de un golpe de mano ordenado por algún político enemigo de Francia?

Es inútil querer disimular esto. El partido bolchevique, cuya marea sube, que, no obstante sus sofismas, sus absurdos y sus infamias agrupa, a fuerza de discursos, largas procesiones de hombres ignorantes, desengañados, amargados o simplemente desdichados, es ahora, no obstante la indulgencia de algunos jefes aislados

que recuerdan haber vivido en París, un partido hostil a Francia.

Allí está Alemania, trabajando bajo cuerda, y si estas gentes llegan a ser los amos de Rusia, todo lo que sea francés naufragará.

A 22 de Diciembre.

Los ensayos han vuelto a comenzar valerosamente. Es preciso. No obstante estas continuas dificultades, todos trabajamos lo mejor que podemos para presentar un nuevo espectáculo.

He sabido que la compañía de comediantes franceses está muy bien vista por las autoridades bolcheviques.

Cuando, en efecto, dichas autoridades asumieron el poder, los actores rusos de los teatros de Petrogrado se declararon en huelga, y durante mucho tiempo no hubo espectáculos.

Los actores franceses nos mantuvimos tranquilos, porque toda esta política interior de Rusia no nos concierne.

Suceda lo que sucediere, nosotros habremos combatido, hasta el extremo, por el arte francés.

Al salir de la Serguievskaja, tomé, según mi costumbre, un *isvotchick* para ir al ensayo.

El disparo de cañón que anuncia a los habitantes el mediodía, acaba de sonar, cuando vi a un soldado completamente ebrio que paseaba

con el gorro de lado y con el fusil sobre el hombro.

Repentinamente se detuvo y dirigió su arma hacia mí. Con rapidez me oculté lo mejor que pude bajo la manta, en el fondo de mi trineo.

La bala pasó muy alto.

Pero si hubiera yo permanecido sentada, de seguro me mata.

Comprendí que lo que le había llamado la atención en mí fué una toca hecha con colas de marta que se balanceaban airosamente.

Este adorno de género moderno fué lo que atrajo la mirada de ese nuevo Guillermo Tell.

Moraleja.—Desconfiad de la moda durante la Revolución.

A 28 de Diciembre.

El fin de año es más tranquilo. Quizás lo debemos a la enorme cantidad de nieves que cae de continuo y amortaja la gran ciudad.

Pero la carestía de la vida vuelve a tomar proporciones inverosímiles.

Esto produce algunas veces incidentes pintorescos, *divertidos*, me atrevería a decir.

Al salir del Hotel Europa, hace un momento, vi tres isvotchicks que parecían acechar mi paso, y se aprestaban a conducirme.

—¿Cuánto cuesta llevarme a la Serguavskaïa?—pregunté al primero?

—Quince rublos.

No respondí. La mitad de este precio era más que suficiente.

En ese momento, el segundo me hizo seña y preguntó:

—¿Adónde va usted?

—A Serguavskaïa.

—¡Veinticinco rublos, patrona!—respondió tranquilamente.

Entonces el tercero intervino, al ver que nada había yo arreglado y que alzaba los hombros.

A su vez me hizo repetir la dirección.

—Son cincuenta rublos—dijo.

Me di cuenta por fin de que esos hombres se burlaban de mí y que los tres habían oído muy bien mi dirección desde la primera vez que la di.

Entonces adopté para responderles el aspecto de alguien que es recién llegado al país y que no conoce los precios.

—¡Ofrezco cien rublos!—dije.

Los tres automedontes fustigaron sus caballos y llegaron cerca de mí, ya listos para disputarse la presa.

Pero, volviéndoles la espalda entre risas ligeras, les dejé con un palmo de nariz, y huí a todo correr por una callejuela estrecha donde los trineos no podían pasar.

Esta lección quedará, a pesar de todo, sin efecto.

Es ilusorio pretender dar una lección a un ruso.

A 10 de Enero.

El año nuevo no ha traído, ¡Dios mío!, ningún cambio a la vida torturadora que todo el mundo lleva aquí.

Los bolcheviques se mantienen en el poder. Anteayer la Constituyente debió abrirse.

Se le abrió, en efecto, durante doce horas; pero como los bolcheviques comprobaron que no tenían mayoría, se retiraron, y la asamblea fué disuelta. Nada más sencillo.

Patrullas de guardias rojos se pasean en las calles y con el pretexto más insignificante hacen disparos. Tanto peor para las víctimas.

En mi barrio hace un momento se rompió un fuego graneado contra inofensivos transeuntes.

Una mujer que se arrodilló para suplicar a los soldados que no dispararan sobre personas inermes, fué derribada a tiros de revólver.

He ahí el horror que vuelve a comenzar, el horror cotidiano. No salimos de casa sino pegados a los muros. Ciertas señoras de la aristocracia se cubren la cabeza con chales para asemejarse a las mujeres del pueblo.

Es preciso evitar a toda costa el aspecto de un *burgués*.

Y este disfraz produce a veces extrañas equivocaciones.

Así fué como me aconteció un suceso algo trivial en casa de Fabergé, el gran joyero.

Me encontraba allí al mismo tiempo que una señora anciana, quien deseaba vender una sorprendente miniatura persa, recamada de diamantes.

La joya me pareció interesante y me dirigí a la dama al salir de la joyería, para proponerle la compra, si el precio era razonable.

Estaba yo vestida con un abrigo color de castaña, muy sencillo, adornado con una piel de poco valor y llevaba en la cabeza un sombrero azul de fieltro blando.

Con toda evidencia, no tenía yo el aspecto de una elegante capaz de comprar una joya de lujo.

La anciana me midió con la mirada; y como le di mi nombre de artista, replicó:

—¡Vamos! usted no puede ser mademoiselle Paf. ¡La he visto trabajar en el Teatro Miguell ¡Es una dama muy elegante!...

En vano traté de probarle que realmente era yo. La señora de la joya, quizás me tomó por una estafadora, y se alejó a toda prisa.

A 12 de Enero.

Llegó la vez de que el problema de la vida se presentase muy inquietante para mí.

No estoy sin dinero y eso que me he permitido conservar hasta ahora mi tren de casa y que he afrontado los excesivos gastos diarios que demanda.

Pero lo mejor de mis fondos está hoy en el Banco, y los bolcheviques decidieron que no salga dinero de aquella institución sin su permiso.

La orden es terminante. De nada le sirve a uno ser francesa, ni ser artista; es preciso hacer cuanto estos hombres quieren.

Proclaman muy alto que este decreto es la más elocuente respuesta a las reivindicaciones del proletariado. Para mí creo que es más bien un golpe de mano. Con pretexto de igualdad, se apoderan de todos los depósitos de dinero, que todavía pueden constituir la fortuna de los que fueron ricos; no hay mucha diferencia entre apoderarse por la fuerza y confiscar.

Tengo, pues, que conformarme con el nuevo reglamento. Necesito, como los demás, una autorización en toda forma para sacar más de quinientos rublos del Banco.

Como me imagino que ha de haber una muchedumbre en el Ministerio, para obtener auto-

rizaciones de este género, valientemente me resigno a ir a ver a Lounatcharsky, comisario de los teatros del Estado.

Tal vez me ayude a sacar mis fondos del Banco.

A 13 de Enero.

En el despacho de los teatros donde Lounatcharsky es comisario y poderoso soberano, la multitud espera.

Hay gente por todas partes, en los pasillos y en las escaleras. Felizmente voy armada de una gran paciencia.

Un empleado me pregunta mi nombre y lo inscribe en una larga lista.

Se debe esperar, en efecto. Aquí cada uno entra cuando le corresponde. Acabó el recurso tradicional de las propinas.

Los bolcheviques suprimieron las propinas, que era uno de los recursos esenciales de la vida rusa.

Estiman degradante ese medio de corrupción inventado por los burgueses.

Tal vez no han hecho mal en eso.

¡Si por lo menos se hubieran limitado a reformas de este género!

Después de esperar una hora, me hicieron pasar. En la primera sala tuve que sufrir un verdadero interrogatorio, hecho por un secretario.

Tengo que llenar un documento que es, realmente, un cuestionario policíaco.

Se me hace pasar entonces a la sala contigua donde está Lounatcharsky.

Este es un hombre de estatura mediana, ligeramente encorvado, con el rostro delgado y simpático, y los ojos de mirada franca.

Sus cabellos, castaños, están peinados hacia atrás con estudiado descuido. Una pequeña perilla sedosa le afina el rostro. Hay que notar, además, que la mayor parte de los bolcheviques usan perilla.

En verdad, no esperaba yo que este hombre fuera así... Maquinalmente imagina uno que tienen rostros terribles todos los personajes de esta revolución, que es espantosa bajo cualquiera de sus aspectos.

Lunacharsky me pregunta con afabilidad el motivo de mi visita. Lo expongo, y él aprueba.

Inmediatamente hace redactar a su secretaria, la Sra. Kamenieva, una petición para el ministro de Hacienda. ¡Ay, Dios mío! ¡Voy a tener necesidad de tratar asuntos con la burocracia bolchevique! ¡Eso no es cualquier cosa!

Pero reconozco que lo que acabo de ver es muy distinto de lo que esperaba encontrar. Las oficinas por donde tengo que pasar al retirarme, están llenas de personas a quienes se ve trabajando en tareas bien organizadas y metódicas.

Hay, pues, en este nuevo partido, espantoso por tantas razones, y cuya única fuerza, a lo que parece, es la violencia, en este partido que parece tan incoherente, que ejecuta actos de energía, crueldades y hasta infamias, hay en este partido, digo, cabezas que dirigen, organizan y administran.

A 13 de Enero.

Provista del documento que pide una autorización para retirar mis fondos, me dirijo al Banco del Estado, con la esperanza de hablar al ministro de Hacienda.

Lo mejor es tratar con él directamente.

¿Por qué no?

Me figuro que toda esta burocracia bolcheviquista debe ser un desbarajuste, sobre todo en esta época.

De una plumada, el ministro despachará él mismo mi asunto. No puede ni debe rehusar esta satisfacción a una francesa. Mi nombre en realidad no le es desconocido.

En la reja me detienen los soldados. Se me obliga a presentar mi documento a través de los hierros; el documento lleva el sello bolchevique. Entonces me permiten el acceso al patio, y de allí me dirijo a la entrada principal.

¡Dios mío! Hay por todas partes una muchedumbre imposible de imaginar. Toda esa gente

viene con el mismo objeto: obtener el permiso para retirar los fondos que tiene allí depositados, al menos una parte de ellos. Los gastos necesarios para la vida son tan elevados, que este problema se presenta imperioso.

La muchedumbre me arrastra, y yo, sin saber la causa, tengo la obsesión de que si un incendio se declarase, o algún pánico por cualquier motivo se produjera, quedaríamos todos ahogados.

Subo con gran trabajo al piso superior, menos lleno de gente, el *hermoso piso*, como lo llaman los guardias rojos de servicio.

Allí es, en efecto, donde están las autoridades. Hay corredores y puertas numeradas donde gentes vulgares me ven con poca cortesía.

Por fin, un burócrata intratable me dice que Sokolnikoff no recibe aquí, sino en Caterinsky, Canal, número 24.

Hay que volver a empezar...

Me obstino, sin embargo, y a toda prisa me encamino a esa dirección. El 24 es una casa de productos muy trivial, que en nada se parece a un ministerio. Ningún fausto. Nada de lujo. En el primer piso están las oficinas, donde esperan unas quince personas.

Una de las grandes novedades del bolcheviquismo es que los jefes estén a disposición del pueblo, accesibles para todos y listos para recibir

a los que deseen verles, y esto sin recomendación de ningún género.

Me basta escribir mi nombre en una hoja de papel.

Después de media hora de espera, me llaman al mismo tiempo que a otras cuatro personas.

El secretario que me introduce tiene un rostro extremadamente desagradable, es el verdadero tipo del negro blanco. Chapurrea el francés penosamente.

Avanzo algo vacilante y sin darme cuenta de ello. Es absurdo, pero este medio nuevo para mí me produce un malestar inexplicable. Desearía huir como si estuviese rodeada de peligros, como si me hallara en un país enemigo. No debe ser más desagradable encontrarse repentinamente rodeada de alemanes.

Sin embargo, es preciso obstinarse y llegar al fin del arreglo. Mi situación pecuniaria va de por medio, y es imperiosa en esta época en que todo tiene un alto precio. ¿Qué haré, cómo viviré, si no logro mi propósito?

Me enderezo. Procuro tomar buen aspecto y doy algunos pasos hacia una mesa, detrás de la cual se ve una persona de alta estatura.

Es un hombre que está en pie, tiene la mano en el chaleco, y su actitud recuerda la de Napoleón...

Este hombre, que nada me ha dicho todavía,

me causa una impresión muy desagradable, voy a tomar asiento en una butaca que está desocupada.

—¡No hay que sentarse!—exclama una voz, indignada de mi despreocupación.

Es el antipático secretario que me introdujo hace un momento.

—¡Estoy cansada! — digo, y continúo en el sillón.

Mi turno llega bruscamente, más pronto de lo que pensaba, y entrego al ministro comisario un papel preparado en el que he escrito mi instancia en francés. Una voz seca me hace esta pregunta, que estoy muy lejos de esperar.

—¿Habla usted alemán?

No pierdo, sin embargo, mi sangre fría y respondo:

—¡Soy francesa!

Mal principio. Sokolnikoff, desdeñoso; mira mi instancia con descortesía, declara:

—Lo que Lunacharsky propone para usted es imposible y contrario a la ley. No puedo entregar a usted nada.

Al oír estas palabras, la sangre me sube al rostro. En un instante vuelvo a encontrar todos mis recursos, como en el teatro. Veo claramente el hombre que está frente a mí, pálido, tieso, pero muy elegante, singularmente elegante, con las manos finas y el cabello empomado.

Su expresión es al mismo tiempo fría y burlesca.

Pero no me desconcierto por tan poco, y estallo en protestas vehementes:

—¡No soy una burguesa! Hace tres años que trabajo en vuestro país, que vivo entre vosotros, bien conocida, apreciada y respetada por todos. He tenido confianza en el Banco y he llevado a él cuanto poseía. Ese dinero me pertenece. Es indigno que se me impida disponer de él.

Represento la gran escena del Tres, como se dice en el teatro. Mi voz va mojada en lágrimas que no son sinceras, porque, así lo creo, no debo suplicar, sino insultar.

El hombre me mira imperturbable.

Con un gesto indica al secretario que haga acercar a la persona siguiente.

Y me retiro furiosa por el chasco, sintiendo al mismo tiempo una gran desilusión.

¿Qué clase de partido es este singular partido en el que dos personajes importantes, dos jefes, han respondido consecutivamente de modo tan diverso a una misma demanda?

Y veo, en estos dos hombres, algo como el símbolo emocionador del bolcheviquismo, cuya sombra terrible se alza amenazadora sobre la desdichada Rusia, y mañana tal vez sobre el mundo entero.

Son una mezcla de idealistas, hasta de apósto-

les, que tienen convicciones sinceras; son soñadores víctimas del dolor; rebeldes llenos de amargura, que desean una sociedad reconstruída sobre nuevas bases; y hay también entre ellos, por desgracia, y tal vez son la mayoría, hombres violentos, aunque inteligentes, implacables y pagados por el otro enemigo que se olvida demasiado aquí y del que apenas se curan al leer con indiferencia los comunicados de la guerra: Alemania.

A 6 de Febrero.

Una calma que ya no se esperaba, una calma relativa, pero que es hasta un alivio, se ha presentado desde hace varios días en la vida de Petrogrado. Parece que se respira mejor, que ya no será interrumpida la circulación por algún motín. En cuanto a mí, he vuelto a mis ocupaciones ordinarias y a mis paseos, maldiciendo en toda hora la complicación en que me ha colocado la negativa de Sokolnikoff.

Estaba yo decidida a emplear otros medios. Mi causa no se había perdido, puesto que contaba yo con la aprobación de Lunacharsky.

Pero he aquí que hoy, un golpe teatral circula, un golpe que después se afirma y se precisa, una decisión asombrosa, tomada en estos días por los bolcheviques.

No se firmará la paz separada. Pero la guerra ha terminado. *Ya no hay guerra.*

Alemania recibe mal esta manera de obrar absolutamente nueva; y como respuesta se ha apoderado de Dwinsk y de Reval.

Los bolcheviques no se preocupan por esto. Los alemanes pueden entrar en todas las ciudades que quieran. Ya no hay guerra. La guerra no es sino una ficción.

¿Qué cerebros han concebido esta manera inaudita e inverosímil de suspender la lucha gigantesca?

Y Rusia, ¿a qué nuevas desdichas se expone con esta loca resolución?

Porque se presenta una espantosa interrogación, espantosa para todos los habitantes de la ciudad y particularmente para nosotros los franceses.

¿Van a venir los *boches* a Petrogrado?

El ejército ruso está en plena derrota; cede en todas partes, y la gran contraseña de los bolcheviques, para los desdichados soldados que llenan los caminos al regresar, es:

«¡Pan y paz!»

Detrás de este alud de soldados que ya no se baten, sube el ejército alemán, seguramente numeroso y bien organizado.

En ese caso, ¿qué haremos?

Todos tienen hambre aquí. Cada uno es acree-

dor a un ínfimo trozo de pan para dos días; naturalmente, es devorado el primer día. Y ¡qué pan! ¡Negro, pegajoso, amelcochado!

Ante las tiendas, en todas las calles, se forman largas filas de personas heladas de frío que se alinean para esperar la piadosa pitanza; todos desean ser los primeros en recibirla, porque nunca hay suficiente para distribuir a los que esperan.

Y sin embargo, hace un momento, acabo de comer muy cómodamente en una fonda de moda, todavía abierta, como tantas otras. Ciertamente que la cuenta fué muy elevada, pero nada faltó... Excelente cocina, bajo la dirección de un cocinero francés. Presentaron vinos de Francia. Se veía un lujo excesivo y trajes verdaderamente suntuosos.

Entre los comensales se me indicó a dos ricos improvisados. No es preciso insistir sobre el origen de su riqueza. Disfrutaban groseramente de su dinero y despilfarran en comidas extraordinarias.

Observo sus rostros desagradables y sospechosos.

Varios de esos individuos son bolcheviques notorios, que a su vez quieren vivir la vida lujosa.

A 8 de Febrero.

Las cooperativas intentan organizarse en los grandes inmuebles. Hay que vivir. Hay que vivir, aunque se gaste hasta el último *kopek* (1) para sostenerse hasta el fin.

Los que pueden, siguen comiendo en casa de Contant, la única fonda que ha quedado abierta. La comida, compuesta de dos platos, sin postre, cuesta veinte rublos. Antes sólo valía dos.

La ciudad presenta un curioso espectáculo.

Fueron invitados los habitantes de las casas a limpiar la calle, y se ve a elegantes señoras, envueltas en pieles todavía suntuosas, que, armadas de una pala, rompen el hielo.

El principal cuidado de los que antes del bolcheviquismo pertenecían a las clases directoras, es el de probar que no temen los trabajos rudos.

Hombres de la mejor sociedad se transforman valerosamente en descargadores, y llevan los sacos sin falsa vergüenza y sin misterio. Por la noche vuelven a su vida normal, y se hacen servir por sus criados si todavía los tienen.

Porque el problema de los criados ha llegado a ser algo casi insoluble.

La mayor parte se niegan a continuar en el servicio doméstico, o piden salarios exorbitantes.

(1) *Kopek*, moneda rusa de un valor muy pequeño.

Algunos exigen con vehemencia en las reuniones políticas, que se obligue a los burgueses a tomar el lugar de los criados y a servirles a su vez.

Muchos se han hecho denunciadores, y esto de la manera más innoble. En su mayoría son domésticos despedidos, y aun cuando haya transcurrido mucho tiempo se vengan.

El bolcheviquismo, en efecto, tiene esto de lamentable y de terrible, que una simple denuncia enviada por cualquiera, sin comprobación, es bastante para que una banda roja venga inmediatamente a saquear todo.

No hay ninguna indulgencia para los que están calificados de *burgueses* ni aun cuando se sepa—lo que es exacto—que éstos dan continuamente grandes limosnas a las múltiples colectas.

—¡Toda esa gente debe morir!— dijo Trotsky; y estas palabras se repiten sin cesar como una consigna.

Hay otra frase suya muy repetida también:

—Tenemos alma de hierro.

Es la verdad. Exceptuando algunos que conservan cierta calma todavía, enamorados de sueños de comunismo integral, de reparticiones de bienes, teóricos que saben, ante todo, discurrir, la mayor parte de los bolcheviques son hombres terriblemente prácticos, casi todos judíos, que mezclan a la realización por la violencia de las

más implacables teorías, un afán de egoísmo que no carece de beneficios.

Esto no significa que les falte sinceridad. Muchos de ellos han sido víctimas bajo el antiguo régimen de las tres autocracias: la de los individuos de la Corte, la de los militares y la de los burócratas.

No han perdonado nada de esto, y sin piedad ven ahora los sufrimientos, y así atropellan sin consideración al anciano general, que, con sus dos nietos, está obligado por la miseria a vender objetos al menudeo.

Multitud de personas de la mejor sociedad, ayer muy ricas y hoy arruinadas, se han resignado a vender humildemente en la calle a los transeuntes, periódicos, por ejemplo, que es lo que más salida tiene.

Conozco a la familia de un general, compuesta de cinco señoritas, que todas las noches bajan por la Newsky para vender periódicos a fin de cenar.

En derredor del Hotel Europa, última casa de lujo para las personas que todavía tienen algún dinero que gastar, se agrupan en gran número, apretándose casi unos contra los otros, hombres y mujeres desamparados, arruinados, inconocibles en su miseria y que pertenecían, antes de la revolución, a las más elevadas clases de la sociedad. Ahora, en cambio, para no morir de ham-

bre, han acabado por modestos comerciantes callejeros.

Muchos han vendido, uno por uno, los últimos objetos de valor que les quedaban. Después, cuando ya nada tenían, emprendieron la venta al menudeo de chucherías, cerillas, cigarrillos y pequeños espejos.

Este mercado al aire libre, en medio de la plaza, se ha hecho célebre y está muy acreditado.

Se va allí por piedad, para procurar el alivio de aquellas miserias tan lamentables.

También se va allí por venganza, para ver sufrir a quienes por tanto tiempo estuvieron en lo más alto de la escala social y se encuentran hoy tan abajo.

Pero cada vez que paso cerca de estos grupos, más numerosos de día en día; cerca de estos humildes comerciantes que llevan los nombres más ilustres de Rusia, quedo asombrada de su resignación y de la expresión apática de aquellos rostros.

Tal parece que los sufrimientos físicos y morales han abolido en ellos los sentimientos de altivez.

Hasta he visto a una joven, de un nombre muy conocido en Petrogrado, gastar en una caja de polvos de arroz los veinte rublos que había ganado penosamente con la venta, entre la nieve, de paquetes de cigarrillos.

Este rasgo caracteriza muy bien la inconsciencia de la raza eslava.

A 10 de Febrero.

Ayer tuvo lugar la primera representación del *Pasante*; desempeñé el papel de Sylvia y me encanté de ver que la sala estaba llena, no obstante que el Gobierno bolcheviquista ha suprimido los billetes de favor, que sólo se dan a los enfermos y a los mutilados.

Resueltamente, las obras francesas siguen siendo una distracción muy solicitada, hasta para muchos rusos que conocen algo nuestra lengua, o que desean darse el lujo de ocupar un palco en el Teatro Miguel.

Con frecuencia estos espectadores son bolcheviques, pero bolcheviques enriquecidos, artículo que no falta en el mercado. Estas personas han especulado y saqueado de la manera más odiosa; pero consideran que sus rapiñas son una *recuperación* justificada, y como no hay policía ni justicia que les obligue a restituir lo robado—mientras se hallan provistos de dinero, de joyas y objetos lujosos—, procuran hacerse olvidar aprovechando con egoísmo su vil riqueza.

En el seno del bolcheviquismo hay, ciertamente, hombres convencidos. Cometan el error de permitir que se haga todo eso. ¿Qué sería lo que pudieran hacer ellos mismos en realidad? Pero

al menos intentan concienzudamente organizar ese caos.

A 20 de Febrero.

Daumerie, nuestro regidor, nos ha hecho ensayar el *Mundo de las Cortesanas*; pero, a pesar de los muchos ensayos, la obra ha sido de continuo pospuesta para el día siguiente.

Por fin, hoy hemos podido dar la obra de Dumas, y hemos puesto en su representación todo nuestro esfuerzo.

Raras veces sale tan completa una representación. Yo tenía el papel de Mme. de Santis.

Instintivamente, sin saber por qué, en vez de responder con estas palabras a la baronesa de Ange, que estaba representada por Roggers: «Parto para Inglaterra y de allí para Bélgica y Alemania», le dije: «Parto para Bélgica y Holanda.»

¿Por qué tuve esa presencia de espíritu?

En el momento de bajar el telón, se nos comunicó que se hallaban en la sala von Mirbaoh y de Kaiserling.

¡Rabio por no haberlo sabido más pronto!

¿Qué habría yo hecho? No lo sé...

Intento razonar mi exasperación.

¿No es una magnífica respuesta para estos boches—que ya llegan a Petrogrado, precursores seguramente de otros muchos boches, y curiosos

de saber cómo va el teatro que antes trabajaba en francés—, no es una buena respuesta, digo, para esos boches, mostrar que, no obstante los terribles acontecimientos, la derrota rusa, el bolcheviquismo y los asesinatos, los comediantes franceses siguen en su puesto, representando ante el público, ante los bolcheviques y hasta en presencia de ellos mismos las obras maestras del arte francés?...

A 22 de Febrero.

¡Alemania, Alemania!

No tenemos sino este pensamiento que nos atormenta y nos tortura.

La vida en Petrogrado, ya tan penosa, tan dolorosa, va a ser envenenada por los alemanes, quienes se acercan ya por el camino libre y comienzan a entrar en diferentes ciudades de Rusia.

¡Qué situación va a ser la nuestra! ¿Qué va a ser de nosotros, los franceses, en este país y en esta capital donde el boche va a hablar como amo dentro de poco tiempo?

Ya se asegura que los oficiales alemanes se pasean por las calles. Simplemente han disimulado sus uniformes bajo gabanes.

Por otra parte, estamos despistados con respecto a uniformes. ¡Los vemos aquí de tantas clases!... Y desde el momento que no existe el casco significativo, el boche, con su uniforme

color de muralla, puede ser tomado por un serbio, por un italiano o por un rumano.

¡Ay, Dios mío! Al mismo tiempo nos fijamos en que los uniformes amigos son cada día menos numerosos.

Los oficiales aliados que viven en Petrogrado quieren evitar conflictos inútiles.

La situación de los alemanes es muy delicada aquí; por consiguiente, es de presumir que adoptarán una actitud discreta. Son demasiado listos para no adoptar esa actitud.

Los bolcheviques evidentemente sufren su influencia, y a ellos se debe el desastre que abre tan amplia entrada al enemigo. Pero los bolcheviques, con su mezcla de *democratismo exasperado*, que a veces sólo es humorismo; que en otras ocasiones cometen crueldades rencorosas, venganzas viles y matanzas inútiles; los bolcheviques, desorganizando todo aquello que es capaz de recordarles la burguesía y la aristocracia, no tardarán en tener un conflicto con los alemanes, si éstos se mezclan de cualquier manera en la política interior rusa, lo que no dejarán de hacer.

¿Hacia dónde vamos?

Mis pobres compañeros se alistan para la partida; los hombres por lo menos, y ¡en qué condiciones!

Tenían que pasar por Murmania, donde hace un frío de cuarenta grados y donde los vagones

carecen de calefacción o son simples carros de mercancías en cuyo centro arde un brasero. Se amontona dentro de ellos un centenar de pasajeros, como si fueran bestias.

La vida social se transforma todos los días por medidas sumamente radicales.

Desde hace poco tiempo, los rusos adultos hasta la edad de cincuenta y un años, y aun las mujeres, son inmovilizados para asegurar la alimentación común y para preparar las comidas.

¿Vamos a poder conservar la organización de nuestra vida? Mi doncella llora sin cesar. ¿Qué va a ser de los criados? Es de temer que los bolcheviques, una de estas mañanas, supriman de una manera lisa y llana todo género de servidumbre doméstica, y que se aseguren con rigor de las disposiciones relativas.

Confieso que lo sentiría de todo corazón, pues he conservado en mi servicio, no obstante la tormenta revolucionaria, a una mujer muy honrada y llena de abnegación.

La llegada probable de los alemanes se complica con la libertad de los prisioneros, sobre todo de los prisioneros austriacos, que son los más numerosos. Como ya no existen los campamentos donde se les tenía encerrados, se desparrraman por todas partes, llevando ideas, apetitos y necesidades que es fácil adivinar. Estos hombres forzosamente han sufrido hambre y frío en

un país donde todo falta desde hace tanto tiempo.

La línea de Moscú fué ya cortada por ellos, y hasta llegaron a apoderarse de una aldea que han dejado en el estado que es de suponer.

Para colmo de desgracias, en Finlandia se está combatiendo con encarnizamiento. Este país, de costumbres tan tranquilas por naturaleza, se encuentra a su vez presa de los desórdenes, de las luchas y de los horrores que lleva consigo la revolución.

Los suecos sólo aceptan los correos oficiales, lo cual significa para nosotros el aislamiento del resto del mundo. Solamente con Siberia estamos comunicados.

Y hacia esa región lejana, llena de temibles azares, y muy cara también, se dirige la caravana de numerosas familias rusas, que conservan algún dinero todavía.

Naturalmente, el Gobierno bolcheviquista, ante ese éxodo, hace todo lo que es preciso para contrariarlo. Los trenes salen cuando a él le place. No hay carbón.

En realidad, lo más prudente será tomar informes, especialmente nosotras, que somos mujeres solas.

Y después, ¿no es preciso permanecer fieles en nuestro puesto?

Porque, no obstante la cercanía de los alemanes, a pesar de la desolación general y del terror

a los bolcheviques, daremos esta noche, en el Teatro Miguel, el ensayo general de los *Maridos de Leontina*.

¡Ah! Si Alfredo Capus sospechara en qué circunstancias increíbles se ha representado su hermosa comedia!...

A 23 de Febrero.

¡Qué bien quedamos!... Sí, muy bien; pero es una desgracia que no haya habido un corresponsal de algún periódico parisiense que pudiera por algún medio telegráfico—desdichadamente ilusorio—enviar la crónica de la función.

Mentiría yo si dijera que el público estuvo efusivo. Ya no se oyen ovaciones desde que faltan los espectadores aristocráticos que asistían antes de la guerra, y entre los que era de buen tono aclamar a los comediantes franceses y arrojarles flores.

La clientela del teatro ha cambiado completamente. Aquí y allí hay todavía algunos franceses a quienes reconocemos, pero éstos se hallan tan preocupados... El elemento *burgués* cada vez es más raro, por lo menos el *antiguo burgués*.

La mayoría de este público está formada por tenderos que la revolución no empobreció—al contrario— y que conocen bien el francés.

También se encuentran en medio de la concurrencia varios bolcheviques que han vivido en

Francia y que sienten cierto placer en presenciar un espectáculo evocador tal vez de antiguas fiestas pasadas en París.

En otro tiempo habíamos encontrado ya esas fisonomías por el bulevar de Montparnasse y por el de Port-Royal; pero aquellas figuras eran de rostros delgados, con cabellos largos, e iban envueltas en capas sombrías; se acompañaban por algunas extrañas siluetas de estudiantes.

Hoy, los mismos hombres que han vuelto a su casa y que son los amos del momento, están bien peinados, lucen puños nitidos en sus camisas y perillas cortadas con esmero. El oficio de bolchevique no carece de ventajas, y todos aquellos que se acercan a las grandes autoridades del partido adoptan actitudes graves, casi solemnes.

En el teatro, donde entran por su voluntad, evitan aplaudir, como si no quisieran recordarnos—y al mismo tiempo que a nosotros, a Francia—una concesión que no desean otorgar.

Pero hay algo peor.

Hemos visto muy bien en los balcones y en otros muchos lugares confortables a individuos enteramente desconocidos para nosotros; rostros muy característicos de una nacionalidad que no estaba admitida aquí.

No queremos pretender que aquellas personas llevaran uniforme bajo sus gabanes. No es probable que los oficiales se hayan atrevido a aven-

turarse así en un teatro francés; pero al lado de oficiales que vacilan en venir a Petrogrado, hay una nube de comerciantes y de industriales muy listos, que llegan a toda prisa en los primeros convoyes para reanudar relaciones.

E instintivamente los boches encontraron muy *chic* asistir a una representación francesa.

Por otra parte, no nos han escatimado sus aprobaciones.

A 1.º de Marzo.

La situación de los franceses se hace cada vez más angustiosa. Se espera a los alemanes de un día a otro; pero ya no a los oficiales aislados que disimulan su uniforme, ni a los agentes viajeros que venden al menudeo, sino quizás a las tropas alemanas.

Fuí a la Embajada para ver si adquiriría algunas noticias.

Los despachos del frente francés no son buenos. El horizonte se presenta completamente sombrío.

Por lo que a nosotros concierne, no hay sino ignorancia. Una efervescencia indescriptible reina en esta casa que llenan y asedian numerosos franceses deseosos de repatriarse.

Repatriarse... ¿Pero cómo? ¡Dios mío!

Secretarios de alguna importancia se presentan en traje de viaje. Presumo que sus maletas

están listas. Interrogo ansiosamente al Sr. De Robien, que siempre ha sido tan benévolo y tan servicial para todos nosotros; pero hoy permanece impenetrable; nada puede responder con precisión.

El embajador, Sr. De Noulens, pasa de prisa, visiblemente preocupado y rodeado de una multitud de personas que desean tomar datos.

Casi no conozco al embajador, y esto mismo acontece a la mayor parte de mis compatriotas.

Parece que los bolcheviques niegan el pasaporte a los franceses, quienesquiera que sean, y especialmente al personal de la Embajada.

Y, sin embargo, en los pasillos se acumulan maletas en mayor número cada minuto.

Todos me aconsejan que parta. No por Siberia, sino por Finlandia, cuya travesía no es larga. Quizás los acontecimientos se calmen. Pero antes es preciso obtener la pequeña tarjeta verde que justifica el derecho de salida.

Al dejar la Embajada, encuentro algunos compañeros y, juntos, nos dirigimos hacia la plaza del Palacio. En la calle se pregonan periódicos alemanes cuyos encabezamientos anuncian grandes victorias.

La Embajada de Inglaterra se halla en mi camino. Entro a ella a fin de tomar algún dato.

Allí no encuentro a nadie; parece que está deshabitada. ¿Habrán partido los ingleses?

Al salir del palacio de la Embajada, nos cruzamos con el ex gran duque Constantino Constantinovitch.

Va vestido como un hombre de última clase, y parece haber bebido copiosamente; habla con dificultad y lleva el rostro encendido. Explica a los transeuntes, en voz muy alta, que los acontecimientos son satisfactorios y que los alemanes van a restaurar el Imperio.

¡Cuando pienso que ayer todavía lei un número de la revista *Je sais tout*, que consagra un artículo al gran duque Constantino, en el cual se le exhibe como gran amigo de Francia, ocupando la cumbre de la jerarquía de todas las Rusias! ¡Cuando recuerdo las fotografías que de él vienen, allí acompañadas de nuestros grandes personajes de la política y del ejército!...

¡Qué contrastel... He ahí al hijo caído, ebrio y maldiciendo a Francia.

Seguimos nuestro camino. Hermosos hidroplanos evolucionan sobre nuestras cabezas y bajan a posarse graciosamente sobre el Neva helado.

Me causaría gran confusión el verme obligada a decir exactamente quiénes van en esos aparatos, si son bolcheviques o militares, si son aficionados o simplemente rusos.

¿No será más bien de temer que sean aviones alemanes?

Pienso que con una poca de audacia y un es-
peso abrigo, el aeroplano sería el único me-
dio de salir de este país, maldecido por todos en
el presente y de huir en un solo vuelo hasta
Suecia.

Pero me aguardan las más prosaicas realida-
des. Mi objeto es obtener, valiéndome de prodi-
gios diplomáticos, un pasaporte, cuando menos
para Finlandia.

¡Que después suceda lo que Dios quiera! Tan-
to peor, si caigo en medio de otros motines y
del avance alemán. Intentaré todavía un golpe de
audacia, tal vez tendré buena suerte.

Con gran trabajo llego hasta la oficina de pa-
saportes, donde hay una multitud que espera
nerviosamente.

Un soldado nos dibuja una cruz sobre la mesa,
y sonríe con su boca desdentada. Con ese signo
cabalístico quiere indicarnos que ya no se dan
pases para Finlandia.

No quiero desalentarme. Seguramente seré
mejor recibida en la Misión francesa, donde no
encontraré el desorden que reina en la Embajada.

Estas idas y venidas, a pie, son muy fatigosas;
pero llegaré hasta el fin de mis gestiones.

En la Italianskaïa, donde no se halla la Misión,
hay también mucho movimiento, pero más or-
denado.

Hemos podido reunirnos con el general Nies-

sel, que nos disuade para que no pidamos tarjetas de salida.

—Además—añade—, ya no se puede salir de Petrogrado. Acaban de avisarnos por teléfono que el tren que debía partir ahora fué detenido por orden de los bolcheviques.

Lo mejor es poner a *mal tiempo buena cara*, y esperar los acontecimientos.

Para ayudarnos, el general nos pone en relación con el capitán Lelasseux, muy amable, y que está al frente de una cooperativa francesa, excelentemente organizada, si se tiene en cuenta las complicaciones de la vida y la carestía de todo.

El capitán pone a mi disposición provisiones de galletas y latas de *mono* para un mes.

Esto me asegurará la vida, una vida bien diferente de la que he llevado. Creo que la hora de la resignación ha venido.

A 1.º de Marzo.

Las Embajadas salieron ayer de Petrogrado.

Creo que lo único francés que aquí queda con carácter oficial es la Misión militar y los comediantes del Teatro Miguel.

Mis compañeros me encargaron la comisión de obtener de Lunacharsky una autorización por escrito con el objeto de recibir inmediatamente el visto bueno de nuestros pasaportes, lo cual

nos permitiría salir de Rusia. Después cada uno se las arreglaría como pudiera.

Me dirigí al Palacio de Invierno, y vi que, de una manera más llamativa que antes, todos los bolcheviques ostentan una calavera — como si obedecieran a una consigna —, ya bajo la forma de un anillo, de un alfiler para corbata o de cualquier otro dije.

Lunacharsky estaba ausente, pero tuve la fortuna de volver a encontrar a la Sra. Kamenieva, secretaria suya, que tiene amplios poderes.

Accede a mi petición con mucha amabilidad, y hasta me ofrece llevarme al despacho de los teatros, donde me será entregado el permiso.

Subimos a un trineo que parece antediluviano, y conversamos.

La Sra. Kamenieva es el verdadero tipo de la nihilista rusa tal como aparece en las *Aves Viajeras*.

Es excesivamente morena, y tiene los ojos muy grandes, los cabellos trenzados encima de las orejas, y el aspecto enérgico.

Esta no es una mujer, sino una *idea*. Viste un traje negro, y un gran broche de plata, con la calavera simbólica, cierra su corpiño.

Habla bien el francés. Además, ha vivido en París varios años.

Su voz revela energía y es de timbre agradable.

Como le hago notar que antes de la época de los bolcheviques, Petrogrado era una ciudad segura donde no había temor de ser desvalijado si se salía de noche—lo cual es muy frecuente en este momento—, me responde con una voz muy tranquila:

—Antes, os dejabais desvalijar con menos brusquedad, pero de una manera más completa, y esto en un hermoso establecimiento que se llama Banco, donde tomaban todo vuestro dinero. Ahora se os desvalija individualmente y con más brutalidad. Esa es la única diferencia. El resultado es el mismo.

Me fijo en ella mientras habla. Encuentro que no sonrío, y que no es acre. Su voz tiene una tranquilidad que impresiona.

Después de un corto silencio, añade:

—Haremos cosas espantosas... ¡Ya verá usted!

En seguida, con brusquedad, me dice, como si deseara hacerme conocer bien su opinión sobre este particular:

—Los ingleses fueron los que desencadenaron la guerra y son los únicos responsables de ella.

Al oír esto, aventuré la pregunta siguiente:

—¿Qué piensa usted de los franceses?

La Sra. Kamenieva me ve con una tranquilidad en la que no se manifiesta ninguna impresión.

—Vosotros sois—me responde—un pueblo de

conserjes. Inteligentes, sí... demasiado. Pero no tenéis, en verdad, grandes cerebros que sean capaces de sueños y realizaciones formidables... También sois un pueblo de *conservatorios*, sí, de casas donde mediante la paga se aprende el arte o el genio. Los conservatorios son inútiles. Se nace artista... Se nace con genio.

Y para concluir, esta bolchevique ardiente, pero, sin duda, inteligente y simpática, declara, dejándome sorprendida:

—Si fracasamos aquí, intentaremos ir a Francia.

Quiero desembrollar el sentido que pueden envolver esas últimas palabras. Tal vez hay en ellas algo de melancolía, porque la Sra. Kamenieva agrega:

—Si regresa usted a su país, proclame en alta voz que no hemos tratado mal a los artistas franceses, a fin de que en Francia no se trate mal a los artistas rusos.

A 3 de Marzo

Se ha firmado la paz entre Alemania y Rusia. Acabo de saberlo en la casa de Contant, donde todavía se almuerza. Pero ¡qué exceso! Lo que valía dos rublos hoy cuesta veinticinco.

Ludovico Naudeau, que llega de Smolny, trae la noticia.

El desdichado mozo rabia de sentirse aquí como enclaustrado, y de verse imposibilitado

para enviar despachos a Francia, en estos momentos que él tiene tantas cosas que comunicar. Intenta encontrar medios ingeniosos para remitir sus artículos con personas de buena voluntad, que esperan partir.

Esta paz es un desastre para Rusia. Es preciso hasta doblegarse ante los turcos y devolverles Batum, Kardakghan y Kars, los distritos conquistados en la última guerra. Sé que la paz de Brest fué firmada por Sokolnikoff, el mismo que me preguntó en cierta ocasión: *¿Habla usted alemán?*

A 6 de Marzo.

Nos parece que la temporada del Teatro Miguel ya no durará mucho tiempo. Hay demasiado *bochismo* en Petrogrado para que una compañía francesa sea tolerada por más tiempo.

Sin embargo, nos sostendremos hasta el fin.

Ayer tuvimos la audacia — me parece muy fuerte la palabra — de representar en pleno régimen bolcheviquista, y en medio de la invasión alemana, *La elevación*, de Enrique Bernstein.

Hermosa representación desde el punto de vista artístico, y en la que todos, puedo decirlo, trabajamos con el alma.

Pero el público no ha respondido.

No por hostilidad, ciertamente.

Había tedio y mucha indiferencia. Era, una vez más, la apatía eslava.

Ahora hay entre la concurrencia demasiados rusos y muy pocos franceses.

Me llega esta opinión de un espectador:

—Es curioso. Parece que en París todos se emocionan al asistir a la representación de esta obra. Pero en los actuales momentos no puede emocionarnos, ni aun interesarnos.

¡En los actuales momentos! Estas cuatro palabras son un símbolo.

A 10 de Marzo.

El Teatro Miguel ha cerrado ayer sus puertas de un modo definitivo.

¿Cuándo volverá a abrirlas? ¿Será para recibir alguna vez una compañía francesa?

En lo sucesivo sólo se representarán las obras rusas en el teatro de la República de los Soviets de Rusia.

Los bolcheviques nos borraron de una pluma, declarando que el estudio de la lengua francesa es un *lujo burgués*.

Esto se nos previno a última hora, dejándonos apenas el tiempo necesario para dar una última representación.

Por eso tenemos que celebrar, cueste lo que cueste, una representación solemne.

Va a cumplirse el XCIX aniversario de esta institución, que data de tiempos lejanos.

Me parece oír a Teha-Kovsky, director de los teatros imperiales, diciéndome antes de estos acontecimientos:

—El gran Guitry comenzó su carrera en nuestra casa. ¡De lo cual nos envanecemos!

Nos resignamos con el corazón oprimido.

Puesto que el Teatro Miguel debe morir, queremos que muera rodeado de hermosura, como el sol en el ocaso, y hemos elegido la *Arlesiana*.

Habíamos obtenido que la orquesta y los coros del Teatro María dieran realce a nuestra función.

Se levantó el telón ante una sala que vibraba emocionada, pues nuestra despedida enternecía a muchas personas.

La representación se dió a las once de la mañana, porque nuestros camaradas rusos han hecho cuanto es preciso para que no se realice este acto. No obstante la hora matinal del espectáculo, la sala está llena.

Muchas personas, que ya no venían, que ya no se atrevían a asistir, y que ni aun a mostrarse en la calle se aventuraban, están presentes... Detrás del telón los contemplamos muy emocionados... Trabajo nos cuesta reconocerles bajo sus trajes deslucidos y con sus nuevas barbas. Se nota perfectamente que se han disfrazado.

La obra que aprendimos y ensayamos en seis días, ha salido admirablemente bien. Yo desempeñaba el papel de *Inocente*.

Se nos llamó trece veces al palco escénico y tuvimos flores, sí, flores raras, cogidas en fuente-cillas misteriosas, y que manos anónimas y llenas de piedad han encontrado para arrojar al escenario...

Al fin del último acto, cuando Federico lanza su exclamación desgarradora: «*Asómate a esta ventana y mira si no se muere por amor*», en medio de *bravos* atronadores, subió este grito formidable:

— *¡Viva Francia!*

.

De este modo se despidió la postrera manifestación de propaganda francesa.

A 15 de Marzo.

Los periódicos—solamente los parciales del bolcheviquismo—relatan que se acaba de enviar a Perm, Siberia, al gran duque Miguel, hermano del zar, aquel a quien Nicolás II había designado para sucederle en el trono.

Miguel se había retirado a Gatchina, cerca de Petrogrado, donde vivía tranquilamente.

Por orden de Smolny, la Guardia roja fué a buscarle, y tuvo que partir sin que se le diera

tiempo de cubrirse con un gabán. Es una crueldad completamente inútil. Sólo se ha tolerado que lleve consigo a su secretario, un inglés abnegado que nunca le abandona.

El hermano del zar viaja en un carro del servicio de ganaderos.

A 20 de Marzo.

El señor Lelianof, el gran peletero de Petrogrado, acaba de relatarme el hecho siguiente, que es muy significativo.

Un artillero, a quien Lelianof tiene empleado en su casa de comercio, o mejor dicho, recogido caritativamente, porque se halló sin recursos a su vuelta del frente, ha recibido, en estos días, una carta en la que se le invita para ir a recibir 1.800 rublos.

Se queda admirado, porque no tiene ninguna herencia en perspectiva, ni sabe que exista protector alguno suyo.

Encantado por esa dádiva inesperada, parte para recibir el dinero.

La convocatoria emanaba del Comité de su regimiento, que estaba distribuyendo entre todos los antiguos una hermosa suma que provenía de la venta a los alemanes de cañones, municiones y algunos efectos de dicho regimiento.

A 21 de Marzo.

Siempre tropezamos en todas partes con lo mismo: la incoherencia.

Ayer, en la Sadowaïa, fué asesinado delante de mí un pobre anciano que sólo tuvo el delito de atravesar la calle en el momento en que pasaba un automóvil lleno de marineros.

Uno de éstos, probablemente para afirmar su pulso, disparó sobre él.

Hoy, como a las seis, al dirigirme hacia la Misión francesa, he visto pasar tres carros cargados con cajas que parecían muy pesadas.

Una de ellas cayó, y, al romperse, varios fusiles resbalaron de ella.

Rápidamente, un soldado en uniforme ruso, que iba detrás, en un trineo, descendió e insultó brutalmente al conductor.

Pero este soldado insultó... *en alemán.*

Y en alemán respondió también el conductor.

Son, pues, los alemanes quienes, al caer la noche, organizan, clandestinamente, la resistencia de la ciudad.

A 9 de Abril.

Qué angustia oprime a los franceses al saber el bombardeo de París por los nuevos cañones de 240 que alcanzan a 120 kilómetros y cuyas granadas han caído en el corazón de la Ciudad Luz.

Esta noticia asombrosa nos llegó ahora en la mañana.

Pero este acontecimiento no afectará los latidos de aquel sublime corazón.

¡Oh, París mío! ¡Cuando pienso que vivo entre tus asesinos!... entre este pueblo que no cesa de repetir:

—*¡Tenemos vergüenza de ser rusos!...*

¡Pues bien! ¡Qué diablo! ¡Haced algo!

Si todos los que piensan así, obrasen, darían, por lo menos, una prueba de su sinceridad.

¡Vamos, amigos míos, bebamos un vaso más de *cognac*, y que viva Francia!

Qué desgracia para mí no poder yo ir a París. ¿Habrà buen paso allá? No. Eso es muy triste, y no obstante se me asegura que allá se toman pasteles y bizcochos. Y he ahí al mismo que tenía vergüenza de su nacionalidad, pero que olvidará sus escrúpulos cuando se trate de ir a divertirse y a darse buena vida en París, no obstante que los alemanes se hallan a catorce kilómetros de Amiens, y que la capital del mundo se halla amenazada. Nítchevo. ¿Adónde podremos terminar la noche? La única dificultad es la elección. Todo esto se ha llenado de mascaradas, tabernas y teatros. ¡Vamos a *Bi-Ba-Bo!* El mayordomo me conoce; tal vez nos dé algo para beber. *¡Poidium!* Vamos allá.

¿Será esto una simple coincidencia? ¿Será, al

contrario, fraguado de propósito? Petrogrado se halla tranquilo esta noche, sin tiros, sin tumultos y sin saqueos. Se creería que la vida va a comenzar de nuevo. Las fondas han hecho un supremo esfuerzo para abrir otra vez. Se paga, sin embargo, bastante caro en casa de Contant, donde la botella de vino, que valía tres rublos primero y que luego subió a 75, cuesta actualmente 225 rublos. Una propina del 15 por 100 es obligatoria sobre todos los gastos.

Sólo hay las fondas y los teatros. Los sitios de placer no se han clausurado; hay por todas partes tabernas y salones de baile, sí, de *baile*. Hay personas que bailan en estos tiempos.

En *Bi-Ba-Bo* hay mucha gente que se divierte... Esta es una taberna clandestina, establecida en un sótano, decorada de una manera muy divertida, y a la que se llega por una calleja a la napolitana, iluminada con faroles venecianos.

El derecho de entrada cuesta 20 rublos, y es preciso ir recomendado por alguno de los clientes. El patrono, por 300 rublos, se digna servir una botella del peor vino de Crimea, en una tetera, que lleva tazas para servir de copas.

Si llegan los guardias rojos, se apresura la parroquia a beberse el vino, porque la venta de este líquido se halla prohibida, bajo pena de prisión.

Durante este tiempo los comisarios bolchevi-

ques se embriagan legalmente en gabinetes particulares, y a veces el patrono nos dice flemáticamente al oído:

—Esta noche no hay peligro; serviremos a ustedes lo que gusten... El comisario X... se halla aquí.

Los rostros se iluminan ante semejante declaración. Debo convenir, además, en que un ruso ebrio se vuelve instantáneamente patriota.

No he olvidado cierta noche en que estando en *Bi-Ba-Bo*, acompañada por un francés, alguno de los concurrentes me reconoció. Inmediatamente que los presentes me identificaron, un soldado saltó a una mesa, y con la voz ya pastosa, quiso obligar a la concurrencia a que brindase en honor de Francia, lo que todos hicieron con la mayor amabilidad, pero de manera tan ruidosa, que mi acompañante y yo hubiéramos querido desaparecer por un agujero.

Hoy *Bi-Ba-Bo* ya no tiene esa alegría turbulenta, y sigue siendo clandestina; pero todavía existe, y hay personas que asisten allí por la noche, como otras muchas acuden también a los garitos.

Estos ofrecen otra distracción muy penosa. Algunos a quienes queda todavía un resto de dinero, y que tienen frenesí por el juego, buscan allí ese divertimento, en medio de la horrible existencia que todos llevamos.

Sé que hay, aun en estos momentos, garitos donde se juega casi toda la noche. De vez en cuando los guardias rojos hacen una irrupción allí; recogen cuanto se halla sobre las mesas y registran a los jugadores, apoderándose de sus joyas y de sus abrigos de pieles.

El establecimiento queda cerrado por algunos días.

Sus parroquianos conferencian entre sí, y van a reunirse a otra parte.

A 1.º de Mayo.

Hoy es la fecha de la gran fiesta de los obreros.

Para dicha fiesta, el Palacio de Invierno ha sido cubierto de innobles pinturas futuristas. El Palacio parece un campo de feria.

La influencia del bolcheviquismo nos ha proporcionado esa invasión de pinturas lamentables, ejecutadas por ineptos, en los tonos más inverosímiles.

No sólo se prodigan en decorados murales, en anuncios y dibujos que llenan los periódicos, sino que por todas partes se organizan Exposiciones de esas paparruchas, y las personas que están casi totalmente desprovistas de distracciones concurren a esos lugares por ociosidad.

No dejo de comprender que estas Exposiciones son un medio para coleccionar dinero que va a

confortar muchas miserias. ¡Y hay tantas, Dios mio!...

¡Pero es espantoso lo que se sufre!

No sólo porque la pintura es execrable, sino porque los asuntos son penosos para nosotros los franceses. Continuamente los alemanes están representados allí fraternizando con los rusos y cambiando con ellos los fusiles por botellas de *woaka*.

El Gobierno aprueba y apoya estas Exposiciones, que tienen para los artistas, además de la aprobación oficial, la ventaja de ser productivas. Porque, parece increíble, estos horrores de tonos estrámbóticos, encuentran compradores.

Hay muchos mercaderes a quienes el bolcheviquismo ha enriquecido y que creen indispensable cubrir sus muros con esas obras maestras.

Hoy, 1.º de Mayo, la pintura futurista tiene sus mejores éxitos democráticos. No hay sino grandes carteles y enormes rótulos hechos para ser paseados en la ciudad y contemplados por los bobalicones.

Desde hace quince días se aguarda con impaciencia febril la jornada del 1.º de Mayo, que, según algunos, será memorable.

Se cree, en efecto, que el partido obrero va a marchar contra los bolcheviques, a quienes muchas personas, aun pertenecientes al pueblo, comienzan a detestar cordialmente y cuyo papel

nefasto se hace cada vez más intranquilizador.

Hay un gran número de judíos entre los bolcheviques.

En días pasados, el patriarca declaró esto en Moscú:

—Me bastaría decir una palabra para que los judíos fuesen asesinados en masa. Pero no hablaré, porque ante todo soy cristiano.

Con motivo de esto, las tiendas y las fondas están cerradas.

A las doce han venido a buscarme en una lancha automóvil para llevarme a casa de ciertos amigos míos que tienen fuera de la ciudad una gran fábrica de paño. Allá, por lo menos, estaré segura. Los obreros que trabajan la lana tienen fama de ser mucho menos violentos que los demás. De todas maneras, estaré mejor en aquel medio que en mi habitación del piso bajo.

A 2 de Mayo.

No hubo por fin nada digno de mención.

Entre el asombro general, el día transcurrió completamente tranquilo. Procesiones pacifistas han recorrido las avenidas.

Y no es trivial el hecho de que yo me haya mezclado en estas manifestaciones revolucionarias, aunque no haya sido sino de una manera que parece no tener importancia.

Desde hace algún tiempo, estoy, en efecto, en relaciones frecuentes con cierto número de personas que influyen en el bolcheviquismo.

Esto ha sido necesario, porque deseo salir de Petrogrado llevando conmigo los rublos que el Banco del Estado me retiene aún. Lo mejor, pues, ha sido emplear una amable diplomacia.

Fuí una vez más al Palacio de Invierno, donde recibe Lunacharsky, nuestro comisario de Bellas Artes, que es verdaderamente encantador para todos los artistas franceses, y que no parece pertenecer a los bolcheviques; porque carece de la expresión desdeñosa de aquéllos y no ostenta el fetiche de la calavera. Es un hombre muy bien educado, y de una gran erudición.

Aquel día, Lunacharsky, que se encontraba enfermo, anunció que no volvería sino hasta el 2 de Mayo por la mañana.

Su secretario, Steneberg, que es pintor y que ha expuesto algunos de sus trabajos en el Salón de los Independientes, en París, estaba muy perplejo ante los numerosos dibujos en colores destinados a la exhibición en las calles, y que debían representar el bolcheviquismo.

Era preciso escoger uno que sobre todo reuniera las condiciones de ser más visible, más importante y mejor logrado que los demás, para que sirviera de emblema oficial, y que sería paseado solemnemente.

Como yo me encontraba allí, Steneberg me preguntó:

—¿Qué le parece a usted éste?—y me mostraba un gigantesco marinero, cuyos pies, como los del coloso de Rodas, parecían, más que proteger, aplastar a Rusia.

Le hice notar que los marinos no eran lo mejor que tenía Rusia, puesto que habían cometido todas las atrocidades posibles.

Y fijé mi elección en un dibujo extraño que representaba tres colosos: el soldado, el obrero y el campesino sosteniéndose por los hombros.

Mi elección fué ratificada por Steneberg y por las otras personas que se hallaban presentes.

El dibujo fué fijado inmediatamente sobre un inmenso cartel y todo el día fué aclamado por la muchedumbre, como la encarnación de las ideas que le son más queridas.

De ese modo se entra en la Historia.

Vi pasar algunas de esas procesiones. Varios de los carteles que llevaban con solemnidad, representaban—por supuesto, en el simbolismo futurista—a Nicolás II, con los atributos de corte, y rodeado por sus ministros y por otros personajes que simbolizaban la burguesía. Estos cuadros estaban destinados al fuego.

También he visto con gran sorpresa, muchas caricaturas lamentables contra el clero, hecho

que me desorienta, porque la religión ocupó en este país un lugar muy importante.

Evidentemente, hay a este respecto cambios profundos. El culto ha sido aligerado de todo lo que podía recordar la autoridad religiosa del emperador. Los popes fueron los primeros en suprimir esas ceremonias.

Pero sería un error creer que las iglesias están vacías. Ciertamente que los hombres casi no acuden a ellas, por lo menos los que se hallan en la plenitud de la edad.

En cambio, creo que las mujeres, las ancianas y los niños van allí más que antes, porque en ese recinto encuentran un refugio a su miseria.

En resumen, no ha habido ninguna manifestación violenta. Sólo hay curiosidad.

La muchedumbre se ha concentrado principalmente en Fourchtatskaïa, delante del número 38, donde se hallan colgados, en un balcón del tercer piso, enormes retratos de Karl Marx, de Lenin y de Trotsky, sobre un fondo de tapicerías rojas.

No se hacía más en otra época por la familia imperial.

A 9 de Mayo.

Acabo de tener una opresión de corazón sumamente dolorosa, la más dolorosa de cuantas he sentido en estos días tan lúgubres.

En el palacio de Yusupof ondea el pabellón alemán. Y esto constituye un espectáculo atroz.

Los alemanes están allí... ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuántos son? Nadie lo sabe; pero es inconcuso que están allí.

Hasta ahora no había yo encontrado en las calles los uniformes enemigos, que sólo llevaban los prisioneros austriacos, y con la circunstancia de que ya eran harapos lamentables muy conocidos de tiempo atrás en Rusia.

Esta mañana vi en las calles soldados alemanes con uniforme de campaña, sin armas, pero que se paseaban tranquilamente.

Y, como por arte de encantamiento, desaparecieron de la ciudad los uniformes aliados, tan diversos y tan pintorescos, que estábamos acostumbrados a ver desde el principio de la guerra.

Esto también es una tristeza quizás más honda que la primera.

¿Dónde estamos pues? ¿Qué pasa con Rusia, que los alemanes pueden entrar en ella tranquilamente y por ferrocarril? Parece en efecto que todos ellos han llegado por esa vía y no ciertamente en los carros destinados al ganado.

Es indudable que con la irrupción de estos alemanes, Petrogrado pasa por un cambio. Ya no se habla de motines, ni de saqueos. Los tenderos a quienes se interroga, se muestran satisfechos. Esperan hacer buenos negocios.

Un poco más, y estas gentes se encantarán con la llegada de los boches.

El ruso, con su apatía y con su gran angustia material, ya no siente el patriotismo. Olvida que los alemanes han sido los terribles adversarios que han matado a tantos de sus compatriotas y que han hecho sufrir a sus prisioneros.

Olvida todo porque carece de alimentos, y la presencia en Petrogrado de algo *feld-grau* (1), le da la esperanza, tal vez ilusoria, de nuevos aprovisionamientos.

Como el ruso no tiene bastante energía para sacudirse el régimen bolcheviquista, del que abomina, necesite una ayuda. Y la pide a Alemania, o al menos acepta la que esa nación le presta.

Esto es lo que en todo caso dicen los periódicos, que son germanófilos naturalmente, y lo que repiten en cada página, añadiendo en grandes letras, los comunicados oficiales alemanes que demuestran optimismo.

¿Qué es lo que pasa con certeza en el frente de Francia? Ya no se sabe. Aquí no es posible saberlo. Pero los comunicados franceses que los diarios también publican, afirmando que son verídicos y que no los modifican, causan dolor.

En nuestra pequeña familia de franceses y de

(1) Gris verdoso. (N. del T.)

amigos de Francia, queremos creer, sin embargo, creer siquiera, que no es la última hora, que van a entrar en línea nuestras fuerzas; que los Estados Unidos llenarán su medida, que el Japón...

¡Ah, el Japón! Es el único país extranjero de que se habla aquí con frecuencia, para dar, por otra parte, las noticias más contradictorias.

Ayer, no obstante la tristeza del momento, alguien que estaba bien informado nos decía que los japoneses van a salvar todo, que ya tienen ocho divisiones frente al lago Baikal.

Pero, entretanto, ya tenemos aquí a los alemanes.

Debemos esperar que les encontraremos en todas partes, de gran uniforme, imperiosos y altaneros.

El Gobierno bolcheviquista—ahora se comprende bien—nunca ha cesado de sostenerles.

Si hay, entre los hombres que en este momento parecen los amos de Rusia, algunos sinceros, algunos creyentes y algunos apóstoles, hay sobre todo y en grandísimo número agentes de Alemania, rusos verdaderos o falsos, que nunca han hecho, en realidad, sino ayudar a los teutones.

A 10 de Mayo.

Quedarme aquí, siendo francesa, sería una locura. Pero para partir se necesita dinero y mis fondos continúan en el Banco. El Gobierno de Trotsky sigue sosteniendo el embargo de todos los depósitos, cuya devolución no autoriza sino cuando le place.

Y esto no acontece muy a menudo.

Sin embargo, yo tenía un documento firmado por Lunacharsky, un documento en toda forma y con numerosos sellos rojos. Este hombre, tan amable, no se había hecho rogar y, llena de regocijo, me presenté en el Banco para recibir el dinero.

Pero allí, un secretario me indicó rudamente que no bastaban las firmas de mi autorización.

¡Qué fracaso tan horrible!

Llorosa y desesperada, fuí a pedir consejo a Steneberg, el pintor, que siempre ha sido muy amable conmigo. Le encontré sombrío y nervioso. Todas las puertas del Palacio de Invierno estaban abiertas. Podía entrar quien quisiera y como lo quisiera.

—Si— me dijo Steneberg—, la hora es triste... ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué va a ser del hermoso sueño que había fabricado nuestra mente? Cierto que hay entre nosotros algunos creyentes, como Lunacharsky y varios de sus amigos. Pero,

¡cuántas ovejas descarriadas! ¡Cuántos traficantes y cuántos insensatos han dañado nuestra hermosa idea!... Somos, como lo dijo Lunacharsky, un animal monstruoso, que tiene una cabeza pequeña y que arrastra una enorme cola criminal. Esa cola, será muy pronto la que lleve todo el movimiento y entonces ya no habrá dirección. Es triste, porque ¿adónde nos llevan? ¿Qué haremos?... Nadie de nosotros quiere a Trotsky. Se le soporta; quizá se le teme. Pero hay muchos que le desprecian. A Lenin también se le teme, aun cuando no tenga la misma fórmula... Quizás él haya sido sincero. Pero entrambos tienen una fuerza espantosa, y Alemania se ha adueñado de estas fuerzas.

Tras un breve silencio, exclamó:

—¡Qué desgracia!

En seguida agregó, con los ojos iluminados:

—Comenzaremos de nuevo más tarde. Por lo pronto es partida perdida. ¿Qué vamos a hacer? Y ¿por qué se ha de hacer feliz contra su voluntad a un pueblo que desea ser golpeado? Tal vez dentro de algunos años comprenderá que deseábamos hacerlo feliz, y entonces emprenderemos de nuevo nuestra tarea. Actualmente es preciso que pasemos a la obscuridad.

Así habló este hombre que es un creyente y un sincero.

A 11 de Mayo.

Los que están en el poder ofrecen el espectáculo más consternador de incompetencia. Fueron electos como capaces. Pero algunas de estas situaciones dan lugar a escenas que serían irresistiblemente cómicas si no fueran lamentables.

El simple marinero que por la gracia de Lenin obtuvo el cargo de ministro de Marina, acaba de ser aprehendido por derroche y desfalco de fondos públicos... ¡Qué sé yo!

Parece que en el ministerio se habían acostumbrado a él. Además, era un hombre terrible que con frecuencia había tomado la palabra en las reuniones populares. En el ministerio daba sus órdenes sin rudeza a los almirantes que le estaban subordinados. Tenía el buen sentido de no ocuparse para nada en la parte técnica. Se contentaba con firmar y simbolizar, en su grado de simple marinero, la más asombrosa paradoja que jamás se ha visto en materia de gobierno.

Naufraga en el ridículo.

Y no será el único.

Kolontai, la mujer que fué nombrada ministra de Cultos, toma determinaciones absurdas y sólo comete desaciertos.

En la escala de la jerarquía, parece que hoy la consigna es rebajar al que se ha elevado, y de hacer subir a los humildes y a los ignorantes,

para lo cual se les conceden puestos superiores a sus facultades.

Así fué como, en este barrio, una cocinera fué nombrada directora de una escuela, y esta escuela, que funcionaba no obstante la Revolución, va a ser clausurada porque los padres ya no quieren enviar allí a sus hijos.

A 12 de Mayo.

Todas las locuras bolcheviquistas, todo este descorazonamiento que se apodera de tantas personas, llegará quizás a modificar los acontecimientos.

No cabe duda. Ya una parte del pueblo pide al zar de nuevo.

¡El zar! ¿Dónde se encuentra exactamente?

Circulan a propósito de él numerosos rumores, todos inverosímiles.

Se asegura que el clero prepara algunas manifestaciones.

Que Finlandia es teatro de combates sangrientos.

Que la Guardia roja y la Guardia blanca combaten entre sí.

También dicen que Viborg fué destruído completamente, y que los blancos fusilaron a todos los rusos que hicieron prisioneros.

Porque la gran patria rusa se desgarrará.

No sólo hay división entre los partidos políti-

cos, sino entre razas que resucitan y que desean volver a tener su autonomía. Finlandia nunca ha manifestado sentimientos cordiales hacia Rusia, que la conquistó y la oprimió.

A 14 de Mayo.

Y mis gestiones continúan... Se me hace ir de oficina en oficina, de firma en firma, de interrogatorio en interrogatorio.

—¿Cuántos criados tiene usted? ¿Cómo está organizada su vida privada?

Estas inquisiciones son ya odiosas.

¡Si a pesar de todo llegara a recibir mi dinero!

Pero ahora está más que nunca bajo la autoridad bolcheviquista.

¿Hasta cuándo?

Volví a la residencia del Banco Central y pasé las de Caín para que me recibiera el comisario Tumanoff, de quien depende mi suerte.

Pero creo que él procura evitar la entrevista. Tal vez tema dejarse conmovir. No puedo conseguir hablar con él. Acaba de venir un secretario a decirme de su parte que todavía necesito el visto bueno del Soviet del Municipio de Petrogrado, que se halla en Smolny.

En el fondo, no me desagrade ir a conocer la casa de los bolcheviques, tan célebre hoy. Allí es donde se han tramado los decretos más terribles.

Este no es sino un antiguo instituto de seño-

ritas, muy vasto, y situado a la orilla del Neva.

Hay centinelas en todos los rincones y en todas las puertas. ¿Tendrán miedo estos hombres?

Al llegar, un soldado me detiene y me manda a la oficina número 21, del piso bajo. Una vez allí, recibo un pequeño billete rojo para dirigirme hacia el número 36.

Los billetes son inspeccionados por una multitud de personas, sobre todo de soldados.

Por fin, se me hace subir al segundo piso. La escalera es vasta, de doble evolución, entre muros muy blancos, y tiene un barandal de hierro forjado.

Me aventuro en un interminable corredor, cuya bóveda es ojival. A derecha e izquierda se ven puertas con grandes números rojos.

En la puerta número 36 una enana me recibe; sí, una enana, y después de oír mis explicaciones, me da todavía un billete para el número 81, donde reside el comisario municipal.

En estos sitios me encuentro sucesivamente a un patizambo, a un jorobado, a un hidrocéfalo; aquello es una visión del patio de los milagros..

Y recuerdo haber oído decir que entre los bolcheviques hay numerosos seres anormales, como si los degenerados, para tomar venganza de sus miserias físicas y de la injusticia de la Naturaleza, la emprendiesen contra la Humanidad

entera y hubieran decidido trastornar todas sus leyes.

En el número 81, un soldado toma mi documento y se lo lleva consigo. Estoy febril.

Después de un largo cuarto de hora, ese documento me es devuelto — ¡qué alegría! — con una anotación escrita en tinta roja. Es la única que emplean los funcionarios bolcheviques.

La anotación dice que no hay ningún inconveniente para que retire mis fondos. Sin embargo, se me ruega que vaya a buscar todavía un visto bueno al Ministerio de Hacienda, calle Moika, número 47.

¡Qué! ¿Aún no termina esto?...

Por fortuna, Lunacharsky, a quien encuentro al bajar, me consuela diciéndome que todo irá bien...

¡Ay! No va todo bien, porque tuve la desgracia de llegar al Ministerio de Hacienda cuando el comisario había partido para Moscú.

En su ausencia, un oficinista imbécil, ha escrito sobre mi documento bienhechor que él no puede transgredir la ley. La ley sólo me permite tomar de mi dinero 750 rublos mensualmente.

Para hacer esto, se atuvo a la decisión del Soviet de Moscú.

Entonces, ¿voy a tener que ir a Moscú?

¡Ah, no! ¡Imposible!

Regreso al Palacio de Invierno para ver a Lunacharsky.

Tiene una frase admirable al leer la respuesta de aquel burócrata.

—Tome usted su nombre—dice a su secretario—. ¡Ese es un hombre honrado!...

¡Hay tan pocos entre los bolcheviques!

El buen Steneberg se encarga de llevar a Moscú mi documento. Este será tal vez el fin de mis desdichas.

A 18 de Mayo.

Este país es una singular mezcla de horror y de escarnio.

Lo burlesco acaba de producirse por la determinación que tomó el Soviet de Petrogrado de adelantar los relojes una hora y media, a partir del 16 del actual.

Sé que en Francia anualmente se toma medida análoga, durante los meses en que hay más sol, adelantando los relojes una hora.

En Rusia no se ha querido, bien se comprende, hacer exactamente lo que en Francia. Les ha parecido más razonable el adelanto de una hora y media.

Y fué una completa desorganización para la vida de la ciudad, un trastorno que nos ha hecho recordar los tiempos memorables de hace dos meses, en que el almanaque dió un salto de los

trece días que, con no sé qué pretexto gregoriano, se atrasaba a los países eslavos con relación a los demás del mundo.

Pero en esa ocasión todos fueron advertidos oficialmente y nada se cambió en los hábitos; mientras que ahora, la modificación de la hora no fué anunciada para muchas personas, y la jornada del 17 de Mayo fué un día de locos, sobre todo para los que hablaban poco y aún comprendían menos el ruso.

Llegué a casa de mi dentista a las tres (hora nueva). Como para él solamente era la una y media, estaba ausente.

Le vi llegar a poco, pero en vez de atenderme, se instaló tranquilamente para almorzar.

Quise explicar a la doncella que la hora había sido cambiada. Como la Prensa diaria nada había dicho, los que no se hallaban al tanto podían creer que estaba uno delirando.

Estos eran pormenores insignificantes ciertamente; acontecimientos de muy escasa importancia en medio de tantos otros tan graves; pero que son la significación de la incoherencia en que vivimos aquí.

Aun cuando sea bajo la tiranía bolcheviquista y bajo la influencia, por no decir inspección, de los alemanes, la vida continúa aquí en todas sus formas. Las gentes han vuelto a sus quehaceres, y los niños van a jugar a las plazas; en los

jardines públicos tocan las bandas de música, y el Neva está surcado por pequeños vapores.

Si la carestía de la vida no fuera tan terrible y los víveres tan difíciles de encontrar, se podría creer que nada ha pasado.

A 6 de Junio.

Para mí, la única preocupación es salvar mis rublos.

Solamente en Lunacharsky tengo esperanza, porque el pobre Steneberg ya regresó de Moscú donde nada pudo arreglar.

Lunacharsky me dijo visiblemente apenado:

—Nada comprendo de esto. El visto bueno no fué concedido. En el momento en que yo creía todo terminado, surgió una nueva dificultad. Moscú ha rehusado porque es usted francesa. Pero no se desaliente usted. Estoy formulando un proyecto de ley que tiene por objeto hacer que todos los funcionarios del Estado entren en posesión de sus fondos depositados en los Bancos. Usted está considerada como funcionario. Y ya sabe que aquí los proyectos de ley no tardan en realizarse tanto tiempo como en Francia.

¡Que sea verdad lo que dice!

Le di las gracias, y repuse:

—¡Qué lástima que no se parezcan a usted todos los bolcheviques! Nadie se quejaría entonces.

Lunacharsky se ruborizó, y me dijo:

—Hago todo lo que puedo por el bien general. Procuro realizar un gran sueño.

—Y los otros, ¿qué procuran?

No me respondió.

A 10 de Junio.

Todos los días se abre una nueva Casa de *Comisiones*.

Son de los nobles arruinados que venden—y de seguro a vil precio—sus objetos y los de sus amigos.

A veces se encuentran allí cosas muy delicadas.

Y con frecuencia también algunas mediocres y hasta falsas.

Ninguna pericia es posible, ninguna evaluación razonable. Todo cuadro que representa una construcción italiana cualquiera, se convierte en un Canaletto.

Si se diera crédito a todo el mundo, llueven los Rubens y los Van Dyck... Se les señala con toda clase de precauciones misteriosas, para evitar el saqueo.

En casa de la esposa de un general que fué ilustre vi una gran tela pintada—un pseudo Boucher—que representaba un hombre y una mujer vestidos con trajes de la época de Luis XIII, muy recargados de color y cuyo sólo aspecto

bastaba para desconocer esa paternidad inesperada.

Cerca de mi domicilio hay también una de estas casas. Allí se venden joyas y zapatos viejos. Estos cuestan más caros que muchas joyas. Así las botas usadas cuestan por lo regular doscientos rublos.

Ahondando, descubrí una miniatura muy bella, que me agradó mucho. La compré, y me presenté a pagar al dueño del comercio, que era un antiguo comediante ruso según me informaron.

Mucho me interesó conversar con él. Entre camaradas, la simpatía va de prisa. Tal vez haciendo amistad, podría él indicarme otras ocasiones. Noté, además, que él era demasiado familiar.

Pero he aquí que mientras discuto el precio, oigo que alguien le llama *príncipe*.

Al tomar datos, me hago cargo de que aquel cómico de la legua no es sino el príncipe Puciatin, de muy alta estirpe y emparentado con el emperador.

Y hay centenares así.

Mas resulta que todos estos anticuarios y mercaderes de cuadros venden a tontas y a locas. No me explico por qué tienen la manía de atribuir las telas más triviales a célebres artistas. Lo hacen de buena fe, y quedan aterrados cuando se les ríe uno en la cara al ver la obra maestra.

De este modo, hace un momento estuve, por curiosidad, a ver un pseudo Poussin y un pseudo Velázquez, en casa de un burgués arruinado.

Aun me parece oírle decir:

—En mil novecientos trece, en la sala de ventas, un Velázquez llegó a valer un millón. Con la carestía de la vida, es preciso que yo pida mucho más por el mío.

Su Velázquez era de un autor cualquiera, y no valía 500 rublos.

Podría creerse que estos comerciantes improvisados, estos expositores ingenuos son presa de algunos ladrones o de los especuladores.

La apatía rusa es muy grande. Impide a las gentes mal intencionadas hacerse ladrones, por lo menos de una manera aislada.

Los que lo hacen, se organizan en bandas que operan a mano armada, tomando la apariencia de amotinados y no la de bandoleros, y en ese caso se presentan como guardias rojos que regresan de un acto del servicio.

Procuran, además, llevar casi siempre consigo a algún funcionario auténtico de la Policía, a quien interesan ampliamente en los beneficios de las operaciones.

Pero, en resumen, el comercio de obras de arte va muy bien. Hay una verdadera fiebre de compras.

Muchas personas quieren transformar absolu-

tamente sus rublos en algo palpable, y esto a cualquier precio.

En fin, en medio de todos esos ignorantes, así vendedores como compradores, se deslizan verdaderos comerciantes daneses y suecos, buenos concedores que saben llevarse cuanto encuentran a precios excelentes.

Aunque, en realidad, no siempre a buen precio. Un bosquejo de Corot, auténtico, ciertamente, pero un simple bosquejo, fué vendido en 30.000 rublos.

A 7 de Julio.

He aquí un golpe teatral que puede ser de grandes consecuencias. Mirbach, el embajador de Alemania, acaba de ser asesinado en Moscú.

Los periódicos no traen explicaciones del asesinato. Unicamente se sabe que la víspera, en una reunión a que asistió, se le hizo una manifestación completamente hostil.

Desde hace algún tiempo los alemanes parece que no se encuentran muy tranquilos.

Sus periódicos han bajado el tono. Sus noticias de la guerra parece que son menos buenas; ellos, que tanto cantaron su victoria en el Somme, su derrota a los ingleses y su marcha triunfal, parece que temen el porvenir. Se creería que su asombroso avance peligra romperse como ya sucedió sobre el Marne.

¿Es acaso esto? Ya no tienen la misma arrogancia que en un principio, aunque nunca la han tenido muy grande. Se creería que temen las complicaciones.

Su autoridad altanera ya no se manifiesta verdaderamente, sino en los asuntos de dinero.

Ahora que encuentro dificultades de todo género para retirar del Banco un dinero que me pertenece, he visto a varios alemanes a mi lado, y en la misma taquilla obtener cuanto pedían.

Aparte de esto, evitan todo lo que pudiera originar un conflicto y hasta hacen un esfuerzo de cortesía, estoy obligada a reconocerlo, cuando entran, por ejemplo, a las tiendas.

También conmigo se han manifestado cortesías. Han visto claramente que soy francesa, y se retiran con discreción.

Este asesinato podría modificar muchas cosas, a menos que dé un resultado contraproducente...

Se dice que los bolcheviques, aun cuando primeramente se manifestaron muy confusos y obsequiosos ante las autoridades alemanas, comienzan a hablar en otro tono.

De todas maneras, las noticias que llegan de Moscú, donde se cometió el asesinato, son alarmantes. Hay combates en las calles, como si aquel crimen hubiera sido solamente una señal.

Y cuando estallan motines en Moscú, en Petrogrado acontece otro tanto...

.

Comí en casa de Contant... A las ocho, se oyó un rumor lejano que podía tomarse por truenos.

Eran disparos de cañón.

Cerca de nosotros, dos bolcheviques, que habían comido y bebido mucho, pidieron la cuenta precipitadamente. Estaban trémulos.

—¡Calma!— dijo el menos ebrio y de más edad—. ¡Calma, porque de lo contrario no podremos reflexionar!

Toda la gente pide informes.

Como el general bolchevique Potapoff está comiendo en un gabinete privado, se manda al administrador para que le interrogue.

Pero Potapoff ha partido ya, pues fué llamado por teléfono.

No cabe duda; comienza de nuevo el barullo. Se oye perfectamente el ruido de la fusilería y el del cañón.

Pero, ¡qué mala suerte! El barrio donde estoy es el más buscado en casos como éste.

Nos hallamos comiendo en el jardín. Una bomba puede aniquilarnos.

¡Bah! ¡No importa! Continuamos la comida; pero comemos sin apetito. La batalla está tremenda.

En realidad, ¿por qué pelean y quiénes son los

que combaten? ¿Serán quizás los alemanes que vienen a vengar a Mirbach?

Pronto nos llegan noticias precisas.

Son los bolcheviques, que quieren desalojar a los revolucionarios sociales del cuartel de los Pajes, donde se habían refugiado.

¡Absurdas luchas entre hombres de la misma patria, de la misma raza y todos socialistas que se matan entre sí de una manera estúpida, con furia, en los momentos que entre la sombra se acerca un enemigo formidable!

A las nueve cesa el fuego. Los manifestantes se habrán cansado probablemente, y van a acostarse. Regreso a mi casa con facilidad y como de costumbre, en un modesto vehículo que me lleva sin tropiezo.

Es preciso decir que este simple viaje me cuesta 70 rublos.

A 12 de Julio.

He aquí algo nuevo... de que se hablaba mucho y cuya terrible precisión se confirma.

El cólera ha llegado...

Los casos se multiplican. Como la población de los arrabales muere de hambre, porque el único alimento de que dispone consiste en algunos barriles de arenques, distribuidos de tarde en tarde y en un estado malísimo, la epidemia toma grandes proporciones.

Las calles están llenas de mujeres y de hombres con el rostro pálido, descarnado, y que tienden la mano en demanda de un socorro.

Veo que nunca se les niega.

Los caballos caen de inanición. Hoy he contado cinco tendidos en el suelo. Para suavizar su agonía, los niños les llevan un poco de paja.

Los perros muertos se ven por todas partes. Esos pobres animales ya no encuentran en la basura su pitanza de antaño. Los restos de la comida se utilizan hasta el límite extremo.

Nunca se había presentado el problema de la alimentación bajo un aspecto más trágico. La mantequilla cuesta 20 rublos; la ternera, 18 rublos, los 400 gramos; una lata de sardinas, 15 rublos, y un huevo, dos.

Uno de mis amigos me refiere que tuvo la temeridad de invitar a una señora a comer en casa de Ernest; y pidió una comida ligera o calificada como tal.

Quiso hacer las cosas bien hechas; mandó que se sirviera sopa, pescado, una chuleta de ternera con alubias verdes, un platillo azucarado, dos botellas de champaña, café y un cuarto de aguardiente. Fué bastante para que le cobraran 2.300 rublos.

Y no hubo sino pagar. De otro modo, un guardia rojo se hubiera presentado inmediatamente para aprehender al repugnante burgués.

A 18 de Julio.

El cólera prosigue su obra destructora; hoy hubo 980 casos. Pero la gente, enloquecida, ve el cólera en todas partes.

Yo misma tuve ahora un momento de espanto, al ver a un hombre por tierra, que agitaba las piernas y se apretaba las manos contra el vientre. Un carro de la Cruz Roja acababa de presentarse; pero mientras las enfermeras se multiplicaban, todos caímos en la cuenta de que aquel hombre apretaba contra su pecho una botella medio vacía... No pude contener las carcajadas. ¡Cuánto bienestar produce la risa! Inmediatamente se abandona a este hombre en medio de la calle.

Sin embargo, sería muy malo no tomar algunas precauciones.

Trotsky y Lenin supieron tomarlas, pero de una manera... enérgica, que merece figurar en la historia de esta época extraordinaria.

Lo supe por un amigo, el cual hace un momento me relató lo siguiente, que anoté con fidelidad:

«A media noche fuí despertado con sobresalto por los guardias rojos, que me intimaron para que les siguiera. Como ignoraba lo que se pretendía de mí, me inquieté, como es de suponer. Les seguí a la Comisaría de la Gorokovaïa, don-

de tuve que esperar más de tres horas en compañía de otros burgueses, que también ignoraban por qué se les llamaba.

»Al fin, se nos hizo entrar y se nos informó que debíamos encontrarnos al día siguiente, a las nueve de la mañana, en casa del comandante.

»Habíamos sido designados para cavar tumbas destinadas a los coléricos.

»Imagínese usted nuestro asombro. Nos miramos unos a otros estupefactos.

»A la mañana siguiente fuimos todos exactos a la cita, y a las once salimos de la Gorokovaia formados en filas de cuatro.

»Íbamos armados de palas y escoltados por los guardias rojos. Seguimos así la Morokaia por la Newsky, a pie, como forzados, hasta llegar a la estación Nicolás, desde donde nos llevaron al cementerio de Preobrajinskaia, que está a veinte minutos de Petrogrado. El viaje se efectuó en carros para animales.

»Cavamos todo el día.

»Se nos relevaba cada cuarto de hora; a las cinco reclamamos el té, que nos fué servido con media libra de pan para cada uno.

»Debo confesar que el pan era excelente y que estábamos encantados, felicitándonos de nuestra buena suerte, porque a otro equipo que fué designado para el día siguiente le tocó ente-

rrar muertos en las fosas que habíamos abierto. Y a las nueve regresamos a Petrogrado.»

Así habló mi amigo...

Parece que es Trotsky personalmente quien ha ideado ese doble servicio. Y no será el único.

Las personas que comen en casa de Contant y en otros lugares, los parroquianos de *Bi·Ba·Bo* y todos aquellos a quienes se ha señalado como ricos o burgueses, están designados para ejecutar trabajos de ese género.

A 20 de Julio.

Nicolás Romanof ha muerto. El ex emperador fué fusilado como consecuencia de la decisión tomada por el Soviet, que pretende haber descubierto un complot para facilitar la evasión de la familia imperial. Se pregona a gritos la noticia; pero los transeuntes no se detienen ni se ve emoción en los semblantes. *Nitchevo.*

La Newsky conserva su aspecto habitual.

Una vez más me siento descorazonada. Solamente mi portero manifiesta alguna turbación.

—Nicolás Romanof *acabó*—me dice al abrirme la puerta del ascensor.

Y leo claramente lo que piensa ese bolchevique convencido:

—¡Cómo!—añade—. ¡Se mata al zar sin juzgarle, como a un perro rabioso, y somos nosotros quienes hacemos eso!...

Este hombre, que es honrado, siente vergüenza.

A 23 de Julio.

¡He aquí la alegría verdadera!... ¡Hay sol!... Las noticias de la guerra son buenas, positivamente buenas...

¡La guerra! ¡Es admirable que todavía se piense en ella aquí, en un pueblo de apáticos y de serviles!

¿Qué les importa los millares de hermanos rusos caídos durante más de tres años?

Pero, ¡qué alegría para una francesa!

Las noticias son lacónicas y están truncadas seguramente.

Hasta la actitud y el silencio de los periódicos amigos de Alemania son singularmente significativos.

Y además, hay cosas que están en el aire, que se transmiten y se extienden a millares de leguas. Por la radiografía, en la Misión francesa, se han tomado — aunque imperfectamente — palabras que son una esperanza.

¡Ah! ¡Partir, partir! ¿Dejar esta tierra de maldición, esta tierra muerta, para volver a mi querida Francia y vivir las horas que vienen?... ¡Qué dicha!

A 2 de Agosto.

Está resuelto... Ya no podemos partir.

Los alemanes han prevenido a los suecos que por ningún motivo permitan a los sujetos aliados ocupar las embarcaciones de Suecia.

Finlandia está cerrada y no hay medio de ir a Arkhángel, donde se dice que van a desarrollarse muy graves acontecimientos.

Por lo que a mí respecta, no he perdido toda esperanza, y en una conversación que acabo de tener con el cónsul de Suecia vislumbré algo. Ya no hay que forjarse ilusiones. Estamos en país enemigo. Las Embajadas de Vologda partieron para Arkhángel, donde se embarcaron.

Una inquietud sorda e indefinida reina en la Misión. Se espera algo que no se sabe lo que es. Además, estamos separados del mundo civilizado. Trotsky hizo tomar los aparatos radiográficos de la Misión; unos pobres aparatos, casi perdidos; pero que algunas veces, no obstante sus imperfecciones, nos ligaban con la madre patria.

Henos aquí completamente a merced de los bolcheviques.

Se diría que las noticias de la guerra, desventajosas para los alemanes, exasperan a estos malos patriotas.

Su juego se ve cada vez más claro. Y me per-

sigue la frase, que ya anoté, dicha por Lunacharsky, uno de los raros sinceros, uno de los raros creyentes de este partido:

«Somos un animal monstruoso que tiene la cabeza pequeña y que arrasta una enorme cola criminal. Esa cola será muy pronto la que lleve todo el movimiento, y entonces ya no habrá dirección.»

Los acontecimientos van de prisa; desde la muerte del emperador volvió a comenzar el terrorismo. Las aprehensiones se cuentan diariamente por centenas y los bolcheviques conservan el poder porque no hay quien se atreva a expulsarlos y quien se sienta capaz de ocupar su lugar.

¡Pueblo vendido, sin energía, que sólo sabe hablar, y que es incapaz de ningún esfuerzo! En verdad, los rusos no tienen sino lo que merecen.

A 4 de Agosto.

Desde que estamos privados de la telegrafía inalámbrica, se reciben menos noticias de la guerra. Pero es fácil comprender que todo va muy bien.

Esto no se comprueba tanto por los comunicados alemanes, en los que es preciso leer entre líneas, como por la actitud de Lenin y de Trotsky, que se conservan tranquilos, según se sabe.

A 6 de Agosto.

He aquí una noticia que me trastorna. Un amigo que llega de Moscú me comunica que allá fueron detenidos los franceses y los ingleses. El mismo me dice que escapó milagrosamente.

Los guardias rojos andan de casa en casa preguntando a los porteros la nacionalidad de los inquilinos.

Corro al teléfono para decir a uno de mis amigos, el capitán Lelasseux, dispuesto ya para salir a las ocho rumbo a Moscú, que uno de sus camaradas está preso juntamente con varios miembros de la Misión.

Por desgracia necesito proceder con prudencia y solamente le digo:

—¡No parta usted!

—¿Por qué?

—Imposible decir nada. Dentro de veinte minutos nos encontraremos en el Jardín de Estío.

—Está bien.

Cuando llego a la cita, no le veo. Tal vez ya partió. Me dirijo velozmente hacia la Misión.

Jamás olvidaré ese momento. Encuentro a todos leyendo reunidos en el salón. Apenas entro grito:

—Lelasseux, ¿partió para Moscú?

—Sí.

—Pero si en estos momentos se procede allá a detener a la Misión. Volad a la estación e impedidle que tome el tren.

Hubo una pausa... Veo al comandante Hezard, que dirige una mirada sobre su libro. Nadie pronuncia una palabra. Después, bajamos apresuradamente. Toman ellos mi *isvotchik*. El comandante me aprieta la mano con fuerza y me dice:

—¡Gracias!

Al partir, me fijo en varios individuos sospechosos que merodean cerca de la Misión. Uno de ellos me ve fijamente. Sigo mi camino y entro a casa, porque temo el saqueo que me parece inminente y quiero poner mis objetos de valor en lugar seguro.

A 7 de Agosto.

Pasé una noche muy mala. Estuve continuamente en guardia, esperando oír sonar la campanilla que me anunciaría la visita temida. ¿Qué suerte nos espera? Porque, efectivamente, los bolcheviques tomarán contra nosotros aquí, las mismas medidas que en Moscú se toman contra nuestros compatriotas. Voy a inquirir noticias. El cónsul de Suecia y el embajador de los Países Bajos me aseguran que, con excepción del general Lavergne, todos los detenidos están libres ya en Moscú. No me atrevo a creerlo. ¿No será un engaño de Uritzky, el comisario de Justicia,

para acallar nuestros temores y aprehendernos con más facilidad? Hace una semana ha publicado una orden que excita a los extranjeros para inscribirse en la comisaría de su barrio.

Se acaba de comprender en Moscú la razón de esta medida y mucho me temo que pronto la comprendamos aquí.

A 8 de Agosto.

Lo que se temía, aconteció. Fueron detenidos esta noche más de cincuenta franceses y han sido conducidos a la Gorokovaia, prisión preventiva donde vive Uritzky. Se dice que hay varias mujeres entre los prisioneros. No me queda sino pedir protección a Lunacharsky.

Al llegar al Palacio de Invierno, tengo la buena fortuna de encontrarme a Steneberg, que regresa de Moscú.

Como siempre, se muestra muy atento conmigo; me finjo más angustiada de lo que estoy; rompo en llanto y le cuento que la Guardia roja fué a mi casa y apenas me dió tiempo de escapar por la cocina. Digo falsedades para sacar la verdad, porque aún no he tenido manera de comprobar si está amenazada la libertad de las mujeres francesas. Le suplico que me dé un documento en el cual quede certificado que pertenezco a los teatros del Estado; así ya no seré molestada.

—Estas detenciones—me explica—no pueden extenderse hasta usted. Hay en realidad franceses que conspiraron contra el Gobierno bolcheviquista. Era todo un plan con la ayuda de los checoslavos y con la perspectiva de un gran esfuerzo hacia la costa de Murmania. Los que se hallan presos, estaban mezclados en el complot. De seguro habrá más aprehensiones. Pero no creo que usted haya conspirado. Por consiguiente cálmese usted.

Steneberg se apresura a darme el certificado que le pedí.

Me aconseja que lo autorice Lunacharsky, que se halla en estos momentos en el ministerio de Instrucción. Me dirijo allí a pie, aunque la distancia es grande; sigo mi camino como un autómeta.

—Lunacharsky no está visible—me dice su secretaria, mujer de cuarenta años y de aspecto huraño.

Pero tan pronto como la secretaria se entera del documento que le muestro, sonrío amablemente y me pregunta:

—¿Es usted francesa? Voy a ver al comisario y a recogerle la firma para esta instancia. Nada puede suceder a usted, por lo menos así lo espero.

Después de un cuarto de hora, regresa; pero con acento plañidero me repite las palabras de Lunacharsky.

Este me aconseja que ponga en lugar seguro mi dinero y mis joyas, y que haga mi maleta en el caso en que se me aprehenda. Firmará lo que le pido para mí y para mis camaradas mujeres, pero no puede garantizarnos la libertad.

Y, maternalmente, la secretaria me lleva a almorzar con ella a la fonda que está en el piso bajo; mientras se escriben a máquina los documentos que me son necesarios.

Por cinco rublos me sirven una sopa, incomible, una albóndiga, pasable, de carne con patatas, y un vaso de café. Una graciosa mecanógrafa comparte su ración de pan conmigo, y parece aterrada de oír mi narración.

Al subir de nuevo, veo por fin a Lunacharsky que habla por teléfono con Uritzky sobre mi asunto, y según sus respuestas, comprendo que hay una gran resistencia en el otro extremo de la línea. Al fin obtiene lo que pide, y me manifiesta su deseo de que se me deje en libertad; no obstante, es preferible que no regrese a mi casa al salir de la oficina. Aprovecho la oportunidad para rogarle que firme un retrato suyo que llevo conmigo. Accede con amable cortesía, y me aconseja que no duerma en mi casa.

¡He aquí lo que ha sido de mi tranquilidad, de mi seguridad y de la vida que llevaba, aunque difícil; pero en la que a lo menos contaba con una morada en mi soledad y con mis muebles!

Necesito mucha sangre fría, y la tendré.

Se asegura que los alemanes van a entrar con fuerzas imponentes, compuestas por cuerpos de tropas regulares.

Tomo el partido que me parece más prudente: el de pedir asilo a una Embajada neutral, cuyo jefe es uno de mis amigos.

Se me recibe con los abrazos abiertos, y se dispone un lecho para mí sobre un sofá del gran salón de recepciones. Jamás me hubiera imaginado pasar una noche al pie del retrato del rey de España.

A 9 de Agosto.

¿Vendrán los alemanes? Nadie puede decirlo. Muchas personas aseguran que preparan ya sus baúles. Si vienen, todos seremos hechos prisioneros y se nos enviará a un campo de concentración. Por otra parte, se dice que los aliados están en Vologda, y que ya fueron tomadas Nijni-Novgorod y Kazan.

Ningún periódico se publica, excepto los del partido bolcheviquista.

La ciudad es presa de mortal angustia.

Salgo con prudencia, evitando el encuentro de los guardias rojos que se pasean, pues deseo transportar los objetos de valor a casa de mi vecina del cuarto piso; temo que los bolcheviques se apoderen de nuestras habitaciones.

En la Embajada inglesa no se conoce todavía el resultado de las conferencias emprendidas con Uritzky, para obtener la libertad de los prisioneros aliados.

El agregado naval Cromie me relata que fueron a aprehenderle, pero que pudo esconderse en casa de unos amigos, donde eligió su domicilio entre el artesonado y el techo.

Volví a pasar la noche bajo el retrato de Su Majestad.

A 11 de Agosto.

¡Bravo! Las noticias son mejores. Los alemanes partieron, y abandonaron Moscú y Petrogrado; su situación ya era insostenible. El sustituto de Mirbach, Helfferich, recibía diariamente amenazas de muerte. Los alemanes basan su partida en una razón pueril: intentan probar a los aliados que nada tienen de común con los bolcheviques.

.
También las noticias que llegan de Francia son mejores, hasta excelentes.

¡Ah, es preciso sostenerse hasta el fin!

A 28 de Agosto.

La nerviosidad continúa... Y la ansiedad también...

El Sr. Scavenius, el ministro danés, encargado de los intereses franceses, obtuvo la excarcelación de los prisioneros aliados; pero los bolcheviques han declarado que, desde la toma de Vologda (había circulado el rumor de que esto era cosa hecha, y carecía de fundamento), 400 aliados serían retenidos como rehenes. ¿Qué suerte les aguardaría? Son capaces de fusilarlos... ¡Qué sufrir! Quisiera yo dormir y despertar fuera de este país maldito. Y es casi imposible salir de él. Las fronteras finlandesas quedaron cerradas desde ayer, hasta para los correos neutrales. Únicamente se permite el paso a los alemanes, a los turcos y a los austriacos.

Sin ser psicólogo, se reconoce la marca boche. Por el mar, los alemanes ejercen una severa censura en las islas Aland. Naturalmente, los suecos no admiten a los aliados en sus barcos. También es imposible la salida por Arkhángel o por Vladivostok; el camino está ocupado con tropas de los Soviets.

Circula el rumor de una gran victoria francesa. Se habla de 280.000 prisioneros, y se dice que Lila fué recuperada. No me atrevo a creerlo.

A 19 de Agosto.

Nada. No se sabe nada bueno. Parece que las cartas se barajan más cada vez. Los aliados han hecho un llamamiento al pueblo ruso, diciéndole que son sus amigos, y que le piden su confianza; toman a su cargo el envío de viveres y el restablecimiento del orden. Los bolcheviques respondieron declarando la guerra a muerte a los aliados.

¡Esperemos!

Vengo de la Embajada, donde encontré al capitán Lelasseux, que ha regresado de Moscú, especialmente para organizar nuestra partida general.

Finlandia ha consentido, y hay esperanzas de que partan todos los aliados. El Gobierno nos reclama oficialmente, y, por petición de los bolcheviques, permitirá, en cambio, a los rusos que actualmente se hallan en Francia que regresen a su patria. No obstante, anoche todavía se detuvo al Sr. Verstraët, uno de los directores del Banco ruso asiático, así como a su esposa. Vivimos escondiéndonos cada noche en una casa diferente.

Esta tarde, en el tranvía, un caballero me saludó con mucha amabilidad. Le miro asombrada; murmura muy bajo un nombre que no comprendo; sin embargo, parece que me conoce muy bien. Hablamos de cosas vagas. ¿Dónde le

he visto? Imposible recordarlo. Su rostro me es totalmente desconocido.

Se acerca más a mí para decir:

—No se me reconoce porque me afeité el bigote y llevo traje de pekín.

Entonces le veo más detenidamente. ¡Eureka! Es el guapo Tcher Kess, de quien estaban enamoradas todas las mujeres. Realmente se halla inconocible; este traje no le sienta bien.

Me confía que fué detenido, pero que logró escaparse. Mañana parte para Turkestán.

Un caballero a quien no conozco, me tiende la mano, sonriendo, para ayudarme a bajar del tranvía. En realidad, éste me es absolutamente desconocido. Por más esfuerzos que hago no lo recuerdo. Me dice:

—Soy el príncipe X..., me he dejado crecer la barba.

En efecto, ahora le reconozco. Es el príncipe cuyo rostro se disimula bajo una barba rizada y abundante. Esto va a convertirse en un verdadero juego de adivinanzas.

A 22 de Agosto.

Todas las mañanas me encamino hacia la Legación danesa, encargada de los intereses franceses. Hoy hay gran efervescencia en la sala de espera.

El Sr. Verstraët fué puesto en libertad y rela-

ta su entrevista con Uritzky. Le dejo la palabra.

—Uritzky—dice—es delgado, de pequeña estatura y enfermizo. Al andar, oscila. Me recibió con mucha amabilidad, y a la pregunta que le hice de «—¿Por qué se me arresta?», respondió mostrándome varias denuncias. Se me acusaba de haber enviado fondos para sostener a los checos. «—Si esto es cierto, le dije, debe usted fusilarme; si es falso, fusile usted a los delatores.» Nada respondió a esta vibrante declaración, pero me dijo: «—Estamos en guerra contra vosotros; explíqueme usted por qué la patria de la revolución no ha querido discutir con nosotros y por qué nuestra bandera roja flamea en Berlín, en el país del imperialismo. Por mí, odio a Alemania, sería yo el primero en marchar contra ella; desaprobé la firma de Brest-Litovsk y presenté mi renuncia de miembro de la Comisión encargada de firmar el tratado. Ahora, queda usted en libertad.» «—¿Se me permitirá salir de Rusia?», le dije. «—Sí; únicamente me veré obligado a ordenar que se abra un proceso verbal relativo a las armas encontradas en la casa de usted.» Me apresuré a mostrarle mis permisos. «—En ese caso, me dijo sonriendo, no puedo siquiera condenar a usted a pagar una multa». Así terminó mi entrevista con el hombre que llena de terror a Petrogrado. Debo añadir que, durante nuestra con-

versación, firmó varias sentencias de muerte, y que mientras firmaba esos documentos, su rostro adquiría cierta expresión de bestialidad.»

El Sr. Verstraët relata estos hechos con buen humor. Toda su persona rebosaba la satisfacción de hallarse libre al fin.

—Esto no puede seguir así—nos dice—. ¡Tener que dormir siempre en distinto domicilio, en una palabra, estar condenados a vivir como ladrones!... Preferí acabar con eso, y cuando supe que venían, en vez de ocultarme, entré inmediatamente a mi domicilio.

A 23 de Agosto.

Cada día se registra un nuevo hecho desconcertante.

Esta mañana, cuando los guardias rojos escoltaban a un grupo de presos que era trasladado desde la prisión de la Gorokovaïa a la de Vaisliesky-Ostrow, acertaron a escaparse dos de ellos. Al darse cuenta los guardias, hicieron alto y aprehendieron a dos inofensivos transeuntes para reemplazar a los fugitivos, evitando así un castigo por falta de vigilancia.

Otro hecho igualmente extraordinario me fué relatado por la persona que sufrió las consecuencias. Es una dama de mi amistad, que acaba de salir de la prisión, donde estuvo detenida durante una semana.

Al entrar a su casa supo por su conserje, quien la miraba estupefacto, que se la tenía por muerta y por fusilada; que el acta de su defunción había sido levantada, y que todos sus muebles, así como su ropa, fueron vendidos, naturalmente, en provecho de los bolcheviques. La pobre mujer nada pudo hacer, ni reclamar. ¡Debía darse por satisfecha con que los bolcheviques le permitieran figurar en la lista de los vivientes!

A 24 de Agosto.

¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¡Aleluya! Finlandia permite nuestro paso y los aliados aceptan, según se asegura, las condiciones de los bolcheviques, que son: la repatriación de las tropas rusas que todavía se hallan en Francia así como de todos los bolcheviques que se encuentren en dicho país o en Inglaterra, y el regreso de Litvinof, el ministro bolchevique, que no fué reconocido por los ingleses.

Todos los rostros expresan alegría. Al salir de la Legación danesa, encargada de nuestros intereses, encuentro al jefe de la Misión, el comandante Archene. Está radiante. Viene de una expedición a los anticuarios y trae en brazos varias imágenes que acaba de comprar, pues está alistándose para la marcha.

Entro a mi casa, y empiezo a bailar para ma-

nifestar mi contento. Estoy absolutamente sola en el salón de la Embajada. El rey, desde la tela de su cuadro, parece que me ve muy admirado; pero debe comprender y reconocer que soy latina, una mujer de su raza, que sabe expresar sus sentimientos.

A 25 de Agosto.

Esta mañana me despertó la música militar. ¿Qué sucede? Me precipito al balcón, y veo desfilar veinte músicos seguidos de veinte soldados. Hoy es el día señalado para que se presenten a servir todos los hombres de diez y ocho a cuarenta años. Me pregunto cómo tomarán los rusos esta broma.

Cuando los bolcheviques les decían: «Ya no os batiréis, seréis ricos y felices», el pueblo comprendía muy bien.

Hoy que estos mismos hombres les dicen: «Combatid contra el imperialismo, pero estamos desolados, porque no podemos daros pan», dudo mucho que el pueblo comprenda y sobre todo que acepte. ¡Es tan fácil para los rusos no hacer nada, seguir viviendo y morir de hambre!

Como a las doce del día se verificó el desfile general. Partió del Campo de Marte, con música a la cabeza. Iban allí personas elegantes (burgueses) y obreros. Todas las clases estaban representadas en aquel desfile. Había hasta un oficial que

caracoleaba a caballo. Los guardias rojos, con el gorro hacia atrás, parecían llevar a la tropa a una victoria imaginaria. ¡Diablo! Es que el cebo es muy tentador: el primer día recibirán un par de botas por 24 rublos (no olvidemos que actualmente valen más de 640 rublos); y los días siguientes recibirán una libra de pan. En realidad, eso bien vale la pena de presentarse con aspecto patriótico a la manera de los bolcheviques.

A 26 de Agosto.

¡Ay, Dios mío! ¡Ya no partiremos tan presto como lo esperábamos! Los bolcheviques presentan pretensiones exorbitantes, que son inaceptables.

Todos los días surgen nuevas complicaciones, y hoy más que nunca.

También se dice, que en caso de partir, solamente se nos permitirá llevar un traje, un par de zapatos y muy poca ropa interior. Tendremos que abandonar todos nuestros objetos. Es duro; pero nos resolvemos a ello con tal de partir.

Esto es terrible para todos, con tanta mayor razón cuanto que sabemos el nuevo giro que están tomando los acontecimientos en Francia. Los periódicos de aquí, todos pagados por los boches, aun cuando hagan la conspiración del silencio, no nos impiden saber que los aliados,

actualmente, están a punto de alcanzar la victoria, hacia la que van a grandes pasos.

Por otra parte, todos desean salir de Petrogrado, a lo menos las personas que reflexionan y que se dan cuenta de esta lamentable reorganización social basada sobre tantas utopías. Rusia va a un desastre. Los verdaderos rusos, los que aún conservan el sentimiento de la patria, también quieren partir, y partir a toda costa en dirección a Ucrania, que, según se dice, es un país tranquilo.

La gente ya no sabe qué subterfugio inventar. Un banquero conocido se disfrazó de comediante, y parte con una compañía que va a trabajar a Odesa.

Exceptuando a Ucrania, me parece que los combates reinan en todo el territorio de Rusia. Los periódicos bolcheviquistas, que son los únicos que aparecen, juntamente con los alemanes, dicen que las tropas de los Soviets han obtenido la victoria.

Pero un redactor de la *Gaceta Roja (Crasmaia Gazette)*, a quien se pidieron informes sobre el particular, no vaciló en decir lo siguiente:

—Leed el periódico al revés, y conoceréis así la verdad.

Se dice en voz muy baja, que los checos llegarán a Moscú.

A 30 de Agosto.

¡Qué acontecimiento tan sensacional e inesperado!

Uritzky, el tirano de Petrogrado, el alma condenada del bolcheviquismo, fué asesinado.

Un suspiro de satisfacción se escapa de todos los pechos.

Parece que el aire se aligeró; Uritzky fué muerto por un disparo de revólver que, a quemarropa, le hizo un estudiante llamado Kanegiesser. Era un judío que pertenecía a otro partido.

Desgraciadamente pudo aprehendérsele. ¡Qué lástima!

Se necesita ser valiente para atreverse, en semejantes momentos, a realizar un acto como este. Haciendo desaparecer a un individuo, este hombre ha salvado tal vez a millares de víctimas.

Uritzky era el Marat de la revolución rusa.

Asistí a la caza y aprehensión del asesino sin haberlo procurado.

Como a las doce del día, oigo tiros y salgo a la ventana. Primeramente no veo sino una barrera de guardias rojos establecidos en cada salida de la calle, y que piden a los transeuntes sus pasaportes e impiden a los carruajes el acceso. Intrigada, permanezco un momento en el balcón y como a las doce veo pasar un carruaje lleno de soldados y, en medio de ellos, a un hombre que

llevaban acostado. De pronto, creo que es un herido, pero estoy en un error. Era Kanegiesser a quien conducían. Supe la verdad más tarde, en el Consulado de Dinamarca, pero aún se dudaba porque el caso era sensacional. Sin embargo, a las dos de la tarde el rumor quedó confirmado.

He aquí cómo Kanegiesser relata su crimen o, mejor dicho, su acto de justicia.

—Conocía yo a Uritzky de vista. Resolví alcanzarlo en el ministerio del Exterior y matarle, esperando que de ese modo se detendrían varias ejecuciones que eran inminentes. Lo que había yo resuelto se realizó al pie de la letra. Cuando vi que Uritzky estaba herido mortalmente, subí a la motocicleta que me esperaba en la puerta y huí por la Moika, dirigiéndome después por la Morhkoff Pereulok. Bajo de la máquina en el número 17 de la Millionaya; me precipito entonces en el patio, y después me lanzo por una escalera de servicio donde veo, por casualidad, la puerta de una habitación. Entro allí, y como encontrara un gabán colgado, lo tomo y salgo por la otra puerta, bajando después en el ascensor. Desdichadamente, al salir, hallo dos hombres y una mujer que intentan detenerme. En ese trance, empiezo a disparar al acaso sobre el grupo, pero pronto se me desarma por soldados que acuden al ruido de las detonaciones.

Circula otro rumor, que no me atrevo a tomar

en serio. Se dice que Trotsky deseaba conocer las posiciones de los checoslavos, y, para el efecto, partió en aeroplano; pero que el piloto lo llevó a las líneas enemigas, donde bajó a tierra y donde actualmente está prisionero. Repito, esto sólo es un simple rumor, en el que casi no creo; sin embargo, lo que es cierto es que desde hace varios días se ignora absolutamente qué ha sido del terrible comisario de guerra, aunque los rumores de su prisión y de su muerte persisten.

Por lo que respecta a Lenin, ayer por la mañana, en Moscú, se cometió un atentado violento contra él. Fué herido solamente en una mano según decían los diarios. Sin embargo, en los de la noche se asegura que el caso es mucho más grave de lo que se creyó en un principio.

Las homicidas, porque fueron dos mujeres, le esperaban a la salida del mitin y dispararon simultáneamente contra él. Una bala le tocó el cuello y la otra el pecho; todavía no se las han extraído. El boletín de hoy anuncia 104 pulsaciones. Todos los días será publicado un boletín para informar al pueblo.

Parece que se trata de un monarca.

A 31 de Agosto.

Resueltamente, todo va muy mal.

¿Por cuánto tiempo estaremos aquí todavía?

Ayer, a las cinco, se hizo una indagación en la Embajada de Inglaterra, sin embargo de que está bajo la protección de Holanda. Los ingleses hicieron fuego contra los guardias rojos que venían para realizar la indagación. Un inglés murió en la refriega y un bolchevique resultó herido.

Nada se sabe fuera de lo que publica la Prensa, porque conviene quedarse en casa para no exponerse a ser aprehendido en la calle.

Naturalmente que los bolcheviques van a apresurarse a hacer prisioneros a los ingleses. La salida me parece cada vez más problemática. Esto es desolador, y tanto más lamentable cuanto que el encargado de Negocios de Holanda fué a Moscú para conferenciar con Chitcherin, el ministro del Exterior, a fin de fijar la partida de los aliados.

Es preciso esperar. Todavía esperar. Esperar eternamente. Por lo que hace a mí, debo considerarme dichosa por habitar en una Embajada neutral. Esta es, por lo menos así se me asegura, un refugio sagrado.

A 1.º de Septiembre.

Los bolcheviques han cometido una infamia, de la que responderán ante la Historia, y que puede ser de muchas consecuencias: encargaron a los guardias rojos que hiciesen una pesquisa en la Embajada de Inglaterra, con pretexto de que allí se había organizado un complot contra el Gobierno de los Soviets.

No obstante la oposición enérgica de los ingleses, los bolcheviques intentaron penetrar. Entonces el agregado naval, el comandante Cromie, les intimó por tres veces para que se retiraran, y, en vista de su negativa, disparó contra ellos, hiriendo y matando a tres guardias rojos.

El mismo fué herido y cayó con una lesión mortal.

Al trazar estas líneas, las lágrimas corren de mis ojos. Ese oficial, a quien yo conocía bien, era el valor y el arrojo personificados. ¡Ay Dios mío! Yo le había visto apenas hace unos días con su fina sonrisa irónica.

Fuimos juntos a comprar encajes, porque este guerrero era un coleccionador de cosas bellas, y todavía me parece estar mirándole, atento a mis lecciones, estudiando el tul para descubrir si el fondo estaba hecho a máquina o a mano. Tenía un positivo gusto en llevar a su esposa y a su madre encajes preciosos; y ayer, que hice una

visita a la Legación danesa, oí dar la orden por teléfono para que se construyera su ataúd, compuesto de una caja de encina y otra de plomo, porque se va a enviar el cuerpo a Inglaterra. ¡Cuán insignificantes somos, Dios mío!

A 2 de Septiembre.

Desde los trágicos sucesos de la Embajada inglesa, las detenciones se suceden sin tregua. Se hacen en la calle, en los tranvías, en los *cinemas*, y sobre todo se aprehende a los ingleses y a los franceses.

¡Esto es una verdadera caza a los aliados!...

Ayer fué un día terrible. La doncella me despertó a las ocho; la mujer estaba enloquecida y se esforzaba por hacerme comprender, en un lenguaje mitad francés y mitad ruso, que debía levantarme y vestirme con la mayor rapidez posible, porque se temía una pesquisa en la Embajada. El conserje vino después a confirmar esta noticia. Los guardias rojos han pasado la noche llevándose las cajas con la vajilla de plata, que estaban en casa del príncipe Abamelek Lazareff, quien habita un piso bajo en el mismo edificio de la Embajada, no obstante que en su puerta había sellos e inscripciones oficiales de protección. ¿Qué haré? Salto jadeante de mi lecho. Si los guardias rojos me encuentran aquí me

preguntarán quién soy. Como en ese caso tendré que confesar que soy francesa y que no ocupo ningún puesto en la Embajada, seré detenida. La primera precaución que debo tomar es la de ocultar las huellas de mi estancia aquí. Con ayuda de la doncella quito mi lecho, instalado en el salón; escondo la ropa en la chimenea, y hago desaparecer mis joyas en los jarrones de china; pero me inquietan estas notas escritas por mí diariamente desde hace dos años y en las que expreso, aunque sin rodeos, mi pensamiento.

Nunca se me perdonaría tal franqueza.

Si me encuentran estos cuadernos, estoy perdida.

Me decido a llevarlos a la Legación danesa, que no está lejos de aquí. Hago con ellos un paquete al que agrego mi dinero, escondido antes en una gaveta reservada, de madera, que hay en la escalera de servicio; me parece más prudente ocultarlo en otra parte, porque el *dvornik* podría, desgraciadamente, quemar mis rublos al mismo tiempo que su madera.

En el camino encuentro al primer secretario, quien me aconseja que salga por las dependencias. Esto es lo que hago. Pero en el momento de franquear la puerta cochera, veo precisamente frente a mí cuatro soldados a las órdenes de un jefe.

Me di cuenta exacta de la situación; pero

con la cabeza erguida, sonriente y adelantando un pie les pregunté dónde se encuentra la Bolchoia Kauninchnaia (que está en la calle de las Grandes Caballerizas).

—A la derecha—me respondieron.

Y seguí mi camino alegremente, cantando con nerviosidad y sin poder detenerme. Un francés, amigo mío, a quien encuentro, me dice:

—¿Está usted muy contenta?

—Cállese usted—le respondí—, o rompo a llorar.

En la Legación de Dinamarca dejo al fin mis cuadernos, que podrían llevarme al patíbulo, aunque no fuera sino por esta sola frase:

¡Uritzky acaba de ser asesinado. Un suspiro de satisfacción se escapa de todos los pechos!

A 8 de Septiembre.

¡Y yo que me creía segura en la Embajada de España!

Los guardias rojos la visitan de continuo; todos los días se llevan cajas llenas, pero esto no es sino el resultado de una venganza personal. El príncipe Abemalek Lazareff legó al morir 6.000 rublos a su *dvornik*. Pero los herederos se negaron a pagar esta suma. El beneficiario, para vengarse, fué a buscar a los guardias rojos, y les comunicó que el príncipe tenía fabulosas riquezas

ocultas en su habitación. Hizo más todavía: denunció que dos de las cámaras ocupadas por la Embajada de España contenían aún muebles que habían pertenecido al príncipe. Por esta razón los guardias rojos quieren penetrar, no obstante nuestros esfuerzos para impedirlo; y desgraciadamente el encargado de Negocios de España, Sr. Contreras, se encuentra en Moscú.

A 9 de Septiembre.

Es absolutamente preciso salir de esta situación, que amenaza llegar a ser trágica un día de estos.

El pabellón de un país neutral ya no ampara nada. Los guardias rojos pretendieron todavía entrar esta mañana y anunciaron que van a volver.

Entonces derroché audacia.

Dándome con aplomo el título de secretaria de la cancillería de la Embajada de España, me dirigí, en compañía del secretario de la Embajada, a buscar al terrible comisario de Relaciones exteriores, Petroff. Deseo preguntarle qué significan esas pesquisas.

Pero me informan que Petroff ya no desempeña ese cargo. Fué descubierto cuando estaba cometiendo un delito y aprehendido a su vez.

Otro comisario me recibe. No sabe una pala-

bra de francés. Yo sé poco de ruso y el secretario desconoce por completo este idioma.

Sin embargo, acabamos por comprendernos. Llama por teléfono a Smolny para preguntar si existe la orden de hacer pesquisas en la Embajada. Se le responde que no. Y obtengo, a fuerza de amabilidad y diplomacia, un documento de protección prohibiendo a quienquiera que fuere, penetrar a la Embajada bajo penas severísima.

¡Magnífico!

A 10 de Septiembre.

Ayer por la tarde, los guardias rojos volvieron todavía. Pero tan pronto como leyeron el documento, se retiraron.

¿Vamos, por fin, a dormir tranquilamente?...

El Sr. Contreras regresó de Moscú.

Viene indignado de la manera cómo le trataron allá los comisarios del pueblo. Para colmo, la doncella se presenta a decirnos que los guardias rojos merodeaban cerca de la Embajada.

El Sr. Contreras corrió a su oficina para buscar el revólver.

Pero antes que él, lo encontré yo y lo escondí en un armario. Él gritaba:

—Yo les enseñaré quién es un español, y haré lo que hizo Cromie. Voy a bajar. ¡Ah!, se atreven a desafiarme.

Le rogué que se calmara. El ministro se hallaba en un estado de exasperación fácil de comprender. Pero insistí con todas mis fuerzas.

La desgracia llega más pronto, cuando los momentos son aflictivos.

A 11 de Septiembre.

A las doce del día voy al Consulado de Dinamarca.

La primera persona que encuentro, es la esposa del capitán Vacquier. Su marido sigue preso, y la desgraciada me dice, entre sollozos, al mismo tiempo que apoya la cabeza contra el muro:

—¡Van a matarlo!

Es un espectáculo desgarrador.

El asombro aparece en todos los semblantes. Me dirijo al Sr. Binet, nuestro encargado de negocios. Está pálido y me estrecha nerviosamente la mano. Temo interrogarle. Pero, más bien gritando que hablando, me dice precipitadamente:

—¡Esto es horrible, en la fortaleza se trata a nuestros desgraciados amigos, como si fueran malhechores! Literalmente están muriéndose de hambre. Piden socorro, y los guardias rojos les amenazan con el patíbulo... y los neutrales permanecen callados. ¡Aún no han protestado contra la violación de la Embajada de Inglaterra!

—¿Qué será preciso hacer?—le pregunto.

—Una protesta enérgica de todos los neutra-

les, y sobre todo, la de Suecia, a quien temen los bolcheviques porque es su vecina y puede mucho contra ellos.

—¡Pues bien!—le dije—, me voy en seguida a la Embajada de España. Usted conoce los sentimientos del señor Contreras. Hará hasta lo imposible por salvar a nuestros compatriotas.

No me había yo engañado. El encargado de Negocios de España declaró, desde luego:

—Es preciso proceder inmediatamente. Voy a convocar a los embajadores neutrales.

Pero reapareció la frase:

—Será preciso, ante todo, que Suecia esté con nosotros. Nada podremos sin ella. Sin embargo, no me es posible preguntarle sus intenciones, porque no puedo exponerme a una negativa. ¿Cómo haríamos para conocer sus sentimientos?

Entonces me atreví a exclamar:

—Iré yo misma. Conozco al encargado de Negocios, el barón Koskull, que me recibirá.

Y partí, como lo había dicho, llena de audacia; pero perfectamente tranquila.

El barón Koskull me recibió inmediatamente, preguntándome en qué podía serme útil.

No abordé el asunto de golpe; comenzando por interesar al barón en la suerte de las mujeres francesas y presentándole su espantosa situación con el cierre de la frontera finlandesa, que les

impide salir de Rusia. Tal vez habría medio de hacerlas pasar en barcos suecos. Luego, los neutrales podrían, a lo menos, hacer esto por nosotros; ellos que ni siquiera han protestado contra la violación de la Embajada de Inglaterra. Este abandono puede traer para el futuro la violación de las Embajadas neutrales.

—¿Qué? ¿Se dice eso?—preguntó el barón nerviosamente.

Entonces, apelando a todo mi valor, añadí:

—Aun se dicen otras cosas. Que los neutrales no protestan porque no están seguros de las intenciones de esta Embajada y temen que se abstenga, pues conocen el buen estado de las relaciones que mantiene con Alemania. Usted sabe perfectamente que los neutrales nada pueden sin Suecia, a quien los bolcheviques temen por ser su vecina.

Me di cuenta de que tocaba yo el punto sensible, y, con resolución, dije lo siguiente:

—¿Sabe usted que los oficiales aliados prisioneros tal vez serán fusilados dentro de cuarenta y ocho horas?

El barón midió la estancia con sus pasos, sumido en hondas reflexiones.

Oía yo los latidos de mi corazón.

Por fin el barón habló:

—¿Y qué sería preciso hacer para evitar esa iniquidad?

—Será preciso que los neutrales protesten—le respondí.

—Pero si no pido otra cosa. Yo respondo de mi Gobierno.

—Pues bien, es asunto concluído. El señor Contreras vendrá a hablar con usted mañana a las doce.

Dejé al barón encantado del buen resultado de mis diligencias. Subí de cuatro en cuatro las escaleras de la Embajada de España.

—¡Victoria!— exclamé—. ¡Contamos con Suecia!...

A 12 de Septiembre.

El Sr. Contreras no se acostó. Pasó la noche redactando la protesta a la claridad de su cigarro, porque de noche cortan la electricidad, y no se encuentran velas ni petróleo. Escribió en pequeños trozos de papel, que unió después.

Estoy conmovida de esa abnegación, y le doy las gracias efusivamente. Dentro de un momento será la entrevista con el encargado de Negocios de Suecia.

Las cosas se realizaron como yo lo esperaba. La protesta fué firmada por todos los neutrales.

A 15 de Septiembre.

Parece que los acontecimientos se calman algo.

La Sra. de Scavenius, cuya bondad es inagotable, logró llegar hasta los prisioneros para llevarles víveres. Llegó a conseguir la organización de una cocina en la fortaleza. ¿Es un efecto de la protesta? No me atrevo a creerlo, y, sin embargo, me siento dichosa al pensar en el papel que he desempeñado en estos acontecimientos.

El Sr. Binet me lo agradece de corazón, así como nuestro cónsul el Sr. Duchêne. Lo que hice es muy natural; de lo que estoy muy orgullosa es de haberlo intentado.

A 16 de Septiembre.

Hoy, durante el almuerzo en la Embajada, me entregan una tarjeta de la Sra. Cheremeteff, quien viene recomendada por el Sr. Binet. Me dirijo al salón para recibirla, y me encuentro con una mujer bella y joven, que se presenta en estos términos:

—Soy francesa, casada con un ruso que ha muerto. Vengo enviada por el señor Binet. He aquí lo que me pasa: recibí una citación de la Gorokovaia, adonde debo presentarme a las

tres. ¿Puede usted guardarme las joyas? En el caso en que se me detenga, quizás podría usted hacer algo en mi favor con la intervención del señor Lunacharsky.

Le aseguro que haré cuanto pueda. Guardo las joyas y la llevo a la Legación danesa para decir que se la aconseje sobre la manera de conducirse en semejante caso.

Allí encuentro al Sr. D. Pedro Darcy, que también ha recibido una convocatoria y que va a salir hacia Moscú. Le aconsejo que no vaya a esa ciudad, sino que más bien se esconda en la Embajada de España. Le explico el peligro que corre. Tal vez se le vuelva a aprehender.

Entonces me anima, diciéndome que irá en compañía de un secretario danés.

—Hace usted mal—le digo—. Eso serviría únicamente para exasperar a semejantes personas. Sabe usted tan bien como yo que nada respetan.

Pero el Sr. Darcy, afirmándose en su determinación, me dijo:

—Al contrario, aprovecharé la ocasión para hacerles firmar el permiso de salida destinado a las mujeres francesas y a los franceses mayores de cuarenta y ocho años.

No insisto; pero tiemblo por su suerte.

En la Legación nada es posible hacer en favor de la Sra. Cheremeteff, porque está considerada

como rusa en virtud de su matrimonio. La pobre joven, al despedirse de mí para ir a la Gorkovaia, añade:

—Si mañana temprano aún no ha recibido usted noticias de mí, significará que me aprehendieron.

Admiro su tranquilidad y su valor.

A 23 de Septiembre.

Estoy llegando al fin.

Por lo menos así lo creo.

Voy a partir, gracias a mi compañera Rogers, que conoce a Gorki; ella se encarga de conseguir el visto bueno bolcheviquista, y yo he obtenido del cónsul de Noruega un recado para el comandante de la frontera finlandesa, quien le ha prometido verbalmente permitir que pasemos.

Pero en el último momento ha surgido una dificultad absurda. El comisario que dió el visto bueno a este pasaporte parece que se equivocó en la ortografía de mi nombre, y es indispensable que eso se rectifique, pues sin tal requisito hay peligro de que me detengan en la frontera.

Por consecuencia, he tenido que ir a la Gorkovaia, al antro del famoso Uritzky.

Allí hay ametralladoras por todas partes. No se me permite la entrada. Tengo que insistir. Pregunto por Boky, el sucesor de Uritzky. Al

cabo de una hora de espera, se me acerca un caballero y me habla en los términos siguientes:

—Usted es francesa, y yo lo soy de corazón. Uno de mis amigos desea salir de Rusia. ¿No podría usted indicarme algún medio para lograrlo, pues los bolcheviques le niegan el visto bueno? Se me ha informado que puede salir por Finlandia y que los oficiales de la Misión francesa ya salieron de Petrogrado.

Me mantuve firme, y repuse:

—Está usted en un error. Los oficiales todavía se hallaban ayer por la mañana en sus puestos. Estoy enterada de que lograron huir ayer por la tarde; pero desconfío.

—Ruego a usted—insiste—que me proporcione ese medio para mi amigo.

Enfadada, repuse:

—No hay medio alguno. Le ha engañado a usted.

Entonces adoptando otro tono, me pregunta:

—¿Qué se le ofrece a usted?

Le enseñé el error cometido en mi pasaporte.

Me hace entrar en un gabinete, llama a una señorita; ordena que se haga la corrección, pone un sello que llevaba en el bolsillo, y sonriente, me dice:

—¡Vaya si es usted discreta!...

¡Imbécil!

A 24 de Septiembre.

He aquí el momento tan esperado. Me parece que sueño. Después de tantas semanas, en continuas alternativas de esperanzas y de angustia, me he sostenido con firmeza, he apurado la paciencia, y he luchado con provecho.

Siento un gran alivio a la vez que la tristeza de ver perdido el hermoso sueño que forjé de volver a encontrarme aquí en una Rusia tranquila por fin y corregida, donde proseguir la tarea artística que varias personas nos habíamos propuesto.

La revolución y la infamia bolcheviquista no han permitido que veamos el fin de nuestro empeño.

Pero tenemos el justo orgullo de haber permanecido en nuestro puesto, tanto tiempo como fué humanamente posible, haciendo propaganda francesa—la más hermosa de las propagandas—, la que en nuestra querida lengua, interpreta las obras maestras de la literatura francesa. Tenemos el orgullo de sentir, que en plena tormenta, hasta hombres que llenan de terror a Rusia, y que saquean y matan, nos tienen respeto y consideraciones.

Ha sido necesario, para que nuestra querida empresa fuera interrumpida, que el bolcheviquismo cayera en el último de los envilecimien-

tos. Alemania le tiene bajo su dependencia; Alemania es tanto más feroz e implacable, cuanto que siente su pérdida en el frente francés.

Lunacharsky, Steneberg y algunos otros que fueron sinceros y que creyeron en la realización de un sueño generoso, naufragarán también arrebatados por este huracán, que desarregla y trastorna todo. Sus días están contados.

Al prepararme para abandonar este país hospitalario, pienso con infinita melancolía en esa multitud de gente pobre, en estos seres descarnados por las privaciones, apáticos y resignados a fuerza de martirios, y a quienes Lenin y Trotsky, con sus grandes frases, sus paradojas y sus actitudes de cómicos de la legua, toman para ir formando poco a poco el ejército—digamos el rebaño—que necesitan.

Estos parias no sienten la santa indignación ni la amargura orgullosa de los hombres que en Francia protestan en medio de manifestaciones tumultuosas.

He visto frecuentemente que estos desdichados se han hecho serviles; he observado su mirada de soslayo cuando esperaban hallar algún alimento al final de un saqueo, su mirada incierta de pobres bestias de carga que no encuentran la ruta cuando sus inútiles pastores no les hacen ver alguna ilusión.

Estos hombres son los mismos que al princi-

pio de la gran guerra se batieron heroicamente, son los que invadieron Prusia y franquearon los Cárpatos.

Conducidos en otra forma, podrían mañana realizar grandes obras.

Hoy sólo han rodado al bajo fondo del bolcheviquismo, que no se resuelve en nada práctico y que sólo tiene la apariencia de una organización, a cuya cabeza están muchos saqueadores.

¡Pobre Rusia!

Ahora que voy a partir, el cielo y con él todo está triste en Petrogrado.

En la ciudad me siento extranjera, a pesar de ser francesa. Me parece que ya no se ve el cariño por Francia que tanto se proclamaba.

Aquí y allá, sobre los edificios, una bandera flamea mostrando sus tres colores desteñidos por la lluvia...

Hacen la ilusión de nuestros tres colores.

Pero no tengamos esta ilusión: son los colores alemanes.

Bajo mis ventanas, a las que me asomo quizás por la última vez, pasan en un estado lastimoso los prisioneros austriacos, a quienes se ha liberado.

Estos serán preciosos reclutas para el bolcheviquismo, salteadores necesarios que se dejarán guiar por el cebo de algunos rublos que Lenin

hace fabricar de continuo. ¿Cuánto valdrán en el Extranjero?

En el momento de la partida presiento un incidente de última hora.

Estas notas... escritas día por día y francas, demasiado francas... ¿No irán a...?

Ya no contaré con la Embajada danesa para darles asilo... ¿No me registrarán?... ¿Qué dirán esos brutos, si las encuentran, si las hojean y si alguno de ellos comprende el francés?...

Tanto peor... Tengo que escribir un libro con el recuerdo punzante de estas horas.



A 28 de Septiembre.

¡Por fin he partido!

Intentaré recordar la ansiedad de las últimas horas pasadas en Rusia.

Cuando provista del precioso pasaporte llegué a Bieliostroff, fué preciso esperar interminablemente.

No pude adquirir noticias. Los funcionarios no quisieron recibir a nadie. En fin, como a las cuatro, vi algunos equipajes. Me precipité a la Aduana, pero me dijeron que era demasiado tarde para salir, que la frontera estaba cerrada y que lo único factible era regresar a Petrogrado para dormir allá.

Un soldado de buena presencia y que hablaba algo el francés, se apiadó. Algunos rublos com-

pletaron su enternecimiento. Encontró manera de llevarme hasta el puesto de un comandante encargado de la policía. Este no tenía el aspecto demasiado hosco.

—Permitid que pase — ordenó. Pero luego agregó: —Si es que Finlandia lo permite.

Afirmé que no había dificultad alguna por esa parte.

En realidad, estaba muy lejos de hallarme animada, porque no tenía ningún visto bueno, sino únicamente una tarjeta del cónsul de Noruega para el comandante finlandés.

Se me interrogó:

—¿Tiene usted equipaje?

—Dos baúles y algunos paquetes pequeños.

—¿Va usted sola?

—Una francesa viene conmigo.

Otra persona, en efecto, mi compañera Rogers, también intentaba pasar, y era una gran alegría para mí el no hallarme sola entre esas dificultades, en ese viaje hacia lo desconocido.

Recogieron nuestros pasaportes y nos entregaron algunas hojas que debíamos llenar con la declaración de la suma que llevábamos. En seguida se designó a una mujer para que nos registrara. Cumplió a conciencia su tarea, y registró hasta mi corsé y mis botas. En seguida tocó la vez a los baúles. Dos soldados, bajo la vigilancia de un jefe, se encargaron de esa tarea. La hicie-

ron con el mayor cuidado; abrieron todas las cajas, palparon cada uno de los objetos y no quedó rincón sin escudriñar.

Repentinamente vi a mi compañera de viaje que palidecía y, que inclinándose hacia mí, dijo febrilmente:

—¡Han encontrado mi dinero!

Yo sabía, en efecto, que ella había escondido dos mil rublos en un pequeño reloj de mesa. Era imposible viajar con los mil rublos que le permitían a uno llevar consigo; yo había hecho otro tanto y tenía ocultos algunos marcos finlandeses.

Me estremecí. ¿Qué iba a ser de nosotras? De seguro ya no pasaríamos la frontera y el dinero nos sería confiscado. El soldado que lo encontró exhibió los dos billetes; pero mi amiga, sin vacilar, afirmó que los había olvidado en aquel escondrijo, donde los colocó hacía dos años, cuando viajó con Gorki y con Chaliapine por Crimea. Inmediatamente pensé que se perdía, porque esos billetes no existían en aquella época, pues fueron emitidos durante la revolución.

Gracias a Dios no analizaron el hecho, y declararon simplemente que los billetes quedaban confiscados. Esto les despertó la desconfianza y registraron más escrupulosamente.

Todo fué desembalado y ajado entre manos descuidadas. Y pensé:

¡Con tal de que no descubran también mis billetes, porque entonces estaremos absolutamente perdidas!...

Temblé en el momento en que registraron la caja peligrosa; pero volvieron a cerrarla sin haber encontrado nada. ¡Al fin estábamos salvadas! ¡Qué alegría!

—Ahora—dije para mí—, registrad, amigos, si tal es vuestro gusto.

Nuestros baúles-armarios les divirtieron mucho. Se veía que tenían verdadera alegría al sacar uno por uno todos los cajones. Todavía encontraron en el baúl de mi amiga una moneda antigua de oro y una corona de laurel, igualmente de oro. Por supuesto, confiscaron los dos objetos. Pero se los devolvieron, porque el joven encargado de vigilar el registro, declaró, por amabilidad, que aquellos dos objetos no eran de oro. Se había apiadado de nosotras.

Al fin volvieron a cerrarlo todo y se hizo subir a mi compañera a la oficina del comandante. Cuando bajó, venía sonriente; todo se le había devuelto. Ella triunfó.

Nos faltaba solamente pasar a Finlandia.

La vía férrea había sido destruída entre Bie-liostroff y Raiooki. Era preciso llevar nuestro equipaje hasta la frontera, que distaba 150 metros nada más. Naturalmente, ese transporte era sólo un pretexto para que nos apresurásemos.

La conducción del equipaje costó 360 rublos; era una explotación desvergonzada.

Pero pagamos sin murmurar, felices de acercarnos al fin.

Descargaron nuestros baúles en el pequeño puente que liga los dos países; estaba cayendo una lluvia menuda y abundante.

La centinela finlandesa nos examinó con piedad.

Me sentí oprimida. Cambié una mirada con Rogers y vi que nos comprendíamos. ¡Con tal de que se nos abriera la barrera!... Porque si no, debíamos pasar la noche sentadas sobre nuestros baúles. Pero, ¿qué importaba? Estábamos resueltas a todo, menos a desandar el camino.

Mas un soldado finlandés vino a pedirnos los pasaportes. Le entregué la tarjeta del cónsul noruego, que debía llevar al comandante. ¿Si irían a negarnos el paso por Finlandia? Veinte minutos—largos como veinte horas—transcurrieron. El soldado volvió. Intenté leer en su semblante la respuesta que nos traía. Era buena, pues el soldado sonreía. La centinela corrió la barrera...

¡Al fin! Mi corazón dió un salto dentro de mi pecho. Pasamos, y yo pisé con fruición la tierra finlandesa.

Un empleado de ferrocarriles estaba allí; inmediatamente le interrogamos. En pocas palabras, nos explicó que en su país, a cuarenta mi-

nutos por ferrocarril del infierno soviético, todo funcionaba admirablemente bien, los trenes, el abastecimiento, el alumbrado y el teléfono.

¡Todo estaba tranquilo!

Esta frase me pareció inmensa...

La vida iba a ser posible sin angustias.

.
Y me puse en camino para volver a mi país.
En derredor mío había deliciosos paisajes accidentados, donde los pinos se perfilaban sobre el cielo color de rosa.

Ese tinte que incendiaba la atmósfera se hallaba delante de mí, en la dirección que yo tomaba, al fin tranquila.

A mi espalda quedaba, como una masa sombría, el país desolado, el país del hambre y de la muerte.

Ese país se veía ya sumergido entre la bruma, y esta última visión de Rusia era como un símbolo frente al horizonte claro hacia el cual me dirigía apresuradamente.

Era un símbolo de profunda tristeza.

Parecía que la noche, una noche lúgubre, iba a envolver ese país, extinguiendo cuanto había habido allí de generoso y de grande, haciendo vanos los sueños más nobles, e inútiles todos los sacrificios. Esa noche parecía envolver también las horas largas de miseria soportadas por millares de seres desgraciados que están en la qui-

mérica espera de un rayo de justicia; pero de un rayo que no llegará, debido al egoísmo de los apetitos, a la crueldad, y, sobre todo, al servilismo de los que se han impuesto como pastores de ese doliente rebaño...

FIN